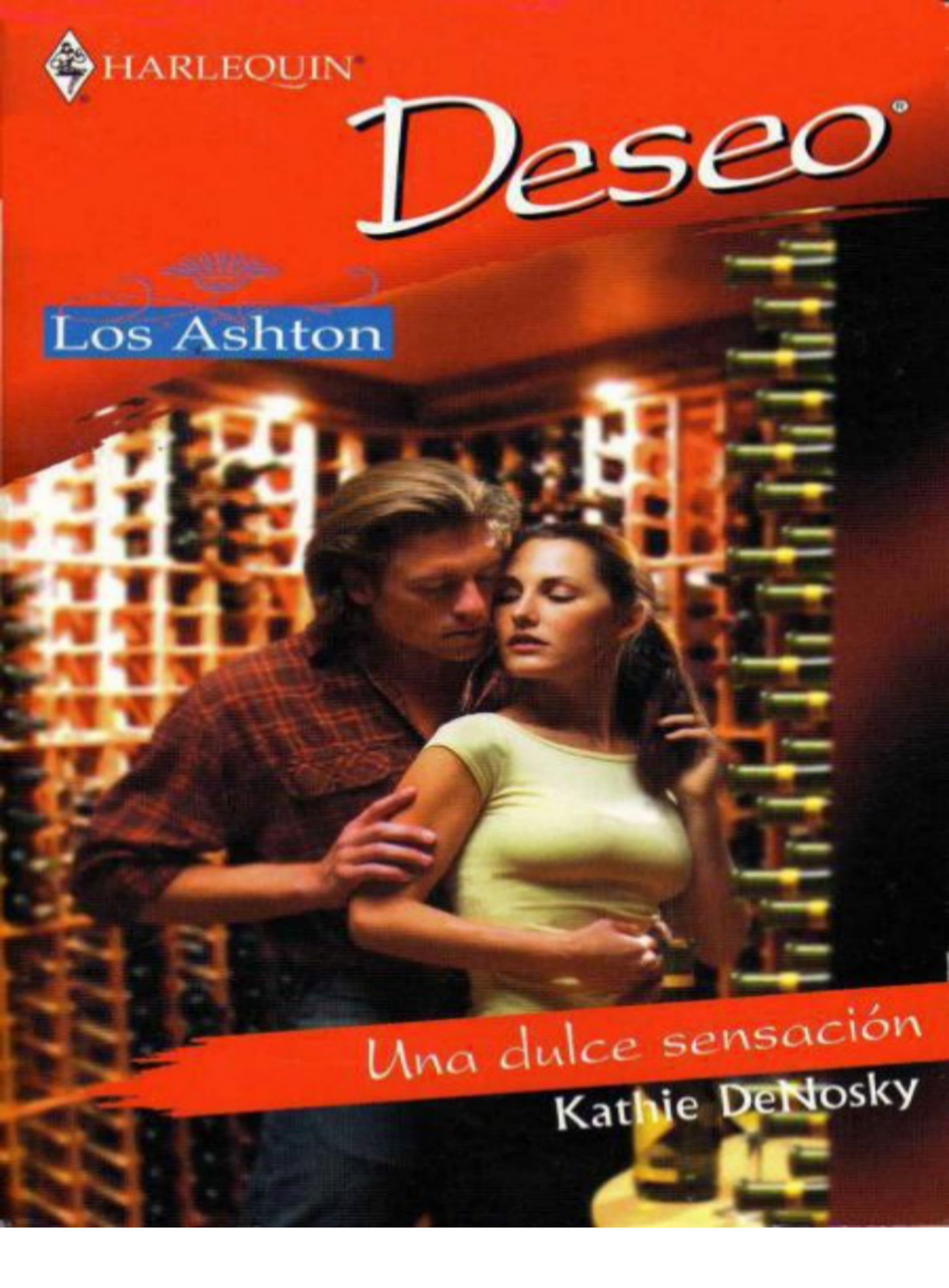

HARLEQUIN
Deseo
Los Ashton
Una dulce sensación
Kathie DeNosky

# Una dulce sensación

Kathie DeNosky

2º Serie Multiautor Los Ashton

**Una dulce sensación (22-02-2006)**
**Título Original:** A Rare Sensation
**Serie:** 2º Multiserie Los Ashton
**Editorial:** Harlequin Ibérica
**Sello / Colección:** Deseo Miniserie 2
**Género:** Contemporáneo
**Protagonistas:** Russ Gannon y Abigail Ashton

## ***Argumento:***

*Cuando encontró a aquel maltrecho caballo y al jinete de rodeos Russ Gannon, Abigail Ashton decidió alargar sus vacaciones. Quizá hubiera acudido a Louret a buscar a la familia que nunca había tenido, pero iba a quedarse para disfrutar del placer que Russ podía darle.*

*Él no era de los que salían con mujeres de la alta sociedad, pero Abigail era demasiado sexy para pararse a pensar en eso. Se ponía nervioso sólo con imaginar que estaba con elle. Aunque ¿Qué tenía él que ofrecer a una muchacha inocente y distinguida como Abigail?*

*Tenía debilidad por los animalillos heridos…*

*Y por los cowboys testarudos.*

WINE COUNTRY COURIER Crónica Rosa

Dos Ashton más entran en escena en el valle de Napa.

¡Como si no tuviéramos ya bastante con las dos facciones de la familia que rivalizan con sus viñedos en el valle! Sin embargo, estos dos nuevos Ashton, Grant Ashton y su sobrina Abigail, no traen precisamente olor a vino, sino más bien a heno y a caballo.

Nos explicaremos: la doctora Abigail Ashton, venida desde Nebraska con su título de veterinaria en mano, está en nuestro hermoso valle… ¡y desde que llegó se ha pasado la mayor parte del tiempo en las cuadras de Las Viñas!

Claro que, teniendo en cuenta que también suele frecuentarlas Russ Gannon, el apuesto capataz de la finca, que en sus ratos libres compite en rodeos, quizá tenga sus motivos. Y es que… ¿qué razón mejor para pasarse el día en un establo que darse un revolcón en el heno con un espécimen como ése?

# Prólogo

***1963***

Mientras se alejaban del cementerio de Crawley, Spencer Ashton, que iba al volante, miró de soslayo a su esposa, Sally, y a los dos bebés que llevaba sobre el regazo, uno de los cuales estaba berreando a pleno pulmón. ¡Qué ganas tenía de perderlos de vista, de no tener que seguir soportando las patéticas miradas de adoración de Sally, ni escuchar el incesante lloriqueo de los gemelos! Grant, el chico, al menos se callaba de vez en cuando, pero los berridos de Grace, la niña, estaban haciendo de su vida un infierno, un infierno en el que no tenía intención de permanecer mucho tiempo.

Observó por el espejo retrovisor a los sepultureros rellenando con tierra la tumba de su padre. El viejo controlador había muerto de un ataque al corazón y al fin sería libre… libre para deshacerse de Sally y de los gemelos, libre para sacudirse el polvo de los zapatos e ir en pos de sus sueños, libre para dejar atrás la pequeña ciudad de Crawley, en Nebraska, y marcharse tan lejos como le llevasen su viejo Ford y los cien dólares que tenía en el bolsillo.

—¿No puedes callar a esa niña? —le rugió a Sally al ver que el lloriqueo de Grace iba en aumento.

—Es que le están saliendo los dientes —contestó ella en esa voz cantarina que lo ponía de los nervios, besando la cabecita de la pequeña—. No llores más, Gracie, cariño, no llores más… Papi se siente mal cuando te ve llorar.

A Spencer se le revolvieron las entrañas, como cada vez que la oía referirse a él como «papi». Tal vez hubiera engendrado con ella a esos dos crios llorones, pero nunca sería su «papi».

Mientras se adentraban con la camioneta por el embarrado camino que conducía a la granja Barnett, Spencer se dijo que era una suerte que los parientes de Sally hubieran decidido quedarse en la ciudad después del entierro, porque así marcharse le sería mucho más fácil. Al menos no tendría que soportar las miradas de reproche que los padres de Sally le habían dirigido desde que su viejo lo obligara a casarse con ella y tuviera que irse a vivir con ellos.

Cuando llegaron, se bajó de la camioneta sin pararse a ayudar a Sally con los gemelos, y se dirigió con paso decidido a la casa de dos plantas que había acabado por ver como una prisión. Ni siquiera volvió la cabeza para ver si Sally se había bajado también de la camioneta e iba detrás de él. Entró en la casa, subió los escalones de dos en dos, se fue derecho a la habitación que habían compartido desde su noche de bodas, y bajó una bolsa de cuero gastada de la repisa que había en la parte de arriba del armario.

—Spencer, ¿qué estás haciendo? —le preguntó Sally, entrando

en el dormitorio.

Su voz sonaba jadeante por haber tenido que subir la escalera cargando ella sola con los dos crios. Pues que se fuera acostumbrando, se dijo Spencer encogiéndose de hombros mentalmente mientras guardaba de cualquier manera su ropa en la bolsa; era una las muchas cosas que tendría que acostumbrarse a hacer sin ayuda.

—Me marcho.

Apenas hubo expresado en voz alta su intención, una ola de alivio lo invadió, haciéndolo sentirse casi mareado. Había estado esperando que llegara aquel día desde el momento en que su padre lo había obligado a casarse con Sally al enterarse de que la había dejado embarazada.

—¿Que te marchas? ¿Adonde?

El tono tembloroso de la voz de Sally hizo que un escalofrío le recorriera la espalda, como cuando alguien araña con las uñas una pizarra.

—Tan lejos como pueda de esos crios insufribles y de ti.

Aquellas palabras le habrían dolido más que si le hubiera clavado un cuchillo, pero le daba igual. Esos mocosos y ella eran la razón por la que había tenido que suspender durante quince interminables meses sus planes de una vida mejor.

Los sollozos entrecortados de Sally lo pusieron aún más nervioso, y sin pensarlo dos veces cerró la cremallera de la bolsa. Al diablo con el resto de sus cosas; ya se compraría ropa nueva cuando llegase a California.

Ansioso por escapar de Sally y de los berreantes gemelos, agarró la bolsa y salió de la habitación. Escuchó los pasos de ella detrás de él, pero no se volvió. Nunca volvería la vista atrás.

Sin embargo, intentaría mantenerse en contacto con su hermano pequeño, se dijo mientras bajaba las escaleras. Le había tomado cariño a pesar de su absurdo sentimentalismo.

A pesar de que el banco iba a embargar la granja de su padre, y de que el viejo había muerto, el muy tonto había rechazado la oferta que le había hecho en el cementerio de llevarlo consigo. Le había dicho que no podía imaginarse viviendo en otro sitio que no fuera Nebraska, y que aunque pretendía empezar de cero en otro lugar, como él, no quería irse a otro estado. Bueno, ése era su problema, no el de él. Sin duda acabaría en una ciudad tan dejada de la mano de Dios como Crawley.

Había llegado a la puerta, pero en ese momento la voz de Sally irrumpió en sus pensamientos, haciéndolo detenerse.

—Pero éstos… son tus hijos… Spencer. ¿Es que no significan…

nada para ti?

Se volvió y le dirigió una sonrisa llena de desprecio mientras la observaba, allí agarrada al poste del rellano de la escalera como si las piernas no la sostuvieran.

—Absolutamente nada. Por lo que a mí respecta, esos dos crios llorones y tú jamás habéis existido.

Spencer la vio caer de rodillas, sollozando de un modo patético y, repugnado, sacudió la cabeza antes de salir dando un portazo.

Fue hasta la camioneta silbando, arrojó la bolsa en el asiento del copiloto, y se sentó tras el volante. Al fin era un hombre libre y nada iba a impedirle vivir la vida que quería y que sin lugar a dudas se merecía.

# Capítulo Uno

*Febrero 2005*

Abigail Ashton salió de la antigua cochera y echó la cabeza hacia atrás para dejar que los cálidos rayos del sol bañaran su rostro. Para estar en febrero, el tiempo no podía ser más distinto allí, en California, del que había dejado atrás, en la zona oeste de Nebraska. De hecho, cuando había ido al aeropuerto la mañana del día anterior, la temperatura había sido de nueve grados bajo cero y había casi medio metro de nieve, mientras que allí, en el valle de Napa, había doce grados.

No le extrañaba que su tío Grant hubiese decidido quedarse allí un poco más. Y es que, aunque hasta la fecha sus intentos por hablar con su padre habían sido inútiles, el buen tiempo de California era suficiente para tentar a cualquiera.

Miró en derredor con una sonrisa, admirando los cuidados terrenos de Las Viñas, la finca de Lucas y Caroline Sheppard. Había sido muy amable por parte de Caroline que los hubiera invitado a su tío y a ella a que se quedasen cuanto tiempo quisiesen para conocer mejor el valle… sobre todo cuando no había razón alguna que la obligase a ello, ni tampoco motivo para que le cayesen simpáticos. Al fin y al cabo debían ser para ella un doloroso recordatorio de su primer matrimonio, de la época en la que había estado casada con su abuelo, Spencer Ashton.

Abigail sacudió la cabeza . Al casarse con ella le había ocultado que ya tenía una esposa e hijos en Nebraska, a quienes había abandonado, y que ni siquiera se había divorciado de su primera mujer, su difunta abuela Sally.

La pobre Caroline no había sabido que su matrimonio no había sido legal hasta que, un mes atrás, su tío Grant se había presentado allí con la esperanza de poder tener un enfrentamiento cara a cara con su padre, al que durante cuarenta años había creído muerto.

Aunque naturalmente aquello había sido un golpe para ella, Caroline no había perdido la dignidad que la caracterizaba, y cuando había sabido que su tío Grant era hijo de Spencer, le había pedido que se quedase un tiempo para que pudiera conocer mejor a sus hijos, que al fin y al cabo eran sus hermanastros.

Abby se mordió el labio inferior para hacer que dejase de temblar. Su tío Grant la tenía preocupada. Había salido de Nebraska obsesionado con que tenía que ver a su padre y preguntarle por qué los había abandonado, pero el muy canalla se había negado a recibirlo, del mismo modo en que se negaba a tener ningún trato con los hijos de Caroline.

Echando a andar hacia el pequeño lago que había tras la antigua

cochera, Abigail se dijo que a ella personalmente le daba igual no llegar a conocer nunca a su abuelo. Nunca podría sentir el más mínimo respeto por una persona capaz de abandonar a su joven esposa y a sus hijos de ocho meses, casarse con otra mujer sin haberse divorciado, y luego abandonarla también a ella v a sus hijos para casarse con su secretaria y formar otra familia. De hecho, ni siquiera se merecía que perdiese su tiempo pensando en él.

Lo único que le importaba en ese momento era que finalmente era libre. Después de mucho esfuerzo había logrado licenciarse en la universidad, y estaba decidida a disfrutar de cada minuto de las primeras vacaciones de verdad que había tenido en años. Así, cuando volviese a Crawley, estaría relajada y lista para el despegue de su carrera profesional.

Una mezcla de satisfacción e ilusión la inundó. A finales de primavera estaría haciendo realidad el que había sido su sueño desde los doce años: poner en marcha su propia clínica veterinaria. Mientras caminaba por el sendero que se alejaba de la antigua cochera, sus labios se curvaron en una sonrisa al divisar las cuadras un poco más allá del pequeño lago. Sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia allí. El edificio, pintado de blanco y con contraventanas verde oscuro, daba la impresión de ser un paraíso para los amantes de los caballos. Se moría por verlo por dentro.

Las puertas de doble hoja tanto de un extremo como del otro estaban abiertas de par en par para dejar que corriera el aire, y Abigail no se lo pensó dos veces antes de adentrarse en la penumbra. Cuando su visión se hubo adaptado al cambio de luz, se quedó sin aliento. Por dentro las cuadras eran tal y como ella había esperado, y aun mejores.

La parte inferior de los cajones estaba hecha con tablas de madera de pino unidas mediante ensamblado de caja y espiga, mientras que en la superior había rejas de barrotes negros de metal para permitir una buena ventilación. Además, los cajones tenían puertas de doble hoja que facilitaban el acceso, y cada hoja estaba dividida en dos mitades, una superior y otra inferior, para permitir a los caballos sacar la cabeza y curiosear cuando se les dejaban abiertas las mitades superiores.

Precisamente un hermoso ruano azul asomó la cabeza cuando pasaba Abigail, que se detuvo a acariciar el suave morro del animal. Mientras lo hacía, se fijó en que las paredes de dentro del cajón estaban recubiertas con planchas de acero inoxidable que podían limpiarse y desinfectarse fácilmente con una manguera. Como amante de los caballos y como veterinaria, no podía sino sentirse impresionada con el hecho de que los Sheppard hubieran tenido en cuenta cada pequeño detalle por el bienestar de los animales.

Estando allí de pie, deseando que la granja que su familia tenía en Nebraska contara con unas instalaciones similares, un repentino movimiento al final del pasillo llamó su atención. Al girar la cabeza vio a un hombre con un sombrero de cowboy, camisa de batista, y vaqueros abrir uno de los cajones y entrar en él. Abigail no pudo reprimir una sonrisa maliciosa. Por su aspecto aquel hombre encajaría más en un establo de Nebraska que allí, en las modernas cuadras de aquella propiedad vinícola de California.

Sin embargo, la sonrisa se borró de sus labios al ver que volvía a salir conduciendo fuera del cajón a una bonita yegua gris moteada a la que debía haberle ocurrido algo en la pata trasera izquierda, porque cojeaba.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó al hombre dirigiéndose hacia donde estaban el animal y él.

El hombre se agachó para examinar la pata de la yegua.

—No sé cómo se lo ha hecho —contestó sin siquiera mirarla, pero tiene un corte en el talón.

—Déjeme echarle un vistazo. Quizá pueda hacer algo.

El tipo sacudió la cabeza y se irguió.

—Será mejor dejar que se ocupe el veterinario.

Cuando se volvió hacia ella, a Abigail se le cortó la respiración y se le aceleró el pulso. Aquel hombre no era guapo, sino increíblemente guapo. Con el cabello rubio oscuro asomándole por debajo del sombrero negro, la barba de dos o tres días, y aquellos ojos tan azules que estaban mirándola, era sin duda uno de los vaqueros más atractivos que había visto en su vida. No, era el más atractivo, sin excepción.

Al darse cuenta de que se había quedado mirándolo embobada como una adolescente, apartó de su mente aquellos pensamientos tan poco maduros y rodeó al animal para echarle un vistazo a la herida.

—Traiga el botiquín de primeros auxilios —le dijo al hombre, agachándose junto a los cuartos traseros de la yegua y examinando la pata—. El corte no es tan profundo como parece. No ha alcanzado los ligamentos ni los tendones, así que no le hará falta sutura —se puso de pie y miró el suelo. Había un buen sistema de desagüe, así que no sería necesario sacar al animal fuera para curarlo—. ¿Podría traer la manguera? Tendremos que enjuagar la herida con agua fría para reducir la hinchazón antes de vendarla.

—Oiga, oiga, espere un momento. No va a hacerle usted nada a este animal —le espetó el hombre. Visiblemente airado, la agarró por los hombros y la apartó de la yegua—. Voy a llamar al veterinario y usted volverá a la casa, o al sitio de dondequiera que haya salido.

La sensación de esas manos grandes y fuertes sobre sus hombros

la hicieron estremecer, pero aunque fuera el hombre más guapo que había visto en sus veinticuatro años de vida, ella no era la clase de mujer que se atolondraba por una mera atracción física.

—Perdón, ¿cómo ha dicho que se llamaba? —le dijo esforzándose por ocultar su irritación.

El tipo la soltó y dejó caer las manos junto a sus costados.

—Russ Gannon.

Al ver que iba a darse la vuelta, Abigail le puso una mano en el brazo para detenerlo. Al hacerlo, notó cómo se tensaban los músculos bajo la manga y aquello volvió a dejarla sin aliento, pero tragó saliva y se recordó que si se había acercado a él había sido sólo por la yegua.

—Un placer, Russ. Yo soy Abigail Ashton, pero puedes llamarme Abby, y soy doctora en veterinaria.

—¿Eres veterinaria? —repitió él con una expresión escéptica.

—Pues sí, y no de perros, gatos, ni periquitos, sino de animales grandes, como caballos, vacas, ovejas… —le espetó ella—. Y ahora, si no es mucho pedir, ¿podrías ir a buscar el botiquín de primeros auxilios, y por una manguera para que pueda curar a la yegua?

Russ se quedó mirando de hito en hito a aquella belleza pelirroja mientras le daba órdenes como si fuera un sargento. Lo último que hubiera imaginado era que fuera veterinaria. Tenía unos ojos verdes preciosos, y sus facciones eran tan hermosas que bien podrían ser portada de una revista de moda.

Y luego, cuando se agachó para mirar de nuevo la herida de Marsanne, la visión de su bonito trasero hizo que lo inundara una ráfaga de calor. Ninguno de los veterinarios a los que había conocido tenían un físico de infarto como aquella joven, ni le habían recordado cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había hecho el amor con una mujer.

—No te quedes ahí parado —le dijo Abigail impaciente—; hay que curarle la herida. Ah, y cuando traigas la manguera, tráete también un poco de vaselina para frotarle con ella el talón. Así le aliviaremos un poco el dolor.

Mientras se alejaba en busca de la manguera y el botiquín, Russ no podía creerse que estuviera permitiendo que una mujer le diese órdenes. Estaba acostumbrado a ser él quien las daba, no a obedecerlas. Debía ser por lo aturdido que lo había dejado; no se le ocurría otra explicación.

Además, ¿de dónde diablos había salido?, se preguntó. Conocía a todos los Ashton de Las Viñas, y había oído hablar de la mayoría de sus parientes, pero no recordaba haberles escuchado nunca mencionar a ninguna Abigail.

En fin, se dijo sacudiendo la cabeza mientras reunía las cosas que le había pedido, una cosa estaba clara: si la hubiese visto antes, desde luego se acordaría, porque sentía debilidad por las pelirrojas. Y aquella doctora Ashton no sólo tenía una espléndida melena rojiza, sino que además tenía un cuerpo de impresión.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó Abigail cuando regresó.

—¿No te ha dicho nunca nadie que eres un poco mandona? —gruñó él.

—Mi hermano Ford; me lo dice todo el tiempo —contestó ella quitándose la chaqueta. Se remangó hasta los codos el suéter que llevaba debajo, y remetió por detrás de la oreja un mechón que se había escapado de su coleta—. ¿Ya ti no te ha dicho nunca nadie que eres más lento que el caballo del malo en las películas del Oeste?

Russ se quedó mirándola un momento antes de prorrumpir en sonoras carcajadas. Parecía que la chica sabía defenderse sin ayuda de nadie.

—¿Firmamos una tregua hasta que hayamos curado a nuestra amiga? —le preguntó ella sonriendo.

El corazón se le paró por un instante a Russ, y tuvo que inspirar profundamente para que se pusiera en marcha de nuevo. Si dando órdenes resultaba de lo más sexy, cuando sonreía lo dejaba a uno sin aliento.

—Bien —dijo Abigail—, extiéndele un poco de vaselina sobre el talón, y luego échale un chorro de agua fría con la manguera sobre la herida, pero despacio —le indicó. Se quedó pensativa un momento—. ¿Tenéis sales de Epsom?

—Claro —contestó Russ agachándose para untar una buena capa de vaselina en el talón de la yegua—. ¿Para qué las quieres?

—El sulfato de magnesio actúa como un desinfectante. Después de que le rocíes la herida con agua fría le aplicaré las sales en una compresa —le explicó ella—, aunque tendría que ser una compresa empapada en agua caliente. ¿No tendréis un grifo de agua caliente aquí dentro, verdad?

Russ asintió con la cabeza y le tendió el frasco de vaselina.

—Yo iré por ella; tú entretanto rocíale la pata con la manguera.

—No es necesario que vayas tú —replicó ella sonriéndole—. Dime dónde está el grifo y…

—He dicho que lo haré yo —la cortó él con firmeza.

Quizá no fuera tan refinado como los Ashton, pero no iba a dejar que una mujer cargase con un pesado cubo de agua mientras él se quedaba allí de brazos cruzados.

Además, tenía que poner distancia entre ellos. Cada vez qué le

dirigía esa sonrisa deslumbrante parecía que las piernas se le volviesen de gelatina y que el corazón fuese a salírsele del pecho.

Inspiró profundamente y trató de controlarse. Si no lo hacía, acabaría teniendo que usar la manguera para darse una ducha fría.

Una hora después Abigail estaba ya terminando de aplicarle a la yegua la cataplasma sobre la herida, con Russ observándola trabajar, para luego vendársela. Por suerte Marsanne era un yegua muy dócil, y la dejó hacer sin alterarse en absoluto.

—Mañana por la mañana volveré a ver cómo está y le cambiaré la venda, pero creo que se curará bien —dijo poniéndose de pie.

Cuando pasó la mano por la grupa del caballo, Russ tragó saliva, y se preguntó cómo sería sentir esas delicadas manos sobre su piel.

El corazón le palpitó con fuerza. ¿En qué diablos estaba pensando? ¿Cómo podía estar fantaseando con ella cuando acababa de conocerla?

Dios, necesitaba como el comer ir a la ciudad, tomarse una cerveza bien fría, y encontrar una mujer dispuesta a aplacar sus ardores… y no necesariamente en ese orden.

Abigail se volvió a poner bien las mangas del suéter, se puso de nuevo la chaqueta vaquera, y se volvió hacia él.

—Encantada de haberte conocido, Russ —le dijo tendiéndole la mano.

Él la tomó sin pensar, pero en el instante en que sus palmas se tocaron se dio cuenta de que chica. Para empezar, era una Ashton, y su sentido del deber y de la lealtad hacia sus patrones le impediría hacer nada que pudiese disgustarlos.

Resopló con ironía y sacudió la cabeza. ¡Como si una joven guapa e inteligente como aquella pudiese sentirse atraída por un tipo como él! Lo único que sabía hacer era cultivar viñas y mantenerse más de ocho segundos sobre los toros en los rodeos.

No debía haberlo hecho. Una especie de corriente eléctrica le subió por el brazo, y luego bajó hasta cierta parte de su anatomía por debajo del cinturón.

—Lo mismo digo. Ya nos veremos… supongo —balbució, sin saber cómo había podido contestar con lo seca que se le había puesto la garganta de repente.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Abigail, soltándole la mano como si fuese un hierro candente.

A juzgar por el tono entrecortado de su voz y por el ligero rubor en sus mejillas, parecía que ella había sentido lo mismo. Bueno, al menos no sólo le había ocurrido a él.

—Sí, sí, perfectamente —contestó reprimiendo a duras penas una

sonrisa—. ¿Y tú?

La joven alzó la barbilla en un gesto altivo e irguió los hombros.

—¿Yo?, perfectamente también. ¿Por qué no iba a estarlo? —contestó rodeando a la yegua.

Russ contuvo un gemido mientras la veía alejarse. Aquella mujer tenía unas piernas capaces de excitar a un eunuco, y su cuerpo estaba recordándole en ese momento que él desde luego no lo era.

Irritado consigo mismo volvió a meter a Marsanne dentro de su cajón, y se dirigió luego al otro extremo de las cuadras, donde estaban sus propios caballos: Blue y Dancen.

Haría bien en sacarse de la cabeza a aquella.

# Capítulo Dos

—Gracias por la visita, Mercedes —le dijo Abigail a la hija mayor de Caroline cuando salían de la sala de catas.

Mercedes Ashton, que era directora del departamento de ventas y relaciones públicas de Viñedos de Louret, la marca de vinos de boutique que producían los Sheppard, le sonrió.

—Oh, todavía no hemos acabado. Aún te queda por ver lo mejor —le dijo señalándole una mesita y un par de silloncitos junto al enorme ventanal, que llegaba del suelo al techo—. Siéntate ahí; enseguida vuelvo.

Abigail tomó asiento, y aprovechó esos minutos a solas para admirar la decoración. El recubrimiento de las paredes con maderas oscuras y las luces suaves le daban un aire muy romántico a la habitación, pero fue la hermosa vista de los viñedos que se veía desde allí lo que la dejó sin aliento. Allí sentada era fácil imaginarse que estaba en alguna parte de la campiña del sur de Francia.

Al cabo de unos minutos regresó Mercedes con una bandeja de plata, en la que llevaba un plato con queso cortado y unas copas pequeñas que eran una muestra de los premiados caldos de sus bodegas.

—La mejor parte de la visita a una planta de elaboración de vinos es probar sus productos —le dijo con una sonrisa.

Después de que su nueva amiga se pasara varios minutos ilustrándola en el uso de los sentidos para apreciar la pureza, el buqué, y el cuerpo del vino, Abigail sacudió la cabeza al tiempo que tomaba un trozo de queso.

—Nunca habría pensado que hubiera tantas cosas a tener en cuenta al saborear un vino, ni que hubiera tanto trabajo detrás de su elaboración.

Mercedes se rió.

—Bueno, sí, desde luego es algo más que recolectar las uvas y exprimirlas —dijo haciendo girar la copa de Chardonnay que tenía en la mano—. En invierno no hay mucho trabajo, aparte de podar las vides, ocuparse del mantenimiento de las herramientas y las máquinas, y decidir qué vides hay que replantar en la primavera. La época más ajetreada que tenemos es entre finales de verano y principios de otoño, cuando se hace la recolección y el prensado de la uva, aunque quienes llevan todo ese proceso son Eli y Russ.

—¿Russ Gannon? —inquirió Abigail sin poder reprimirse.

Mercedes asintió con la cabeza y le dirigió una mirada curiosa.

—¿Lo conoces?

—Bueno, la verdad es que nos conocimos esta misma mañana —

contestó Abigail encogiéndose de hombros para no parecer demasiado interesada—. Estaba en las cuadras, pero creí que era allí donde trabajaba.

—Allí es donde le encontrarás siempre que no esté en los viñedos o compitiendo en algún rodeo —le dijo Mercedes—, pero su puesto aquí es el de capataz. Russ es un genio en lo que se refiere al cultivo y cuidado de las vides; es la mano derecha de mi hermano Eli.

—¿Y en qué prueba participa en los rodeos? —inquirió Abigail.

Le encantaba ese espectáculo, e incluso había competido en alguno durante su época de estudiante de instituto, en las carreras de barriles a caballo.

Mercedes se quedó pensativa.

—Pues Russ nunca habla de eso, pero creo que Eli me dijo que en la monta de toros —contestó—. En fin, Russ es así: no habla demasiado de su vida privada.

Abigail sonrió.

—Ya, uno de esos tipos a los que les gusta hacerse los misteriosos.

—En realidad no —respondió Mercedes con un suspiro—. Pobre Russ. No ha tenido una vida demasiado fácil. Sus padres murieron en un accidente de coche cuando tenía tan sólo quince años.

—Oh, qué terrible —musitó Abigail.

Aunque sus circunstancias personales eran algo distintas, ella sabía lo que era crecer sin padres. De hecho, incluso antes de que los abandonara a su hermano y a ella, su madre nunca se había preocupado por ellos como se suponía que debía hacerlo una madre. Y, aunque su tío Grant los había querido y los había criado como si hubieran sido hijos suyos, no era lo mismo que tener un padre y una madre.

—Lo siento mucho por él —dijo con sinceridad.

Mercedes asintió con la cabeza.

—Cuando ocurrió aquello se vino a vivir con nosotros. Lucas, mi padrastro, había sido amigo del señor Gannon, el padre de Russ, desde que iban a primaria, y cuando se enteró de que se había quedado solo en el mundo mi madre y él lo acogieron.

—Vaya. Eso es algo verdaderamente admirable —comentó Abigail. Cuanto más sabía de Caroline y Lucas Sheppard, más cuenta se daba de lo especiales que eran—. Y, aun así, debió ser terrible para él perder a su padre y a su madre a la vez, y además de una manera tan trágica.

—Estoy segura de que debió serlo —asintió Mercedes, poniéndose de pie y colocando sus copas vacías en la bandeja—. Yo soy mayor que él, así que no intimé como llegó a hacerlo el menor de

mis hermanos, Masón. Tiene sólo un año más que él, y al poco tiempo de que se viniera a vivir con nosotros se convirtieron en uña y carne.

—¿Tienes otro hermano? ¿Y cómo es que no nos lo habéis presentado? —dijo Abigail poniéndose de pie para ayudarla a recoger las cosas.

—Porque está en Francia, estudiando nuevas técnicas de elaboración de vinos —le contestó Mercedes riéndose.

Abigail esperó mientras Mercedes le llevaba la bandeja a uno de los empleados, y cuando regresó con ella, mientras salían del edificio y volvían a la casa, le preguntó:

—¿Me he perdido algo? No he entendido qué tenía tanta gracia cuando me has dicho que Masón está estudiando en Francia.

Las comisuras de los labios de Mercedes se curvaron ligeramente hacia arriba.

—¿Sabes eso que se dice de «querer reinventar la rueda»?

—Déjame adivinar —murmuró Abigail riéndose—: ¿quiere hacer unos vinos mejores?

—Eso dice él —contestó Mercedes con una sonrisa afectuosa que dejaba clara la adoración que sentía por su hermano pequeño—, pero yo creo que es sólo una excusa para pasar una temporada divirtiéndose en Francia antes de que le llegue el momento de sentar la cabeza aquí, ayudando a Eli y a Russ.

—Y entonces Russ podrá participar en más rodeos —dijo Abigail.

Antes de que pudiera detener las palabras, ya habían cruzado sus labios. ¿Por qué no podía dejar de sacarlo a colación?

—Parece que Russ te ha causado una fuerte impresión —comentó Mercedes mirándola de un modo interrogante—. ¿No será que estás interesada en él, verdad?

—¡No, por Dios! —Se apresuró a responder Abigail, negando con la cabeza—. En mi vida no hay tiempo para los hombres.

—¿Seguro? Es un tipo estupendo, además de muy, muy guapo… y, para que lo sepas, está libre.

Por el brillo travieso de sus ojos y el tono burlón de su voz, Abigail supo que Mercedes no se había creído demasiado eso de que no le interesaba.

—No dudo que sea un tipo estupendo, pero demasiado esfuerzo me ha costado conseguir mi diploma como para descentrarme por un hombre ahora que estoy a punto de iniciar mi carrera profesional —le respondió mientras se dirigían al porche cubierto que había en la parte trasera de la casa—. Y, además de no tener tiempo para una relación, vivo a más de mil kilómetros de aquí, aparte de que dentro de nada voy a estar muy ocupada incluso para un novio a distancia.

—Si tú lo dices… —murmuró Mercedes con otra sonrisa maliciosa.

Abigail se dio cuenta de que le había dado demasiadas explicaciones como para «no estar interesada», y tuvo que reconocer para sus adentros que en realidad sus palabras no habían sido tanto para convencer a Mercedes como para convencerse a sí misma.

—Estoy algo cansada —le dijo sintiendo de repente la necesidad de estar a solas un rato—. Creo que voy a echarme una siesta antes de la cena —le dio un abrazo a su nueva amiga y le dijo—: Gracias por la visita y por el vino y el queso. Lo he pasado muy bien.

—Me alegro —respondió Mercedes devolviéndole el abrazo—. Probablemente no nos veamos en la cena, porque creo que voy a salir.

—Oh. Bueno, pues si no nos vemos que lo pases bien.

Mientras se giraba para dirigirse a la antigua cochera, que la familia usaba como una casa de invitados, y que era donde los habían alojado a su tío y a ella, Abigail se preguntó qué le había dado para no poder sacarse de la cabeza a un hombre al que acababa de conocer.

Toda su vida había girado en torno a su meta de convertirse en veterinaria de animales de granja y se había esforzado al máximo durante sus años de instituto y universidad para conseguirlo. Durante ese tiempo no había salido con nadie porque pensaba que la distraería de su objetivo.

Su mayor temor siempre había sido, y probablemente siempre lo sería, acabar convirtiéndose en alguien como su madre: una mujer de escasa moral, una vampiresa a quien no le importaba nada ni nadie, que sólo buscaba satisfacer sus caprichos.

Cuando Russ entró en las cuadras días después para limpiarlas y dar de comer a los caballos, no lo sorprendió en lo más mínimo encontrar ya a Abigail allí, arremangada y cambiándole el vendaje a Marsanne. En tres de las cuatro mañanas de los días anteriores había llegado antes que él. Y, le gustara o no, lo cierto era que había empezado a esperar con ilusión sus encuentros matutinos.

—Vaya, hoy has venido más temprano que de costumbre —le dijo yendo hasta ella.

Abigail se puso de pie y le regaló una sonrisa que hizo que el pulso se le disparara. Tragó saliva. No sólo era pelirroja, que era una de sus debilidades en lo que se refería a las mujeres, sino que además se le formaban hoyuelos en las mejillas al sonreír, su segunda debilidad. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—Pues en realidad me estoy levantando más tarde porque estoy de vacaciones —replicó ella—. Normalmente suelo levantarme incluso antes.

Se metió las manos en los bolsillos de atrás del pantalón

vaquero, y Russ tuvo que contenerse para no gemir de excitación. ¡Cómo le gustaría a él tocar ese precioso trasero!

Abigail, completamente ajena a la tortura que le estaba infligiendo en ese momento, se rió y continuó hablando:

—Cuando vives en una granja de Nebraska sólo hay dos razones posibles para levantarse tarde: o bien que no te encuentras bien, o bien que esté nevando tanto que no puedas dar dos pasos por la poca visibilidad… aunque por lo general ni siquiera eso nos detiene.

—¿Tenéis ventiscas muy a menudo? —inquirió Russ cuando finalmente recobró el habla.

—Una o dos veces al año —respondió ella encogiéndose de hombros—, pero cuando el tiempo no está tan mal suelo levantarme mucho antes de que amanezca para echar una mano con el ganado a mi tío Grant, a mi hermano Ford, y a Buck, el peón que nos ayuda a llevar la granja.

—Cuando dices ganado, ¿te refieres a reses?

Abigail asintió con la cabeza y se agachó para poner el vendaje limpio a la pata de la yegua.

—Tenemos unas doscientas cabezas de la raza Angus.

—¿Tantas? Eso parece más un rancho que una granja.

Abigail, que ya había terminado con la cura del animal, se puso de pie y se volvió hacia él.

—Bueno, supongo que seguimos llamándolo granja porque cuando era propiedad de mis bisabuelos, el terreno no tenía mucho más de unos cuantos cientos de acres. Cuando mi tío.

Grant se hizo cargo de ella compró un par de granjas cuyos dueños estaban al borde de la ruina, y ahora tiene varios miles. La mayor parte de las tierras las dedicamos al cultivo del maíz, y aunque mi tío Grant arrienda un par de miles de acres, todavía nos quedan más de quinientos para que pasten los caballos y el ganado.

Russ no pudo evitar sentir envidia. A él le encantaba trabajar la tierra y daría cualquier cosa por tener una granja o un rancho de su propiedad para poder hacerlo.

Mientras desataba a Marsanne para sacarla fuera, le preguntó a Abigail:

—¿Cuántos caballos tenéis?

—Ocho —contestó ella bajándose las mangas de su chaqueta vaquera—. Pero sólo tres son míos. El resto son de mi tío Grant y de mi hermano Ford.

Mientras cerraba el botiquín, Russ condujo fuera a la yegua para poder limpiar su cajón, pero cuando volvió se encontró con que Abigail ya se había puesto a ello.

—Eh, no tienes por qué hacer eso —le dijo, extendiendo la mano para quitarle la horquilla que estaba usando.

Sin embargo, Abigail dio un paso atrás para impedírselo, y negó con la cabeza.

—No me importa hacerlo —le contestó mientras empezaba a echar de nuevo paja sucia en la carretilla—. Además, no me gusta estar ociosa —añadió, lanzándole una sonrisa que hizo que a Russ le temblaran las rodillas—. Esto de tener vacaciones está bien, pero a veces tanto tiempo libre llega a aburrirte un poco.

Russ comprendía muy bien esa necesidad suya de mantenerse activa. Él tampoco había sido nunca capaz de estar ocioso más tiempo del que le llevaba encontrar algo en lo que ocuparse.

—En fin, si estás segura de que quieres hacerlo…

—Lo estoy —respondió ella sin vacilación alguna.

—Bueno, pues entonces mientras tú acabas con esto iré sacando a los otros caballos y al pony a los pastos, y traeré paja limpia.

Cuando volvió, Abigail había limpiado ya tres de los cajones, e iba a disponerse a empezar con otro.

—Tengo que admitir que eres muy rápida —le dijo quitándole la horquilla antes de que pudiera reaccionar—, pero deja que acabe yo, anda. Descansa un rato.

—Pero si no me importa hacerlo —protestó ella.

A Russ le gustaban las mujeres a las que no las asustaba mancharse las manos, pero no podía quedarse de brazos cruzados y dejar que hiciera ella todo el trabajo.

—Hagamos un trato: tú te vas a la casa a desayunar, y cuando hayas terminado vuelves y nos vamos a llevar a mis caballos a dar un paseo, ¿te parece?

Los bonitos ojos esmeralda de Abigail se iluminaron, y volvió sonreírle, haciendo que el corazón le palpitase con fuerza.

—Trato hecho, vaquero. ¿A qué hora?

—¿A qué… hora? —balbució Russ.

¿Cómo esperaba que pudiese siquiera pensar cuando le sonreía de aquella manera? Ya era mucho que todavía recordase su propio nombre.

—Que a qué hora quieres que quedemos—dijo ella pacientemente.

—Oh, pues cuando termines de desayunar —contestó Russ.

Iba a tener que intentar centrarse cuando estuviera con ella si no quería quedar como un tonto cada vez que le sonriese o lo mirase.

—De acuerdo. Entonces nos vemos dentro de un rato. ¡Hasta ahora!

Mientras la veía alejarse hacia la salida de las cuadras, Russ suspiró, dándose cuenta de pronto de que había estado conteniendo el aliento. Diablos, aquella mujer podía hacer que se le disparase el pulso con sólo una sonrisa, y eso la hacía muy, muy peligrosa.

Clavó la horquilla en la paja y se quedó mirando abstraído el vacío. No estaba buscando una relación, se dijo, y menos con una mujer que vivía a más de mil kilómetros de allí. Su vida estaba allí, trabajando para Lucas y Caroline Sheppard. Siempre lo habían tratado como a uno más de la familia, y se sentía obligado para con ellos porque lo habían acogido al morir sus padres.

Tomó de nuevo la horquilla y siguió con su tarea, recordándose que Abigail dentro de algo más de una semana regresaría a Nebraska para volver a su vida en la granja de su familia y abrir esa clínica veterinaria de la que le había hablado. Y así era como debía de ser, se dijo.

Claro que eso no tenía por qué significar que no pudiesen disfrutar el uno de la compañía del otro mientras aún estuviese allí. Incluso podría enseñarle el valle, y hablarle de su vida en Nebraska, y de sus sueños.

Contento por haber hallado una solución satisfactoria, Russ se puso a silbar mientras terminaba su tarea. Así no habría peligro de que ninguno de los dos acabara con el corazón roto, porque no arriesgarían nada a nivel emocional. Mientras tuviese eso en mente, no habría problema, se dijo esbozando una sonrisa.

Al ver a Abigail poner un pie en el estribo y darse impulso para encaramarse al lomo de Dancer, notó cómo su cuerpo se tensaba de cintura para abajo. Además, al ver tirante la tela del vaquero sobre su bonito trasero, y sus largas piernas abrazando al animal, se preguntó si quizá no habría sido tan buena idea invitarla a dar un paseo a caballo. De hecho, en ese mismo momento se pilló imaginándose cómo sería tener esas piernas rodeándole la cintura mientras se hundía en…

—¿Cuántos años tienen tus caballos? —inquirió Abigail, irrumpiendo en sus eróticos pensamientos.

—Dancer tiene cinco —contestó Russ mientras montaba el ruano azul—. A veces lo utilizo para ayudar a practicar a un par de amigos que compiten en la prueba de derribe de novillo en los rodeos —le explicó dando unas palmadas en el cuello al caballo—. Blue tiene un año más, y alguna vez he participado con él en la prueba del lazo por parejas —añadió mientras se alejaban con sus monturas de las cuadras. Abigail sonrió.

—Mercedes me contó el otro día que sueles competir en la modalidad de monta de toros, pero no me mencionó que también lo hicieras en la del lazo por parejas. ¿Compites muy a menudo?

Russ no pudo evitar sentirse halagado de que hubiera estado preguntándole a los Ashton cosas sobre él.

—Tan a menudo como me lo permite mi trabajo aquí —contestó él riéndose—. El resto del tiempo tengo que conformarme con dar paseos con Blue y Dancer.

—¿Los tienes inscritos en la Asociación de Criadores de Caballos Cuarto de Milla?

A Russ no le sorprendió que supiera que sus caballos eran de esa raza, porque al fin y al cabo era veterinaria, pero sí que supiera de la existencia de esa asociación.

—Sí —contestó—. El nombre completo de Dancer es Stormy jack Dancer, y el de Blue es Diablo's Blue Lightning.

—Unos nombres apropiados para unos animales tan hermosos —murmuró Abigail.

Durante varios minutos no dijeron nada, y Russ se encontró admirando la grácil postura de Abigail sobre el caballo. Se la veía tan relajada y llena de confianza, que se le notaba que tenía mucha experiencia montando.

—¿Y qué me dices de los tuyos? —Le preguntó—; ¿de qué raza son?

—Casi todos son cruces. Magic es medio cuarto de milla, y medio árabe —le explicó ella—. Y luego está mi yegua, Ángel, que es cuarto de milla por parte de madre, pero no sabría decirte qué ascendientes tuvo por parte de padre. Es el resultado de los flirteos de una yegua de mi tío Grant con un semental de nuestro vecino —añadió riéndose.

El sonido de su risa argentina hizo que un cosquilleo eléctrico recorriera la espina dorsal de Russ, que tuvo que aclararse la garganta para poder volver a hablar.

—Creía que habías dicho que tenías tres caballos.

Abigail asintió.

—El tercero es un mesteño que le compré al Departamento de Administración de Tierras hace unos años. Se llama Caballo Loco.

—He oído hablar de ese programa de «Adopte un caballo» que lanzaron. ¿Le pusiste ese nombre por el jefe indio?

—No, porque verdaderamente está medio loco —contestó ella negando con la cabeza y riéndose—. Ford lo bautizó con ese nombre porque dice que su carácter le da un nuevo significado a la palabra «salvaje». Como todos los mosteños es rebelde y desconfiado. De hecho yo soy a la única que deja que se le acerque. Sé que nunca conseguiré que sea lo bastante dócil como para montarlo, pero aun así lo adoro.

—Oyéndote hablar da la impresión de que eres muy feliz con la

vida que llevas —comentó Russ, tirando de las riendas para que Blue se parara.

—Lo soy —asintió ella, haciendo que Dancer se detuviera también—. Vivir en la pradera tiene sus inconvenientes, como en invierno, cuando bajan las temperaturas y el viento es tan frío que parece que estés en el Ártico, o como en verano, cuando hace tanto calor y hay tanta humedad que te sientes como en una sauna, pero no me imagino viviendo en otro lugar.

Habían recorrido toda la propiedad, y estaban de vuelta junto al pequeño lago que había tras las cuadras.

—¿Te apetece que nos sentemos en la orilla la hierba y sigamos charlando un rato? —le preguntó Russ.

—Claro.

Desmontaron, dejaron a los caballos pastando, y se sentaron a la sombra de un roble al borde del agua.

—¿Y tú, Russ? —Le preguntó Abigail—, ¿has vivido siempre aquí, en el valle de Napa?

—No, hasta los quince años estuve viviendo a unos doscientos kilómetros de aquí, en un rancho a las afueras de Red Bluff.

—Siento lo de tus padres —le dijo ella poniéndole una mano en el hombro—. Mercedes me contó que los perdiste en un accidente de coche.

Al escuchar el tono sincero de su voz y sentir la calidez de su mano a través de la manga, a Russ se le hizo un nudo en la garganta.

—De eso ya hace once años—respondió él encogiéndose de hombros—. Lucas me trajo a su casa cuando me quedé huérfano, y desde entonces he vivido aquí —se quedó un rato en silencio, antes de preguntarle—: ¿Y qué me dices de tus padres, Abby? Me has hablado de tu hermano y de tu tío, pero hasta ahora no te he oído mencionar ni una sola vez a tu madre ni a tu padre.

—Quizá sea porque no hay mucho que decir sobre ellos.

Russ comprendió que aquél no era un tema agradable para ella.

—Perdona —le dijo, preguntándose por qué no podría haber mantenido la boca cerrada—, no era mi intención entrometerme.

Observó a Abigail arrancar una brizna de hierba y retorcerla entre los dedos para luego arrojarla a un lado y arrancar otra.

—No es que me moleste hablar de ello —murmuró—, es sólo que es bastante embarazoso tener que contarle a alguien que tu madre era una golfa, y que ni siquiera sabes quién es tu padre.

Aquello era lo último que Russ hubiera esperado escuchar.

—¿No crees que es un poco duro hablar así de la mujer que te dio la vida?

—Es la verdad —replicó ella—. Tenía dieciséis años cuando se

quedó embarazada de mi hermano y dieciocho cuando me tuvo a mí, y nunca le dijo a nuestros bisabuelos, ni a mi tío Grant quién… o quiénes… eran nuestros padres —añadió apartando la vista sonrojada, como si aquello fuera para ella motivo de vergüenza—. Y eso podría habérselo perdonado porque nunca está uno en posición de juzgar —dijo exhalando un suspiro—… pero siempre estaba diciéndonos que si nuestros bisabuelos no le hubiesen insistido en que tenía que ocuparse de nosotros porque éramos su responsabilidad se habría marchado de Crawley a la primera oportunidad que se le hubiese presentado.

A Russ, que había contado con el amor de sus padres hasta el día en que los perdió, le costaba imaginar que una madre pudiese ser tan cruel con sus propios hijos.

—Entonces… ¿tus bisabuelos criaron a tu madre y tu tío? —inquirió Grant.

Abigail asintió con la cabeza.

—En realidad se hicieron cargo de ellos cuando su madre, mi abuela, murió de cáncer. Ellos sólo tenían doce años.

—Perder a los padres es un trago difícil para cualquier niño —dijo Russ quedamente—, y en algunas personas puede provocar una vena rebelde.

—Supongo que ése podría haber sido el caso de mi madre si hubiese sido otra persona, pero no recuerdo ni una sola vez en que nos mostrara ningún cariño —contestó Abigail encogiendo un hombro—. Tío Grant dice que era igual que su padre, Spencer, el narcisismo personificado.

—Hablas de tu madre en pasado —observó Russ tomando la mano de la joven en la suya—. ¿No vive ya?

Abigail fijó la mirada en algún punto de la otra orilla del lago.

—Nos abandonó a Ford y a mí cuando él tenía ocho años y yo seis —respondió—. Pero podemos decir que fuimos afortunados, porque el tío Grant se hizo cargo de nosotros como si fuéramos sus propios hijos —añadió con una sonrisa que hablaba de cuánto lo quería—. De hecho, para nosotros siempre ha sido más un padre que un tío.

Después de lo que le había contado, Russ comprendía que no quisiera hablar de su madre.

—¿Y adonde se fue tu madre?

Abigail se rió con amargura.

—¿Quién sabe? Un día se fue a la ciudad a comprar y nunca regresó. Probablemente se iría con un representante de ventas que solía frecuentar el centro comercial.

—¿Sabes cómo se llamaba ese hombre? Quizá si averiguarais dónde está podríais encontrarla a ella.

—Se llamaba Wayne Cunningham, pero eso es todo lo que sabemos de él —respondió Abigail. Apartó un mechón de su mejilla de porcelana y giró el rostro hacia Russ—. Tío Grant preguntó en la empresa para la que Wayne trabajaba, pero no les había dicho que se iba de la ciudad, v además se había llevado consigo el dinero de las últimas ventas que había hecho.

—Vaya —murmuró Russ, sin saber qué decir.

—Mi tío nunca ha criticado a nuestra madre delante de nosotros, pero Ford y yo pensamos que ese tipo y ella eran tal para cual.

—Siento que hayas tenido mala suerte en eso, Abby—le dijo Russ, rodeándola con los brazos y atrayéndola hacia sí.

Su única intención había sido consolarla, pero al sentir los blandos senos de Abigail apretados contra su pecho una ola de calor lo invadió, y sus buenas intenciones se desvanecieron. Quería besarla, y sencillamente no podía luchar contra ello.

# Capítulo Tres

Mirándose en los hermosos ojos esmeralda de Abigail, Russ inclinó lentamente la cabeza. El tacto de sus suaves labios hizo que el corazón le palpitara con fuerza, y cuando sus brazos le rodearon vacilantes el cuello, y sus dedos se enredaron luego en el cabello de su nuca, el pulso se le aceleró.

Pasó la punta de la lengua por la línea entre los labios de Abigail, y cuando la joven los abrió con un suave suspiro, se adentró en su boca. Mientras acariciaba cada recoveco, las deliciosas sensaciones que estaba experimentando y la tímida respuesta de Abigail hizo que los latidos de su corazón se dispararan y que las hormonas se le revolucionaran.

Sin interrumpir el beso, tumbó a Abigail sobre la hierba y se colocó sobre ella, deleitándose en lo agradable que era tenerla debajo de sí.

En sus veintiséis años de vida nunca lo había asaltado un deseo tan repentino, ni tan ardiente.

Russ utilizó una pierna para abrir las de ella, y apretó el muslo contra su femenina calidez mientras introducía una mano dentro de la chaqueta vaquera de Abigail, para cerrarla luego sobre uno de sus senos. Alentado por el suave gemido de placer que escapó de sus labios, le acarició el pezón con el pulgar a través de la ropa y, como era predecible, notó de inmediato que cierta parte de su anatomía comenzaba a endurecerse. Se apretó contra Abigail para que pudiera sentir hasta qué punto lo excitaba, pero de repente la notó tensarse y quedarse muy quieta, y al instante siguiente lo sorprendió más aún empujando las manos contra su pecho, como si quisiera apartarlo.

—Para, por favor —le dijo en un tono que claramente rozaba el pánico.

Russ apartó de inmediato la mano y se quitó de encima de ella, ayudándola a levantarse.

—¿Qué ocurre, Abby?

No le parecía que se hubiese dejado llevar hasta el punto de haberle hecho daño, y además había tenido la impresión de que estaba disfrutando con lo que estaba haciendo.

—Yo… tengo que irme —balbució ella.

Se puso de pie torpemente y, antes de que Russ pudiera detenerla, corrió hasta donde Dancer estaba pastando, a unos metros de ellos.

Sorprendido, Russ la observó montar y alejarse en dirección a las cuadras. Se levantó de un salto, fue hasta Blue, y se montó para seguirla, pero Abigail había espoleado a Dancer con los talones para

que fuera más rápido, y estaba rodeando ya el edificio.

Cuando llegó, desmontó y entró con Blue. No sabía cuál podía ser el motivo para que Abagil hubiese reaccionado así, pero tenía intención de averiguarlo.

—Abby, ¿por qué te has ido así?

—Por favor, ahora no —le rogó ella sin mirarlo mientras acababa de quitarle la silla a Dancer.

A continuación, tomó un cepillo, y Russ se fijó en que le temblaban las manos.

—Deja, ya me encargaré yo de eso —le dijo. Pero cuando extendió el brazo para quitarle el cepillo, Abigail dio un respingo y se echó hacia atrás—. Abby, ¿qué es lo que te pasa?; hablame —le insistió, dejando caer el brazo.

—No tienes por qué hacerlo tú —replicó ella volviéndose hacia Dancer, como si no hubiese oído su pregunta—. Lo he montado yo, así que yo me encargaré de cepillarlo.

Durante los minutos siguientes se concentraron los dos en el cepillado de los caballos en medio de un silencio tenso. Russ sospechaba que el repentino ataque de pánico de Abigail tenía que ver con lo que le había contado de su madre, pero si se negaba a hablar con él de lo ocurrido, no podría averiguar si sus suposiciones eran ciertas, o si se había molestado por otro motivo.

Cuando acabó de cepillar a Dancer, Abigail lo llevó a su cajón y se dirigió a la salida.

—Gracias por dejarme montar a tu caballo —le dijo a Russ al pasar a su lado.

—Espera, Abby, tenemos que hablar —le pidió él poniéndole una mano en el hombro.

Abigail no lo miró, pero Russ notó cómo su cuerpo se ponía rígido antes de que se apartase.

—No, no hay nada que hablar.

Russ esperó hasta que hubo salido de las cuadras para soltar una ristra de palabrotas. Quizá ella creyera que no hubiera nada que hablar, pero él sí, y cuando a la mañana siguiente volviese allí para cambiarle el vendaje a Marsanne, estaría allí, esperándola.

Como había hecho las tres mañanas anteriores, Abigail esperó a que Russ hubiera terminado de atender a los caballos y se hubiera marchado a trabajar a las bodegas con Eli antes de ir a las cuadras para ver cómo seguía la yegua gris. Sabía que estaba comportándose como una cobarde, pero lo cierto era que no se le ocurría ningún otro modo de afrontar la situación.

Sencillamente no quería darle explicaciones a Russ, se dijo mientras avanzaba por el camino que conducía a las cuadras. Sería

demasiado vergonzoso tener que admitir que la mala reputación que se había granjeado su madre en Crawley la había obligado una y otra vez a demostrar que ella no estaba cortada por el mismo patrón. Ni tampoco estaba ansiosa por decirle que las relaciones íntimas le daban miedo desde que a los quince años un chico casi llegara a forzarla porque, siendo como era hija de Grace Ashton, cuando le había dicho que no quería hacerlo con él había creído que simplemente se lo estaba poniendo difícil.

Le dio un puntapié a un guijarro y siguió con la vista los saltitos que dio hasta que cayó al borde del camino. Desde el momento en que había alcanzado la edad suficiente como para que los chicos se fijaran en ella, la había perseguido la mala fama de su madre. Por eso, llegado un punto en que ya no podía aguantar más, había decidido no aceptar ni una invitación más a salir, y concentrarse en sus estudios.

Sin embargo, cuando Russ la había besado, se le había planteado un problema que jamás había tenido: en medio del beso se había pillado deseando que no terminase nunca, y aquello la había dejado muy preocupada. De hecho, había deseado también que la hubiese estrechado aún más entre sus brazos, que la hubiese acariciado… Y todo eso le había provocado aquel ataque de pánico.

¿Acaso había algo en Russ que lo diferenciase del resto de los hombres? Tal vez después de todo sí fuese igual que su madre.

Abigail estaba muy confundida, pero tenía la impresión de que, a diferencia de su madre, que parecía haber encontrado placer en el sexo por el sexo, ella no habría experimentado con cualquier hombre lo que había experimentado con Russ. Sin embargo, tenía miedo de intentar averiguar por qué había sentido lo que había sentido, temía descubrir cosas sobre sí misma que preferiría no saber.

Había llegado a las cuadras. Cruzó las puertas y se dirigió al cuarto de los arreos y el botiquín, pero al ir a entrar dio un respingo al ver a Russ allí. Estaba sentado en el banco junto al armario donde guardaban los medicamentos, con las piernas extendidas y cruzadas a la altura de los tobillos, una bota sobre la otra. En aquella postura parecía relajado, muy seguro de sí mismo… e increíblemente sexy.

—Estaba empezando a preguntarme cuándo aparecerías.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar trabajando en la planta?

Esbozando una sonrisa, Russ empujó con el pulgar el ala de su sombrero vaquero para levantarlo un poco, y negó con la cabeza.

—He decidido tomarme el día libre.

—¿Por qué?

No había pretendido ser tan brusca, pero no había contado con la posibilidad de encontrarlo allí, y el corazón estaba latiéndole como un loco.

Russ se encogió de hombros.

—Porque tengo un asunto pendiente del que debo ocuparme.

Abigail pasó por encima de sus piernas para llegar al armario.

—¿Y cómo es que estás aquí y no estás ocupándote de ese asunto?

La sonrisa que le dirigió Russ hizo que las rodillas le temblaran, como si le hubieran vuelto de gelatina.

—Porque estaba esperándote; pero ahora que has llegado ya puedo hacerlo.

—No veo qué puedo tener yo que ver con ese asunto que tienes por resolver —dijo ella abriendo el armario.

—Pues está muy claro: ese asunto eres tú, cariño.

Abigail se rió nerviosa.

—Me parece que no te entiendo.

Russ se puso de pie, la agarró por los hombros y la obligó a volverse.

—No te hagas la tonta conmigo, Abby. Sabes muy bien de qué estoy hablando.

Estando Russ como estaba, sólo a unos centímetros de ella, a Abigail casi le costaba respirar.

—No creo que esto sea una buena idea.

—Pues yo sí —replicó él. La expresión relajada que había habido en su rostro unos instantes antes se había tornado de pronto en una de firme determinación—. Quiero saber por qué saliste corriendo cuando te besé el otro día.

Abigail se quedó mirando sus ojos azules unos segundos, antes de apartarse y volverse de nuevo hacia el armario.

—No lo entenderías.

Tomó lo que necesitaba para hacerle la cura a Marsanne e iba a salir al pasillo cuando Russ la retuvo agarrándola por el brazo.

—Entiendo mucho más de lo que piensas —le dijo. Poniéndole una mano en la mejilla, le levantó la cara para que lo mirara y Abigail sintió una tirantez en el pecho al ver la expresión tan tierna que había en sus ojos azules—. ¿Quieres saber cuál creo que es el motivo por el que saliste corriendo?

—No.

—Porque tenías miedo —dijo Russ, como si ella no hubiera hablado.

Abigail sacudió la cabeza y se rió, pero aquella risa sonó hueca a sus propios oídos.

—Te equivocas, vaquero.

—;Ah, sí? —respondió él—. Entonces, no te importará que te

bese.

Una mezcla de excitación y pánico invadió a Abigail.

—Esto es ridículo.

—Tú no eres como tu madre, Abby —le dijo él suavemente, atrayéndola hacia sí.

De pronto la joven ya no tenía fuerzas para resistirse. De hecho, lo cierto era que ni siquiera quería resistirse. Lo que quería era que Russ la estrechase con fuerza entre sus brazos y la besase de nuevo.

—¿Y si lo soy?, ¿y si estás equivocado?

—Créeme; sé que no lo estoy —replicó él. La sonrisa tranquilizadora que se dibujó en sus labios mientras inclinaba la cabeza hizo que un cosquilleo recorriera la espalda de Abigail—. No respecto a esto…

Cuando los labios de Russ se posaron sobre los suyos Abigail intentó permanecer impasible, decidida a demostrarle tanto a él como a ella misma que aquello no la afectaba en absoluto. Sin embargo, el modo tan tierno en que la lengua de Russ trazó el contorno de su labio inferior para que se relajase pronto hizo que olvidase su determinación de no dejarse llevar.

Dejando caer al suelo las cosas que tenía en las manos, agarró con ambas el frente de la camisa de Russ, y el tacto de sus duros músculos bajo la tela y los fuertes latidos de su corazón hicieron que aquel cosquilleo eléctrico le subiera por la espalda de nuevo y que las piernas le flaquearan. Y luego, cuando Russ introdujo la lengua dentro de su boca y comenzó a explorarla de un modo juguetón, un calor delicioso fluyó por sus venas y el estómago se le llenó de mariposas.

La habían besado antes, pero nunca así, con tanta ternura, ni con tanta maestría, y Abigail no pudo reprimir un leve gemido cuando Russ la atrajo más hacia sí. El sentir las formas masculinas de su cuerpo contra el suyo hizo que la sacudiera una ráfaga de deseo, y de inmediato se derritió.

Sin embargo, cuando notó la prueba de su creciente excitación empujando contra su vientre, la ola de calor que estaba extendiéndose por todo su ser empezó a asustarla.

—Russ… no puedo… —balbució despegando sus labios de los de él y sacudiendo la cabeza.

—Está bien, cariño, tranquila —respondió Russ, relajando su abrazo para poner un poco más de espacio entre ellos, pero sin soltarla —. No voy a mentirte, Abby: te deseo; pero nunca he forzado a ninguna mujer, y no voy a hacerlo ahora.

Con sólo mirarlo a los ojos Abigail supo que estaba diciendo la verdad. Sin embargo, el problema no era él, sino ella.

—Lo sé. Y tampoco te llamas Harold —murmuró ella. El nombre

del chico que había estado a punto de forzarla se le había escapado sin querer, y rogando por que Russ no lo hubiese oído, se apresuró a añadir—: No es por ti, Russ; es por mí. Tengo miedo de cometer alguna estupidez.

—Eh, eh… espera un momento; rebobina: —¿Quién es Harold?

Abigail cerró los ojos un instante e inspiró.

—Es un chico con el que fui a un baile en el instituto, pero no tiene importancia.

—No te creo —replicó él, frunciendo el entrecejo—. ¿Acaso intentó…?

—Sí, pero al final cambió de opinión.

Russ frunció aún más el entrecejo.

—¿Y que lo hizo cambiar de opinión?

No podía negarse que era tenaz.

—Siempre eres tan entrometido?

—¿Y tú?, ¿eres siempre tan evasiva? —Inquirió él a su vez—. Cuéntame lo que ocurrió, cariño.

Abigail suspiró. Estaba claro que no iba a darse por vencido.

—Cuando le dije que no quería hacerlo con él intentó forzarme, pero el rodillazo que le pegué en la entrepierna lo hizo cambiar de opinión —respondió finalmente, sacudiendo la cabeza—. Cuando me alejé estaba retorciéndose en el .suelo, gimiendo, y parecía que fuera a vomitar.

Russ contrajo el rostro.

—No digo que no se lo mereciera, pero… Dios, debió dolerle un montón.

A Abigail no le gustaba hacer daño ni a los animales ni a las personas, pero había sido en defensa propia.

—No me siento orgullosa de aquello, aunque debió aprender la lección, porque a partir de ese día no volvió a acercarse a mí.

Russ se rió.

—No me extraña.

La joven reprimió una sonrisa maliciosa, pero Russ se puso serio.

—Abby —le dijo—, te doy mi palabra de que yo nunca haría algo así. Es más, prometo no tocarte a menos que seas tú quien me lo pida.

Abigail lo miró a los ojos y su mirada franca le dijo que podía confiar en él, que sería capaz de mantener el control sobre sí mismo por mucho que se excitase.

—Como he dicho antes, el problema no eres tú, sino yo.

Russ sacudió la cabeza.

—No creo que tú tengas ningún problema, Abby. Sé que apenas

nos conocemos, pero por lo que me has contado de tu madre, no veo que te parezcas en nada a ella.

—Eso espero.

Russ la soltó y se agachó para recoger las cosas que Abigail había dejado caer. Cuando se irguió y se las tendió, la miró con una sonrisa en los labios, y le preguntó:

—¿Qué dirías si te invito a cenar en mi casa esta noche?

—No sé si es buena idea, Russ.

—Te prometo que será sólo en plan de amigos —le dijo él, saliendo al pasillo—. Nada más.

—Pero es que ni siquiera sé dónde vives —replicó ella mientras se dirigían al cajón de Marsanne. No podía creer que estuviese planteándose siquiera su propuesta.

—Vivo en la cabaña que hay al otro lado del lago —contestó él —, y hago unos espaguetis a la boloñesa buenísimos —añadió deteniéndose frente al cajón donde estaba la yegua.

Abrió la puerta, la sacó al amplio pasillo, y Abigail se agachó para examinar la herida mientras sopesaba sus opciones. Su tío Grant tenía planes para esa noche, y Mercedes iba a salir con su novio, Craig. ¿De verdad quería pasarse la noche sola, viendo la televisión?

—Creo que ya no hace falta volver a vendarle la herida — murmuró poniéndose de pie—. Está casi curada.

—Estupendo —dijo Russ.

Volvió a meter a la yegua en el cajón, y después de cerrar la puerta se volvió hacia Abigail.

—Bueno, ¿y qué me dices entonces de lo de la cena? Podría pasar a recogerte sobre las siete.

Abigail inspiró profundamente y tomó una decisión.

—No te molestes; iré dando un paseo.

Cuando oyó los golpes en la puerta, Russ se limpió las manos en el paño de cocina y fue a abrir. El ver a Abigail allí de pie, en su porche, con el rojizo cabello cayéndole sobre los hombros se quedó sin aliento. Era una de las mujeres más hermosas a las que había conocido, pero tenía la impresión de que ella no era consciente de su propia belleza.

—Llegas justo a tiempo para ayudarme con la ensalada mientras escurro los espaguetis —le dijo, haciéndola pasar y cerrando la puerta. Advirtió al instante que estaba nerviosa, y para hacer que se relajase, le sonrió y añadió—: Si remuevo yo la ensalada acabaremos teniendo que recogerla del suelo.

—¿Y qué te hace pensar que a mí se me da, mejor? —le contestó ella riendo mientras entraban en la cocina.

El hermoso sonido de su risa hizo que una sensación cálida se

extendiera por el pecho de Russ.

—Bueno, tú eres una mu…

—Cuidadito con lo que dices, amigo —le advirtió ella, sonriendo divertida.

El corazón de Russ palpitó con fuerza. Aquella noche sin duda iba a poner a prueba su autocontrol. Había invitado a cenar a una mujer que reunía sus dos debilidades: el cabello pelirrojo y esos hoyuelos que aparecían en su rostro cuando sonreía.

—Lo que iba a decir es que eres una mujer… que debería sentarse y descansar mientras yo remuevo la ensalada.

—Te has salvado, vaquero —contestó ella riéndose—. Aunque no te creo —añadió tomando los dos tenedores de madera que había junto al bol, y empezando a remover la ensalada.

Trabajaron en un silencio agradable durante unos minutos, y cuando hubieron terminado llevaron los platos a la mesa que el había dispuesto allí, en la cocina.

—¿Te apetece un poco de vino? —le preguntó Russ a Abigail mientras le apartaba la silla para que se sentara.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo que confesar que no entiendo mucho de vinos. De hecho, con las comidas normalmente tomo agua o té frío.

—No te sientas mal por eso —le dijo él riéndose—. Yo tampoco suelo tomarlo.

Abigail lo miró con los ojos muy abiertos.

—Pero si trabajas en un viñedo…

Russ abrió la puerta de la nevera, sacó una jarra con té frío, y tras servirle a Abigail y servirse él, se sentó también.

—Sí, pero cuando tomo alguna bebida con alcohol… y no lo hago muy a menudo, prefiero la cerveza.

Abigail levantó su vaso.

—Por los vaqueros que participan en rodeos, hacen vino, y beben cerveza.

Russ sonrió y tras brindar con ella añadió:

—Y por las veterinarias hermosas y con carácter.

Durante la cena estuvieron charlando sobre todo tipo de cosas, y Russ se enteró, por ejemplo, de que el hermano de Abigail, Ford, había creado un tipo de forraje especial para el ganado mientras estaba todavía estudiando en la universidad, que le había vendido la fórmula patentada a varias empresas forrajeras importantes, y que el producto no sólo estaba siendo distribuido dentro de los Estados Unidos, sino también en el extranjero.

—¿Y se dedica aún a eso? —Le preguntó Russ—. ¿A la investigación y el desarrollo de productos de ese tipo?

—No, ahora trabaja como asesor independiente para varios ganaderos… y cuando no está visitando los ranchos de sus clientes, está poniéndose moreno trabajando nuestras tierras —contestó ella con una sonrisa.

La reaparición de los hoyuelos en las mejillas de Abigail había vuelto a dejar sin aliento a Russ, que tuvo que esforzarse para concentrarse de nuevo en lo que le estaba diciendo.

—Bueno, no veo qué tiene eso de malo —dijo—. En julio y agosto, cuando pasamos de los treinta y siete grados yo suelo trabajar en los viñedos sin camisa.

—Creía que el clima aquí, en el valle de Napa, era templado durante todo el año —apuntó Abigail, dejando el tenedor sobre el plato.

—Y lo es —respondió él.

Y justo en ese momento, como para llevarle la contraria, se vio un relámpago a través de la ventana, y se escuchó el retumbar de un trueno. Los dos se echaron a reír.

—En fin, durante la mayor parte del año hace bueno —dijo Russ. Se levantó y llevó los platos de ambos al fregadero—. He horneado un pastel de manzana. ¿Te apetece un poco ahora, o prefieres tomarlo luego, con una taza de café?

—¿Has hecho un pastel? Vaya, debo decir que estoy impresionada.

Russ se volvió hacia ella con una sonrisa avergonzada.

—Bueno, no he dicho que lo haya hecho; sólo que lo he horneado.

—Oh, entiendo —murmuró ella, esbozando una sonrisa que le hizo dudar si sería capaz de mantener la promesa que le había hecho —. La idea del café me parece bien.

Russ asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Entonces voy a encender la cafetera.

Apenas lo había dicho cuando el fogonazo de un nuevo relámpago iluminó la habitación un segundo antes de que le siguiera un trueno, y se fuera la luz.

—…o quizá no —murmuró Russ.

Abigail se rió.

—Me da que al final vamos a tener que tomarnos ese pastel a la luz de unas velas —dijo.

—Eso parece —asintió él, reprochándose que no se le hubiera ocurrido usar velas para la cena.

Iba a tener que desempolvar su manual para citas, se dijo mientras abría un cajón donde tenía velas y una linterna.

Sacó primero la linterna, la encendió, y la dejó sobre la mesa

para sacar luego un par de gruesas velas rojas. ¿A quién quería engañar?, se dijo mientras las colocaba sobre las palmatorias. ¡Como si tuviese citas muy a menudo! Y menos con mujeres como Abigail… De hecho, podían contarse con los dedos de una mano las citas que había tenido con mujeres con estudios superiores.

—Vamos al salón a sentarnos —le dijo yendo delante—. Probablemente la luz volverá dentro de unos minutos.

O al menos eso esperaba él. Sentarse en el sofá con una mujer tan hermosa a la romántica luz de las velas no iba a ser algo fácil de sobrellevar para su libido.

—Estoy acostumbrada a los cortes de luz —dijo Abigail cuando se hubieron sentado—. En la granja nos pasa todo el tiempo; en invierno porque el frío hace que se rompan los cables, y en primavera y en verano porque los arrancan los vientos de las tormentas.

—Aquí no sucede muy a menudo —respondió él preguntándose cómo diablos podía habérsele ocurrido invitarla a cenar.

En un par de segundos se les habría agotado el tema del tiempo, ¿y entonces qué? De inmediato acudieron a su mente unas cuantas ideas de lo que podían hacer cuando ya no supiesen de qué hablar, pero todas implicaban tenerla entre sus brazos.

Diablos, ya sabía él que aquella promesa que le había hecho de no tocarla a menos que ella se lo pidiera iba a acabar volviéndose en su contra…

—¿Cuándo es tu próximo rodeo? —le preguntó Abigail, irrumpiendo en sus pensamientos malhumorados.

—Este fin de semana, en Wild Horse Flats —respondió él—. Es un rodeo de poca monta, que se celebra a unos seiscientos kilómetros al sur de aquí, pero hasta ahora siempre me ha ido bien en él —le explicó encogiéndose de hombros.

—A veces los rodeos pequeños son los más divertidos —dijo ella con una sonrisa.

—¿Te gustan los rodeos?

Abigail asintió con la cabeza.

—Cuando estábamos en el instituto mi hermano y yo participamos en los que se celebraban en los alrededores de Crawley. Yo competía en la modalidad de carreras de barriles, y Ford en la de lazado de becerros.

Russ levantó el brazo para apoyarlo en el respaldo del sofá, tras los hombros de Abigail, pero lo bajó de inmediato al pensar que pudiera creer que estaba faltando a su promesa.

—¿Y por qué dejaste de competir?

—Bueno, tuve que elegir entre divertirme, o aplicarme en verano si quería acabar mis estudios, y finalmente decidí centrarme en mis

estudios —le explicó Abigail, mirándolo con extrañeza—. ¿Ibas a rodearme los hombros con el brazo?

Russ se aclaró la garganta.

—Bueno, iba a ponerlo sobre el respaldo del sofá, pero…

Ella enarcó las cejas.

—¿No te parece que estás llevando al extremo esa promesa que me hiciste esta tarde?

—No, claro que no.

Cumpliría su palabra por mucho que le costase… y con Abigail sentada a su lado le iba a costar bastante.

—Pues a mí sí me lo parece —replicó ella girándose en el asiento para mirarlo de frente—. ¿Quieres decir que ni siquiera vas a intentar besarme?

Russ negó con la cabeza.

—Te di mi palabra. Sólo te tocaré si tú me lo pides.

Abigail se quedó mirándolo durante unos segundos con el corazón latiéndole con fuerza. ¿Podía ser tan lanzada como para pedirle que lo hiciera? ¿Tenía el valor suficiente para decirle que quería que rompiera su promesa?

Después de examinar la herida de Marsanne aquella mañana, había regresado a la antigua cochera y se había pasado la tarde recordando lo que Russ le había dicho, y había llegado a la conclusión de que tenía razón, de que ella no era su madre, ni se parecía en nada a ella.

Grace Ashton, la mujer que la había abandonado sólo buscaba satisfacer sus caprichos, era egoísta, y era una especie de marioneta cuyos hilos movían las circunstancias. Ella, en cambio, era una mujer fuerte y capaz, una mujer independiente que estaba aprendiendo a confiar en sus instintos y a decidir qué quería para sí.

Y lo que quería en ese momento era que Russ la tomase entre sus brazos y que la besase como no la habían besado nunca. Pero había tenido que hacerle aquella ridícula promesa y, aunque le diese vergüenza, o bien tendría que pedirle que la besara, o tendría que besarlo ella a él.

Decidiendo finalmente que el movimiento se demostraba andando, se inclinó hacia delante ignorando el vuelco que le dio el corazón en ese momento, y apretó su boca contra la de él. No había hecho nada semejante en sus veinticuatro años de vida, pero mientras comenzaba a tirar suavemente de los cálidos labios de Russ con los suyos, encontró que la experiencia era muy excitante y, en cierto modo, liberadora.

Cuando lo oyó gemir y girarse más hacia ella, pensó que iba a rodearla con sus brazos y tomar las riendas, pero aparte de responder

al beso siguió allí sentado sin hacer nada. Según parecía estaba esperando a que le dijese verbalmente qué quería de él.

Abigail despegó sus labios de los de él, se echó hacia atrás, y vio que Russ tenía los puños apretados junto a las caderas. Era obvio que ansiaba estrecharla entre sus brazos tanto como ella ansiaba que lo hiciera, pero también que no lo haría a menos que ella le hiciese saber que estaba preparada para que se convirtiese en parte activa de aquello.

—¿Russ?

—¿Qué, Abby?

Todavía tenía los ojos cerrados, y parecía que le costase respirar.

—¿Quieres hacer el favor de tocarme?

# Capítulo Cuatro

Abigail vio a Russ abrir los ojos justo un momento antes de emitir un gemido y extender los brazos para atraerla hacia sí.

—Dios, creí que no me lo pedirías nunca.

—Pues hay algo más que quiero que hagas —murmuró ella, notando cómo un cosquilleo le recorría la espalda al sentir el cuerpo de Russ apretado contra el suyo.

—¿Y qué es? —inquirió él, besándola en el cuello.

—Quiero que te olvides de la promesa que me hiciste antes.

Abigail notó que Russ se quedaba completamente quieto antes de echarse hacia atrás para mirarla entre aliviado y confuso.

—¿Estás segura?

Abigail inspiró profundamente y asintió.

—Si algo me hace sentir nerviosa o incómoda te lo diré.

—Bueno, por mí de acuerdo —respondió él besándola en la mejilla—, pero hazme un favor.

—¿Qué favor? —inquirió.

—Que te acuerdes de que no soy Harold—contestó Russ. Y luego, con una sonrisa, añadió—: Si en cualquier momento quieres que pare, sólo tienes que decírmelo. Y tampoco será necesario que me pegues un rodillazo en la ingle para que te preste atención.

—Lo recordaré —dijo ella rodeándole el cuello con los brazos—. Y ahora bésame como si te fuera la vida en ello, vaquero.

Russ esbozó una sonrisa lobuna, y Abigail se sintió estremecer por dentro.

—Vuestros deseos son órdenes, madame.

Los latidos del corazón de la joven se dispararon, y cuando la boca de Russ descendió sobre la suya, su estómago hizo una pirueta. Rodeándole el cuello con los brazos, se perdió en el beso mientras se maravillaba del contraste entre sus cuerpos. Russ, cuyos músculos se habían ido moldeado a lo largo de años de duro trabajo físico, tenía mucha fuerza, pero sus manos la tenían asida por la cintura con tanto cuidado como si fuera de porcelana.

Luego, cuando su lengua se adentró en su boca y se enredó con la suya, Abigail dejó de pensar y le respondió vacilante, pero al escuchar el gemido de placer que escapó de la garganta de Russ, experimentó una sensación de poder que no había conocido hasta entonces. Por primera vez en su vida estaba liberando su sexualidad, y estaba empezando a comprender lo que significaba ser mujer. Y estaba disfrutando con ello.

Russ se estremeció, y despegó sus labios de los de ella antes de levantarla para sentarla en su regazo.

—Abby, cariño… deberíamos parar… antes de que esto… vaya más lejos —le dijo sin aliento.

Al notar el miembro en erección de Russ contra su espalda, Abigail sintió que en su vientre saltaba una chispa de deseo que se extendió luego por todo su cuerpo, y se bajó azorada de su regazo para sentarse a su lado, decidiendo que por aquella noche ya había experimentado bastante.

—Sí, será lo mejor —murmuró—. Además se está haciendo tarde; debería irme ya —añadió. En el silencio que siguió a sus palabras, oyó fuera el suave ruido de la lluvia cayendo—. ¿Podrías llevarme de vuelta en tu coche?

—Claro —asintió Russ—, pero tendrás que darme un par de minutos.

—¿Por qué?

Russ se rió.

—Porque ahora mismo no creo que tenga suficiente sangre al norte de la hebilla de mi cinturón como para no desmayarme si me pongo de pie.

Las mejillas de Abigail se tiñeron de rubor y, por primera vez en su vida, se encontró con que no sabía qué decir.

Russ extendió una mano y le peinó el cabello con los dedos antes de tomarla por la nuca para atraerla hacia sí e imprimir en sus labios un breve beso.

—Ven al rodeo conmigo este fin de semana, Abby.

Ella se quedó mirándolo indecisa.

—Russ, no creo que sea una buena idea —comenzó.

¿Por qué estaba dudando? ¿Por qué no le había dicho directamente que no?

Russ negó con la cabeza y puso el índice sobre sus labios.

—Saldríamos el viernes y volveríamos el lunes. Y por si te preocupa cómo dormiríamos, el remolque que tengo para llevar a los caballos tiene una habitación con dos camas —le dijo. La besó de nuevo y se puso de pie, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse del sofá—. Piénsatelo y dime qué has decidido antes de que acabe la semana.

—Tío Grant, no te he oído mencionar nada sobre Spencer en estos últimos días —le dijo Abigail a su tío mientras desayunaban a la mañana siguiente—. ¿Habéis conseguido algo?

Mirándola por encima del borde de su taza de café, su tío negó con la cabeza.

—Sigue negándose a hablar con nosotros.

—¿Y qué vais a hacer?

—Insistir hasta que ceda; no vamos a darnos por vencidos —

respondió su tío con una sonrisa—. Esta mañana Colé, Eli, y yo hemos quedado para discutir qué opciones tenemos. Con suerte se nos ocurrirá algo para hacer que consienta en recibirnos. Ellos también quieren que les conteste a unas cuantas preguntas, y una de las ideas que se nos han ocurrido es que podríamos amenazarle con contar la historia a los medios de comunicación.

—. Y crees que eso podría funcionar? —inquinó ella mientras recogía los platos y los llevaba al fregadero.

Su tío asintió con la cabeza.

—Dudo que quiera que sus socios se enteren de que es culpable de un delito de bigamia, o de que se hizo con la Corporación Lattimer, la empresa del padre de Caroline, por medios fraudulentos —respondió—. Pero no quiero que te preocupes por eso, Abby —le dijo con una sonrisa—. Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Eso espero —contestó ella, deseando de corazón que así fuera.

Después de haberlo abandonado años atrás, lo menos que le debía aquel canalla a su tío eran unas cuantas respuestas.

—Pero no hablemos más de mí —le dijo su tío, haciéndole un ademán para que volviera a sentarse—. Aún me quedan unos minutos para irme, y me gustaría que me contaras qué has estado haciendo estos últimos días, Brujita. Con lo liado que he estado apenas hemos tenido un momento para charlar.

El que usara aquel apelativo cariñoso que solía emplear con ella desde niña hizo que el corazón de Abigail se inundara de amor por aquel hombre que, siendo tan joven, tanto había sacrificado por su hermano y ella. Y es que su tío sólo tenía veinticuatro años cuando su hermana se había marchado, dejándolos atrás, y había tenido que hacerse cargo de ellos. Abigail no lo había oído quejarse ni una sola vez. Nunca se había casado, y aunque no se lo había dicho, ella sospechaba que si había permanecido soltero había sido para poder dedicarse por entero a Ford y a ella, y que de algún modo había intentado suplir el cariño que su madre no les había dado.

—La verdad es que no he hecho gran cosa —contestó—. Mercedes me estuvo enseñando el otro día la planta, y trató de instruirme sobre el arte de la cata de vinos… y he llegado a una conclusión —añadió con una sonrisa divertida.

—¿Ah, sí?

Abigail asintió.

—He llegado a la conclusión de que el gusto por el vino debe ser algo que se adquiera a base de tomarlo, porque a mí sigue sin gustarme.

Su tío se echó a reír.

—Tienes mucha razón. ¿Y qué más has hecho estos días?

—Bueno, aparte de tratar a una yegua que tenía una pata herida no demasiado —respondió ella, preguntándose si debería hablarle de la invitación de Russ al rodeo de Wild Horse Flats.

Por lo general no había nada de lo que no pudiese hablar con su tío, y le gustaba escuchar su opinión antes de tomar una decisión, como cuando le había pedido consejo sobre la carrera que quería estudiar y sobre la universidad en la que quería matricularse, pero irse a pasar el fin de semana con un hombre era algo bastante más personal.

Sin embargo, si aceptaba la invitación de Russ tendría que darle algún motivo para explicar por qué iba a estar fuera durante el fin de semana, así que inspiró profundamente y le dijo:

—Tío Grant, ¿te han presentado a Russ Gannon, el capataz de la finca?

—No, pero me han hablado muy bien de él —respondió su tío, tomando un sorbo de café—. Colé sólo tiene elogios para él, y Eli dice que si se lo propusiera sería capaz de cultivar uvas en la luna.

—Bueno, yo no estoy muy al tanto de sus cualidades como capataz, pero es un hombre muy agradable —murmuró intentando hallar el modo de decirle lo del rodeo.

Era en ocasiones como aquélla cuando echaba en falta tener una madre o una hermana mayor con quienes hablar.

Los ojos verdes de su tío Grant brillaron maliciosos.

—;Ah, sí?

Abigail se sonrojó ligeramente y se levantó para servir más café para los dos.

—Me llevó a dar un paseo a caballo hace unos días, y anoche me invitó a cenar en su casa, y… —cuando volvió a la mesa, se enfrentó a la mirada curiosa de su tío—. El caso es que ha pedido que lo acompañe a un rodeo en el que compite este fin de semana, en Wild Horse Flats.

—¿Y vas a ir? —inquirió su tío, enarcando una ceja antes de levantar su taza para tomar un sorbo de café.

Abigail se encogió de hombros.

—No estoy segura.

Su tío puso cuidadosamente la taza sobre la mesa, y cubrió la mano de su sobrina con la suya.

—¿Estás preguntándome qué es lo que creo que deberías hacer?

Abigail frunció el entrecejo pensativa. ¿Estaba pidiéndole su opinión?

—Bueno, la verdad es que no —respondió vacilante—, pero quería que lo supieras por si al final voy.

—¿Significa eso que estás pensándolo?

—Sí.

—¿Y estás inclinándote por la posibilidad de ir?

Al verla asentir, su tío se quedó mirándola en silencio un buen rato antes de volver a hablar.

—Bueno, ya sé que no me has pedido mi opinión, pero voy a dártela de todas maneras.

Abigail sabía que no podría haber sido de otro modo.

—Te escucho.

—Siempre has sido para mí más como una hija que una sobrina —comenzó su tío con voz grave—, y el padre que hay en mí me dice que te diga que ni hablar, que no hay un sólo hombre sobre la faz de la tierra que te merezca —hizo una pausa para aclararse la garganta—. Pero ya eres lo bastante mayor como para saber lo que quieres, y siempre has sido una chica juiciosa —añadió apretándole suavemente la mano—. Confío en ti, Abby —le dijo poniéndose en pie para marcharse—. Hagas la elección que hagas, estoy seguro de que será la correcta.

Abigail se puso de pie también y lo abrazó.

—Gracias, tío Grant.

—No hay de qué, Brujita —contestó él riéndose v abrazándola también.

El jueves por la tarde Russ había acabado de cepillar a Dancer y estaba cepillando a Blue cuando Abigail entró en las cuadras. No la había visto desde la noche en que la había llevado de vuelta a la antigua cochera después de que cenara con él, y a decir verdad no le extrañaba que hubiera estado evitándolo.

En los tres últimos días debía haber estado preguntándose cómo podía haber tenido la frescura de invitarla a pasar el fin de semana con él cuando apenas se conocían.

—Hola —lo saludó la joven acercándose y quedándose al otro lado de Blue.

Dios, estaba preciosa con el cabello recogido como lo llevaba, dejando a la vista su esbelto cuello, ese cuello de piel de satén que se moría por volver a besar, pensó tragando saliva.

—Hola —respondió—. Hacía días que no te veía.

—Mercedes me pidió que fuera con ella a San Francisco un par de días a hacer unas compras —contestó ella—. En mi vida había subido y bajado tantas cuestas —comentó con una sonrisa.

Russ se rió y asintió con la cabeza.

—Sí, San Francisco parece una montaña rusa.

Se quedaron callados, y Russ supo de inmediato que los dos estaban pensando en la invitación que le había hecho. Continuó

cepillando al caballo mientras intentaba pensar en una manera digna dé retirarla antes de que ella la rechazara, y cuando había decidido que lo mejor sería decirle que comprendía que no quisiese ir con él, hablaron los dos al mismo tiempo.

—Abby, yo creo que…

—Russ, he decidido…

Los dos volvieron a callarse y prorrumpieron en una risa nerviosa.

—Las damas primero.

Abigail bajó la vista a sus botas, y Russ creyó adivinar lo que iba a decirle, pero cuando alzó la vista estaba sonriendo.

—He estado pensándolo mucho, y si todavía sigue en pie tu invitación, me gustaría mucho ir a ese rodeo contigo.

A Russ el corazón le palpitó con fuerza, y de pronto casi le costaba trabajo respirar. Le había dicho que el remolque tenía dos camas, y tenía intención de que durmieran cada uno en una, pero teniendo en cuenta lo que les costaba mantener las manos quietas cuando estaban a solas, Abigail tenía que saber por fuerza que había bastantes posibilidades de que acabasen haciendo el amor.

El solo pensamiento hizo que cierta parte de su anatomía se endureciese al instante, y mientras apoyaba los antebrazos en el lomo de Blue para sostenerse, agradeció tener al animal entre ellos. Así al menos Abigail, aparte de la sonrisa de tonto que se le había puesto, no podría ver hasta qué punto lo había afectado que le hubiese dicho que sí.

—Estupendo —dijo finalmente—. ¿Crees que podrías tener tus cosas listas para que salgamos mañana a mediodía? —le preguntó.

Abigail asintió.

—¿Cuándo es la primera prueba en la que participas?

—No es hasta el sábado por la mañana, pero tardaremos unas siete horas en llegar, y me gustaría estar allí pronto para poder estar descansado.

—Lo comprendo —contestó ella, pasando la mano por el lomo de Blue. La piel del animal se estremeció de placer ante aquella caricia, y Russ no pudo evitar desear ser el caballo en ese momento—. ¿Quieres que esté aquí un poco antes para ayudarte a subir a los caballos al remolque?

—No hará falta, pero gracias. Sólo voy a llevarme a Dancer —respondió Russ dejando a un lado el cepillo.

—De acuerdo. Bueno, pues hasta mañana entonces —dijo Abigail.

Iba a girarse para marcharse cuando la voz de Russ la detuvo.

—¿Adonde crees que vas? —inquirió rodeando al caballo.

Ella lo miró confusa.

—Pues… iba a empezar a hacer el equipaje.

Russ negó con la cabeza y le rodeó la cintura con ambas manos.

—No voy a dejar que te escapes tan fácilmente —murmuró atrayéndola hacia sí con una sonrisa seductora—. Te he echado de menos estos días, Abby.

—Yo también a ti.

La sonrisa de Abigail hizo que a Russ se le disparara el pulso y, aunque su vida hubiera dependido de ello, habría sido incapaz de no besarla. En el instante mismo en que su boca tocó los perfectos labios de la joven, éstos se entreabrieron con un suave suspiro, y no se lo pensó dos veces antes de deslizar la lengua entre ellos.

En los tres últimos días había estado soñando con volver a besarla, con sentir de nuevo su cuerpo apretado contra el suyo. Parecía una locura, pues apenas se conocían, pero lo cierto era que estaba volviéndose adicto a ella.

Cuando Abigail entrelazó su lengua con la de él. Russ sintió como si un chorro de lava se hubiera disparado por sus venas, y de pronto notó que las rodillas le flaqueaban. La deseaba de tal modo que esa ansia le robaba por completo la razón. Sintiendo que se moriría si no la tocaba, subió la mano por su costado hasta alcanzar la curva del seno. La escuchó gemir suavemente cuando cerró la palma en torno a él, pero observó con alivio que no se apartaba, y notó cómo sus dedos se aferraban a la espalda de su camisa.

Alentado por el hecho de que no lo hubiera rechazado, pasó la yema del pulgar por el pezón endurecido a través de la camisa y el sostén, y el gemido de placer de Abigail desató en su interior una ráfaga de deseo.

Consciente de que estaba a punto de perder el control, bajó lentamente la mano a la cintura de la joven y puso fin al beso.

—Cariño, nada me gustaría más que seguir aquí haciendo esto el día entero, pero podría resultar peligroso.

—¿Por qué… dices… eso? —inquirió ella sin aliento.

Russ sintió una nueva punzada de deseo cuando se echó hacia atrás para mirarla. Sus mejillas de porcelana se habían teñido de un ligero rubor, y sus labios estaban algo hinchados por sus besos.

Se rió, descargando así parte de la tensión que se había ido acumulando en esos minutos en su interior, y le dijo:

—Porque temo que si no paramos ahora acabaré sufriendo el mismo destino que el pobre Harold.

Para su sorpresa, en vez de reírse, Abigail sacudió la cabeza.

—No tienes que preocuparte por eso —le dijo quedamente. Y entonces, inclinándose hacia delante, lo besó en el pecho, justo en el

trozo que los primeros botones desabrochados de su camisa dejaban al descubierto—. Hasta mañana, Russ.

Sintiéndose como si el corazón fuese a atravesarle la caja torácica, Russ la siguió con la mirada mientras salía de las cuadras e inspiraba profundamente una y otra vez.

Estaba dispuesto a apostar todo lo que tenía a que aquel fin de semana podían pasar dos cosas: o bien que acabaran naciendo el amor, o bien que él terminara por volverse completamente loco.

# Capítulo Cinco

Mientras Russ aparcaba el remolque en la zona de camping cerca del recinto del rodeo, Abby llevó a Dancer al pequeño establo que había a unos metros. Cuando llegaron, Russ le había explicado que, debido a los muchos rodeos y espectáculos ecuestres que se celebraban allí, los dueños del camping proporcionaban alojamiento gratuito para los animales como una cortesía hacia los visitantes que participaban en ellos.

Cuando Dancer estuvo acomodado, regresó con Russ, y lo encontró abriendo la puerta lateral del remolque. Sonriéndole, se hizo a un lado, e hizo un caballeroso ademán con su sombrero vaquero.

—Señora, vuestro carruaje os espera.

Abigail se rió, subió al remolque, y miró en derredor. Había un pequeño cuarto de baño con ducha, una cocinita, un sofa-cama, y una cama bastante amplia que parecía incluso confortable.

—Vaya, esto está fenomenal —dijo admirada.

Russ se encogió de hombros, pero por la expresión de su rostro Abigail supo que su comentario lo había complacido.

—Bueno, no es que tenga grandes lujos ni mucho menos, pero hace más cómodo el viajar —le dijo abriendo la pequeña nevera—. ¿Te apetece beber algo antes de ir a dormir?

Las palabras «ir a dormir» hicieron que Abigail sintiera un cosquilleo en el estómago. No es que fueran a dormir en la misma cama, pero apenas los separarían un par de metros. ¿Por qué no se le habría ocurrido eso antes de decirle que sí?

Inspirando profundamente, decidió que lo mejor sería no pensar en eso.

—No, gracias. Estoy llena.

Habían parado hacía un par de horas para que Dancer pudiera estirarse un poco, y antes de volver a la interestatal habían comprado unas hamburguesas con patatas en un restaurante de comida rápida.

—Pues no me explico cómo puede ser cuando me has dado la mitad de tus patatas y parte de tu hamburguesa.

—Es que no tenía mucha hambre —se excusó ella.

No iba a decirle que se le había quitado el apetito a medida que se acercaban al campamento…

Russ encendió el televisor, le sonrió, y se dirigió a la puerta.

—¿Por qué no te quitas las botas y te sientas a gusto un rato mientras voy a dar de comer a Dancer y a ver si tiene suficiente agua para la noche? Para cuando vuelva ya será hora de meterse en la cama.

«Irse a dormir», «meterse en la cama»… Cada vez que decía esas cosas un cosquilleo nervioso le recorría la espalda y el estómago le daba un vuelco.

—¿A qué hora es la primera prueba mañana?

—No es hasta las diez, pero el horario de inscripción empieza a las siete —contestó él mientras abría la puerta—. Además también tendremos que desayunar, y con lo poco que has comido aunque no tengas hambre ahora, mañana por la mañana seguro que sí la tendrás.

—Tal vez —respondió ella, aunque dudaba que »fuese a comer casi nada en todo el fin de semana.

—Bueno, pues ponte cómoda; como si estuvieras en tu casa —le dijo Russ—. Volveré enseguida.

Abigail no respiró tranquila hasta que no hubo salido y cerrado tras de sí. Acornó podía haberle dicho que sí? Sacudió la cabeza. Estaba muy claro por qué lo había hecho: porque quería estar con él, porque quería pasar tanto tiempo como le fuera posible con él antes de volver a Nebraska. Sólo hacía un par de semanas que se conocían, pero durante aquel breve viaje que había hecho con Mercedes a San Francisco, no había podido dejar de pensar en él.

Después de quitarse las botas se sentó en el sofá y se quedó mirando la pantalla, aunque no estaba prestando ninguna atención a las imágenes. ¿Estaría enamorándose de él?, ¿sería posible encariñarse con alguien en tan poco tiempo?

Lo cierto era que cuando estaba con él se sentía bien, sentía que estaba donde tenía que estar, y en cambio, cuando estaban separados el uno del otro no podía dejar de pensar en cuánto echaba de menos su risa, sus abrazos y esos besos que la abrasaban por dentro.

El tío Grant le había dicho muchas veces que siempre había tenido las ideas muy claras y que cuando se proponía algo no temía echar toda la carne en el asador para conseguirlo, pero en esas ocasiones se había referido a sus estudios o a su carrera profesional, no a asuntos del corazón.

¿Habría llegado el momento de que se soltase un poco el corsé?, ¿tendría el valor suficiente para dejarse llevar por sus sentimientos y aceptar la posibilidad de que quizá pudiera acabar enamorándose?

Antes de que pudiera llegar a ninguna conclusión la puerta se abrió, y reapareció Russ.

—¿Te gustaría ir a un baile mañana por la noche, Abby?

—¿A un baile? ¿Es parte de las actividades del rodeo?

—No exactamente —contestó él sonriendo mientras se sentaba junto a ella para quitarse las [botas—. He estado hablando con un amigo en el establo y me ha dicho que las esposas y las novias de algunos de los hombres han estado quejándose por tener que pasar el día de San Valentín en un rodeo.

Abigail se rió.

—En otras palabras: los hombres quieren redimirse celebrando un baile improvisado.

—Algo así. Dos oyeron que los llamaban «insensibles» y «poco románticos», pero fue cuando algunas de las mujeres amenazaron con mandarlos al establo a dormir con lo caballos cuando se dieron cuenta de lo seria que era la situación —le explicó con una sonrisa. Se puso de pie para sacarse del bolsillo de los vaqueros las llaves y las monedas que llevaba—. ¿Qué me dices?, ¿te gustaría ir?

—Claro —asintió ella riéndose—. Seguro que será divertido. Aunque tengo que advertirte que hace siglos de la última vez que fui a bailar, así que puede que te pise varias veces.

Russ se rió.

—No tienes que preocuparte por eso —replicó—. A mí bailar se me da fatal, así que sólo bailo las canciones lentas, y lo único que hago es quedarme en el sitio abrazado a mi pareja, balanceándome al compás de la música.

Al imaginarse bailando un tema lento abrazada a él, Abigail sintió que una ráfaga de calor se extendía por todo su cuerpo. Decidiendo que lo mejor sería poner una «distancia de seguridad» entre ellos, se levantó y miró en derredor buscando su bolsa de viaje.

—Russ, ¿dónde has puesto mi…?

Antes de que terminara de hacer la pregunta, Russ abrió el armario y sacó de él su bolsa y sábanas para vestir la cama del sofá.

—Ten —le dijo tendiéndosela—. El baño es bastante pequeño, pero puedes cambiarte ahí.

Minutos después Abigail estaba ya cambiada e iba a salir del baño cuando se dio cuenta de que había olvidado llevarse la bata.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —masculló irritada consigo misma por el despiste.

—¿Has dicho algo? —le preguntó Russ desde fuera.

—No, estaba hablando sola.

Bajando la vista a la fina camisola de algodón que no le llegaba

siquiera a las rodillas, decidió que sólo tenía dos opciones: volver a cambiarse y acostarse vestida, lo cual sería bastante incómodo, o dejarse de remilgos, salir así, recorrer como si no pasara nada los escasos metros hasta el sofá, que Russ ya habría abierto, y meterse bajo las sábanas.

Realmente no tenía elección, así que antes de perder el valor para hacerlo, abrió la puerta y salió.

—Podría haberla vestido yo si voy a dormir ahí —le dijo a Russ cuando lo encontró remetiendo las sábanas y la manta.

—Ni hablar, eres mi invitada; tú dormirás en la cama y yo dormiré aquí.

Estaba de espaldas a ella, pero cuando se volvió se quedó boquiabierto. En su vida había visto nada tan sexy como a la joven que tenía de pie frente a él. El camisón que Abigail se había puesto no era provocativo en absoluto, ya que era un sencillo camisón de algodón de manga corta y color turquesa, que además le quedaba holgado, pero aun así nunca la había visto tan sexy.

La tela apenas marcaba la forma de sus senos, pero no podía ocultar el hecho de que se le habían endurecido los pezones, ni de que se había quitado el sostén. Y luego, cuando bajó la vista y se dio cuenta de que aquel condenado camisón le quedaba bastante por encima de las rodillas, Russ tuvo que esforzarse por no aullar. Tenía las piernas más largas y bonitas que había visto jamás.

De pronto su mente y sus hormonas se revolucionaron por completo, y cuando se los imaginó a ambos haciendo el amor, con esas piernas rodeándole la cintura, notó que todo su cuerpo se ponía rígido de excitación, y apretó los dientes con tanta fuerza que probablemente tendrían que separárselos con una palanca.

Al volver a subir la vista se dio cuenta de que Abigail tenía las mejillas arreboladas. Era obvio que su escrutinio la había azorado, pero tenía la cabeza bien alta, y cuando sus ojos se encontraron no apartó la vista.

—Se me ha olvidado traerme la bata. Sin pensárselo dos veces, Russ dio un paso adelante y la atrajo hacia sí.

—No me malinterpretes, cariño. No pretendo quejarme de lo que llevas puesto —le dijo inspirando profundamente, pues se había quedado sin aliento—… o más bien con lo que no llevas puesto, pero está a punto de darme un colapso, y cada vez me cuesta más mantener las manos quietas cuando estoy contigo.

El tener el suave cuerpo de Abigail apretado contra el suyo era a la vez cielo e infierno, y aunque nada le habría gustado más que meterse en la cama con ella, y pasarse el resto de la noche haciéndole el amor, Abigail confiaba en él, y él quería demostrarle que nunca la

presionaría. El único problema, pues, era que estaba llegando al límite de su resistencia, y que no iba a hacerse el macho y no admitirlo.

Sabiendo que ya no habría vuelta atrás si la besaba siquiera, se limitó a rozar con sus labios la aterciopelada piel de su cuello.

—Estoy tratando de comportarme como un caballero, Abby, pero estoy perdiendo la batalla, así que creo que lo mejor será que te vayas a la cama. Cuando la soltó y se sentó en el sofá cama para ponerse de nuevo las botas, la joven lo miró confundida. —¿Adonde vas? Russ la dio un breve beso y se dirigió a la puerta.

—Voy a dar unas cuantas vueltas corriendo alrededor del camping —le dijo—, y después creo que haré unas cuantas flexiones, y de paso unos abdominales.

Y dejándola boquiabierta, salió del remolque, cerró tras de sí, y se alejó antes de que pudiera cambiar de opinión, volver dentro, y hacerle el amor hasta que se desmayaran de agotamiento.

Mientras paseaba bajo la luz de la luna, exhaló un suspiró de frustración y se dijo que tenía que relajarse. Estaba pasando por algo por lo que nunca antes había pasado, y no tenía ni idea de cómo iba a enfrentarse a ello. Algo le decía que aquello escapaba a su control, y eso no le gustaba.

No había duda de que sentía una fuerte atracción física por Abigail, una atracción que ya había hecho patente la primera vez que había puesto sus ojos en ella, pero el hecho de que también se sintiera atraído por ella a nivel emocional era lo que había desatado la batalla que estaba librando en ese momento consigo mismo.

En un principio había pensado que podrían sencillamente divertirse durante el tiempo que fuese a estar allí en California, y que cuando volviese a su granja de Nebraska no le costaría despedirse de ella, ni lamentaría su marcha, pero ¿e algún modo le había llegado al corazón como no le había ocurrido con ninguna otra mujer, y sabía que si llegaran finalmente a hacer el amor, ya no volvería a ser el mismo.

Sacudió la cabeza y se sentó sobre un tocón. Otra cosa que tenía que tener en cuenta era que era más que probable que Abigail fuese virgen, y aquello ciertamente complicaría más las cosas.

En ese aspecto se reconocía chapado a la antigua, y era de los que consideraban que la primera vez de cualquier mujer tenía que ser algo más que un mero revolcón, que tenía que ser algo especial, y que el hombre a quien se entregase debía ser alguien por quien verdaderamente sintiese algo y que sintiese algo por ella también.

No le cabía duda de que entre ambos había un sentimiento de afecto mutuo, pero aunque eso pudiese ser la base para una relación sólida, las circunstancias eran totalmente adversas: ella vivía a miles

de kilómetros de allí, y aun en el supuesto de que se quedase en California, él no tenía nada que ofrecerle.

Se puso de pie y echó a andar de regreso al remolque. Si hicieran el amor, se preguntó, ¿podrían separarse luego sin sufrir? ¿Podría él verla marchar sin que su corazón fuese con ella?

Abigail siguió con la mirada a Russ mientras volvía por cuarta vez con Dancer al puesto de monta del jinete y se preparaba para ayudar a otro de sus amigos, que competía en la prueba de lucha con novillo, en la que un jinete tenía que controlar los movimientos del novillo mientras el vaquero que competía desmontaba para luchar cuerpo a cuerpo con el novillo y tumbarlo. Según parecía Dancer y él estaban muy solicitados para aquella modalidad, y no le extrañaba, porque el ver en acción a Russ y a Dancer, que se movían como uno solo, hacía que la tarea que desempeñaban pareciera muy sencilla y gracias a ellos los vaqueros que competían conseguían siempre un buen tiempo.

—Eh, nena, ¿dónde has estado escondida iodo este tiempo? —susurró una voz masculina al pido de Abigail.

Al alzar la vista, la joven se encontró con un upo que estaba sonriéndole de un modo lascivo parecía dispuesto a sentarse a su lado. Abigail se apartó para dejar el mayor espacio posible entre ellos, pero el tipo se arrimó a ella diciéndole:

—Eres una chica muy bonita.

No era la primera vez que se topaba con babosos como aquél, así que Abigail se limitó a lanzarle una mirada de desprecio y volvió la cabeza al coso sin dignarse a responderle.

—¿Qué pasa, encanto? ¿Te ha comido la lengua el gato? —insistió el tipo, rodeándole los hombros con el brazo.

Sin decir una palabra, Abigail apartó su brazo y se levantó para ir a buscar otro lugar conde sentarse.

—Oye, oye… no seas así —le dijo el tipo, poniéndose de pie también—. Sólo quería que fuésemos amigos.

—Pues, en primer lugar, yo no quiero ser su amiga —replicó ella, avistando un sitio libre unas filas más abajo—, y en segundo lugar, mi nombre no es «encanto».

El tipo la agarró por el brazo. —¿Y cómo vamos a conocernos mejor si…? Abigail se soltó y lo miró irritada. —Si no quiere que le rompa la mano, guárdesela en un bolsillo.

Al ver que la prueba de lucha con novillo había concluido, Abigail pensó que lo mejor sería que fuera con Russ, y mientras bajaba por los escalones de las gradas lo buscó con la mirada, pero únicamente vio a Dancer solo en el coso.

—Sí que eres escurridiza… —dijo aquel tipo exasperante,

bajando detrás de ella.

Abigail no se detuvo, pero imágenes del pasado, de un momento parecido con un chico llamado Harold acudieron a su mente. Un sentimiento de pánico la invadió, pero se dijo que no tenía por qué tener miedo, que ya no era una adolescente, y que estaba en un lugar público donde debía haber al menos mil quinientas personas.

—¿Qué te parece si vamos a un lugar más tranquilo para conocernos mejor? —dijo el tipo rodeándole la cintura con el brazo y volviéndola hacia él—. Estoy seguro de que te encantaría que…

Y en ese momento, antes de que pudiera pegarle un rodillazo para que dejara de acosarla de una vez por todas, Russ apareció de la nada por la izquierda, e hizo al tipo girarse como una marioneta.

—Vuelve a tocarla, hijo de perra, y acabarás recogiendo tus dientes del suelo.

El hombre farfulló algo, como si fuera a ponerse gallito, pero Russ lo cortó de inmediato.

—Adelante, dame una razón para partirte la cara; estoy deseando —masculló visiblemente furioso.

—Bah, toda tuya —dijo el tipo en un tono de desprecio mientras retrocedía—. No merece la pena.

Cuando hubo desaparecido entre la multitud, Russ se volvió hacia Abigail.

—¿Estás bien?

Abigail asintió con la cabeza.

—Sí, pero podría haberme ocupado sola de esto.

—Mientras yo esté cerca no tendrás por qué hacerlo —le dijo él abrazándola—. Tienes mi palabra de que removeré cielo y tierra para mantener alejados de ti a pervertidos como ése, Abby.

—Cuando has llegado estaba a punto de darle la misma lección de buenos modales que le di a Harold.

Los brazos de Russ la estrecharon con más fuerza.

—Cuando alcé la mirada a las gradas y vi a ese bastardo intentando ponerte las manos encima, desmonté y subí lo más rápido que pude.

—Bueno, por suerte no ha pasado nada.

Por los altavoces anunciaron que la siguiente prueba, monta de toros, en la que Russ competía, estaba a punto de empezar.

—¿Estarás bien? —le preguntó Russ a Abigail.

La joven se puso de puntillas para besarlo en la mejilla.

—Estaré bien —le aseguró—. Pero quiero que me prometas algo.

—¿Qué?

—Que tendrás cuidado.

—Lo tendré —respondió él con una sonrisa tan tierna que Abigail se estremeció por dentro—. Tengo una cita esta noche a la que no pienso faltar.

Dos horas más tarde, mientras llevaba a Dancer de vuelta al establo, Abigail iba preguntándose adonde habría ido Russ. Había estado comportándose de un modo muy raro desde que acabara el rodeo. Le había dicho que tenía que hacer una cosa, le había pedido que se ocupara de Dancer, y después de darle las llaves del remolque y despedirse de ella con un breve beso, se había subido a la camioneta de otro participante y se habían marchado en medio de una nube de polvo.

—Tu dueño está tramando algo —le dijo al caballo mientras lo cepillaba—. Acaba el espectáculo, y va y nos deja aquí solos sin decirnos adonde va.

Dancer resopló y piafó.

—No podía estar más de acuerdo contigo —dijo Abigail riéndose y dándole unas palmadas en el cuello.

Tras asegurarse de que el caballo tenía suficiente agua y comida, se fue al remolque, y estaba abriendo la puerta cuando la camioneta en la que Russ se había ido apareció en ese momento y se detuvo a unos metros.

Russ se bajó, pero esperó hasta que la camioneta se hubo alejado antes de ir hacia Abigail con el brazo tras la espalda.

—¿Has podido hacer eso que tenías que hacer? —le preguntó ella.

—Sí —respondió él con una sonrisa muy ufana. Sacó el brazo de detrás de la espalda, y le tendió una rosa roja en un jarroncito de cristal tallado—. Feliz día de San Valentín, cariño.

Conmovida por aquel gesto, a Abigail se le llenaron los ojos de lágrimas, y cuando tomó la rosa le temblaban las manos.

—Oh, Russ… ¡Es preciosa!

Él la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos.

—Vaya, no era mi intención hacerte llorar.

La joven apoyó la mejilla en su ancho pecho.

—Es que… ésta es una de las cosas más bonitas que ha hecho nadie por mí —murmuró—. Gracias.

—Entonces, ¿esas lágrimas son de felicidad?

Abigail asintió, y lo escuchó exhalar un suspiro de alivio.

—Quería comprarte una docena, pero la floristería estaba a punto de cerrar cuando J.B. y yo llegamos y compramos las dos únicas rosas que le quedaban.

—Esta rosa vale por mil —le aseguró ella, mirándolo a los ojos —. Es el detalle lo que cuenta.

—Me alegra que te haya gustado —dijo Russ besándola en la cabeza—. Bueno, ¿vamos dentro? Necesito darme una ducha y cambiarme antes de que salgamos a cenar y a ese baile.

—¿Dónde se celebra el baile? —le preguntó Abigail a Russ cuando hubieron salido del asador donde habían cenado y se hubieron subido a la camioneta.

—Los chicos querían haber alquilado un salón en uno de los restaurantes cercanos, pero estaba todo lleno, así que al final vamos a hacerlo en centro de actividades sociales del camping —le contestó Russ metiendo la llave en el contacto y poniendo en marcha el motor —. No es muy grande, pero el dueño nos aseguró que quitando las mesas de pin-pong y los billares habría bastante espacio.

—Entonces me sentiré como en casa —dijo Abigail sonriendo mientras salían del aparcamiento.

Russ frunció el entrecejo.

—¿Bromeas?

—No, hablo en serio.

—Anda ya. ¿Tan pequeño es Crawley?

Abigail se rió.

—Sólo tiene unos quinientos o seiscientos habitantes.

—¿Quinientos o seiscientos? ¿Eso es todo? —repitió él sorprendido—. Me habías dicho que era una ciudad pequeña, pero no imaginaba que fuera tan pequeña.

—Pues esos son todos los habitantes que hay —contestó ella divertida—. Claro que la población de ganado vacuno es otra historia. Creo que según el último estudio que hizo el Departamento Agrario se contabilizaban unas cinco mil cabezas de ganado entre las granjas y ranchos de los alrededores.

—Vaya, entonces debéis tener unas extensiones de terreno enormes.

—Podrías venir a visitarnos cuando no tengas mucho trabajo. Yo te haría de guía —dijo Abigail antes de poder contener su lengua.

El trayecto entre el restaurante y el camping era tan corto que antes de que se dieran cuenta va habían llegado. Russ detuvo el vehículo y giró la cabeza, regalándole a Abigail una sonrisa que hizo que el estómago se le llenase de mariposas.

—Puede que un día te tome la palabra y lo haga.

—¿Lo dices en serio? —inquirió ella.

Había sonado patético, pero no le importaba. Lo cierto era que, a pesar de lo que le había dicho a Mercedes de que no tenía tiempo para los hombres, y que no quería una relación a distancia, no podía imaginarse cómo sería no volver a verlo.

Russ la besó y luego, sonriendo, extendió la mano hacia la

manija para abrir su puerta.

—Tengo la impresión de que en el futuro voy a hacer muchos viajes a Nebraska.

El corazón de la joven palpitó con fuerza, y sintió que un profundo alivio la inundaba al saber que Russ no quería que perdieran el contacto cuando volviese a casa.

Cuando Russ rodeó el vehículo, le abrió la puerta, y la ayudó a bajar, Abigail lo abrazó.

—Yo también te tomo la palabra, vaquero —murmuró.

Russ la besó hasta que empezó a faltarles el aliento y no tuvieron más remedio que separarse.

—Será mejor que entremos antes de que me olvide de que se supone que tengo que comportarme como un caballero —le dijo tomándola de la mano.

Cuando había ido a California para averiguar por qué su tío había decidido alargar su estancia allí, Abigail no había contado con que encontraría a alguien que se convertiría en una persona muy especial para ella. Sin embargo, desde el momento en que había conocido a Russ había despertado algo en su interior, algo que antes ni siquiera había sabido que llevaba dentro. A su lado se sentía segura de sí misma, y con su ayuda se había dado cuenta de que no era como su madre.

Mirando su atractivo rostro mientras caminaban hacia el edificio donde se iba a celebrar el baile, Abigail supo sin la menor sombra de duda que su primera impresión de él no había sido equivocada. Russ Gannon era un hombre honorable y de fiar; el único hombre de los que había conocido que se acercaba a la integridad inquebrantable que tanto admiraba en su tío Grant.

Cuando entraron, un hombre con un sombrero vaquero de color negro sentado en una mesa al fondo con una mujer les hizo señas con la mano.

—¡Eh, Russ!

—Ah, allí están J.B. y su esposa Nina —le dijo Russ a Abigail, respondiendo a su amigo con un gesto de la cabeza—. Me dijo que nos guardarían un par de asientos.

Mientras se dirigían hacia la pareja, Abigail reconoció en la rubia bajita a una de las mujeres que había visto sentada en las gradas durante el rodeo.

—Ya creía que no veníais —le dijo J.B. a Russ poniéndose de pie cuando llegaron junto a la mesa.

Tras hacer las debidas presentaciones, Russ le sostuvo a Abigail la silla, y cuando se hubo sentado se inclinó para preguntarle qué quería beber.

Al sentir su cálido aliento sobre la piel, Abigail sintió que la inundaba una ráfaga de deseo.

—Em… un refresco estaría bien.

Abigail siguió con la mirada a Russ mientras se alejaba con J.B. hacia la improvisada barra que habían instalado en el otro extremo de la sala, y no pudo evitar sonreír. Por mucho que trabajara cultivando uvas, Russ tenía físico de vaquero: esos hombros anchos, esas caderas estrechas… Sin embargo, era su forma de andar, también de vaquero, lo que la volvía loca.

—Veo que te gusta tanto mirar a Russ como me pasa a mí con J.B. —le dijo Nina sonriendo.

Abigail asintió con la cabeza.

—Es que es un regalo para la vista.

Las dos se echaron a reír, y Nina se quedó mirándola un instante antes de decirle:

—¿Tienes idea de cuántos corazones femeninos has roto esta noche?

Abigail la miró confundida.

—¿Qué quieres decir?

Nina esbozó una sonrisa maliciosa.

—¿No te has fijado en cómo miran las mujeres a Russ?

Abigail paseó la vista por la sala y se dio cuenta de que efectivamente había unas cuantas devorando a Russ con los ojos.

—Algunas llevan años detrás de él, pero Russ ni siquiera parece haberse dado cuenta —añadió Nina sonriéndole—. Tú eres la primera mujer que ha traído con él a un rodeo.

—¿En serio? —inquirió Abigail, sintiendo que un calor inexplicable se extendía por todo su cuerpo.

—Les encantaría estar en tu lugar ahora mismo —se quedó callada un momento y volvió a sonreír con malicia—. ¿O quizá debería decir más tarde?

Abigail se puso como la grana, pero antes de que pudiera pensar siquiera qué decir, alguien subió el volumen del equipo de música y varias parejas salieron a la improvisada pista de baile.

—Eh, J.B., están tocando nuestra canción —le dijo Nina a su marido, que reapareció con Russ en ese momento—. ¿No piensas hacer nada?

—Ya lo creo que voy a hacer algo: voy a sacar a bailar a la chica más bonita de todo el estado —respondió J.B. Dejó las bebidas sobre la mesa, tomó a su esposa de la mano y la levantó—. Vamos, nena; veamos cuántas veces te piso esos lindos pies.

Abigail sonrió mientras los veía alejarse y empezar a moverse. Saltaba a la vista que Nina y J.B. se adoraban el uno al otro.

—¿Quieres bailar? —le susurró Russ al oído.

Al hacerlo, sus labios rozaron el lóbulo de su oreja, y Abigail volvió a sentir ese cosquilleo eléctrico recorriéndole todo el cuerpo.

Incapaz de articular palabra, asintió con la cabeza y tomó la mano que le ofrecía.

—¿Sabes lo preciosa que estás esta noche? —le dijo Russ cuando le puso las manos en la cintura y empezaron a moverse al suave ritmo de la música.

Sorprendida por el inesperado cumplido, ella sacudió la cabeza, y Russ la atrajo más hacia sí.

—Pues estoy seguro de que todos los hombres solteros que hay en esta sala y parte de los casados están muertos de envidia ahora mismo.

Abigail sonrió y sacudió la cabeza de nuevo antes de rodearle el cuello con los brazos.

—Yo creo que son las mujeres las que sienten envidia de mí.

Cuando la canción terminó y comenzó otra, también lenta, Russ le preguntó si quería sentarse un rato o prefería que siguieran bailando. La joven alzó la vista a sus atractivas facciones. Le encantaba la sensación de estar entre sus brazos, y de tener su cuerpo apretado contra el suyo.

—Creo que prefiero seguir bailando.

Russ la atrajo aún más hacia sí, y mientras se balanceaban al ritmo de la música, Abigail se olvidó por completo de la gente que los rodeaba. En ese momento ya no le importaban las miradas celosas de las otras féminas, ni ninguna otra cosa excepto el hombre que estaba bailando con ella.

Cuando Russ inclinó la cabeza y la besó justo debajo de la oreja, el corazón le palpitó con fuerza, y un delicioso escalofrío le recorrió la espalda.

—Me pasaría toda la noche así, contigo entre mis brazos —le susurró Russ, rozando con los labios el lóbulo de su oreja y desatando una nueva ráfaga de calor en su interior.

Sintiéndose estremecer de deseo, Abigail se apoyó en él, pues temía acabar derritiéndose como un cubito de hielo, pero al hacerlo notó contra su vientre su miembro en erección, y las piernas le flaquearon de tal modo que prácticamente se derrumbó sobre él.

Russ la sostuvo, y mientras el intérprete de la canción que estaba sonando hablaba de lo bien que se sentía cuando le hacía el amor a la mujer de sus sueños, Abigail supo que eso era lo que quería. Quería conocer la pasión con Russ, quería que le hiciera el amor.

# Capítulo Seis

Cuando sintió que Abigail se apartaba un poco de él, Russ creyó que había vuelto a meter la pata. Debía haber notado su erección y sin duda aquello la había incomodado. Debía estar pensando que era patético que un hombre adulto fuese incapaz de estar en la misma habitación que ella sin excitarse como un adolescente escondido en los vestuarios de las chicas.

Maldiciendo su falta de control, inspiró profundamente y bajó la vista hacia Abigail. Sin embargo, cuando sus ojos se encontraron con los de ella, le sorprendió verlos oscurecidos por el deseo. El corazón le golpeó con fuerza contra las costillas, y todo su cuerpo se tensó.

—¿Abby?

Inclinándose hacia delante, la joven le susurró al oído:

—Volvamos al remolque, Russ.

—P-pero… —comenzó él, teniendo que hacer una pausa para aclararse la garganta—. Si nos vamos ahora…

La dulce y tímida sonrisa que Abigail esbozó al tiempo que le imponía silencio colocando un dedo sobre sus labios lo dejó sin aliento.

—Lo sé.

—¿ Y estás segura de que quieres…?

¿Estaba diciéndole de verdad que quería que hicieran el amor?

—No había estado tan segura de nada en toda mi vida —contestó ella asintiendo con la cabeza.

Russ, que había estado conteniendo el aliento, exhaló un suspiro tembloroso y tomándola de la mano la condujo a la mesa donde J.B. v Nina habían vuelto a sentarse.

—Sentimos despedirnos ya —les dijo Russ—, pero hemos pensado que nos volvemos al remolque.

J.B. miró a su esposa con una sonrisa divertida y luego volvió la cabeza hacia Russ.

—Nosotros también estamos pensando en marcharnos ya.

Russ asintió e hizo un gesto de despedida mientras se dirigía con Abigail hacia la salida.

—Bueno, pues hasta mañana.

El frío aire de febrero lo calmó un poco cuando estuvieron fuera del recinto, y aunque su desatendida libido le estaba pidiendo a gritos que tomase a Abigail en volandas y corriese al remolque, cuando le rodeó los hombros con el brazo e iniciaron en silencio el corto trayecto, se obligó a pensar con la cabeza y no con la entrepierna, y a considerar lo que aquello supondría para los dos.

Estaba casi seguro de que aquélla sería la primera vez de Abigail,

y el que hubiera decidido entregarle a él su virginidad era muy halagador. Sin embargo, aunque ella le había dicho que estaba segura de que quería hacerlo, necesitaba cerciorarse antes de que estaba verdaderamente convencida de que lo quería, que no era algo que hubiese decidido en el calor del momento.

Cuando llegaron al remolque, Russ se detuvo y la miró. Dios, era la criatura más hermosa que había visto jamás, y no podía creerse que fuera a decirle lo que le iba a decir porque podía hacerla cambiar de opinión, pero quería que supiera cuánto significaba aquello para él.

—Cariño, escucha —le dijo—: aunque yo también quiero esto, y aunque me costaría un horror apartarme de ti ahora, no querría que diésemos este paso si puede llegar a suponer que luego te arrepientas.

Abigail le puso una mano en la mejilla, y aquello bastó para que el deseo lo sacudiera de nuevo, pero para su alivio la joven no apartó la mirada.

—Sé exactamente qué es lo que quiero, Russ, y lo que quiero eres tú.

Russ la atrajo hacia él y hundió el rostro en su cabello rojizo.

—Oh, Dios, Abby, te deseo tanto que ni siquiera puedo pensar con claridad —murmuró inspirando el aroma de su champú. La besó en la frente y dio un paso atrás para sacar las llaves del bolsillo del pantalón—. Vamos dentro.

Metió con dedos torpes la llave en la cerradura, abrió a toda prisa, hizo pasar a Abigail delante, encendió, y cerró tras de sí. Sin embargo, una vez dentro, se tomó su tiempo para dejar el sombrero sobre el pequeño armario, quitarse la chaqueta, y ayudarla a ella a sacarse la suya también.

Probablemente Abigail debía estar pensando que se había vuelto loco, pero lo que estaba haciendo era intentar desacelerarse para dar tiempo a que le volviera la suficiente sangre a la cabeza para poder pensar cómo preguntarle lo que tenía que preguntarle.

Cuando finalmente sintió que había recuperado más o menos el control sobre sí mismo, la atrajo hacia sí y la abrazó.

—Abby, hay algo que tengo que saber, y quiero que seas sincera conmigo aunque no sea asunto mío —le dijo.

—Está bien —respondió ella vacilante.

Al hablar, su cálido aliento le rozó el pecho a través del hueco que formaban los botones desabrochados de su camisa, y Russ tuvo que esforzarse por concentrarse cuando una nueva ola de deseo lo invadió.

—Abby, ¿eres virgen?

La joven se quedó callada un instante antes de asentir lentamente con la cabeza.

—Sí.

A Russ le dio un vuelco el estómago.

—Me lo temía.

Abigail se echó hacia atrás para mirarlo. —Eso… ¿importa?

—Ya lo creo que importa; importa y mucho —respondió él. La expresión vulnerable en su bonito rostro lo urgió a tranquilizarla—. No me interpretes mal, Abby: me siento muy halagado de que me hayas escogido, de que quieras que sea yo el primer hombre que te toque, pero el que seas virgen también implica que puede que te haga daño al hacerte el amor —murmuró acariciándole la línea de la mandíbula con el índice—. Y preferiría morir antes que causarte daño alguno.

Abigail se sonrojó.

—Sé que puede que no disfrute de nuestra primera vez como de las siguientes —le dijo en un hilo de voz—, pero… ¿por qué querías saberlo?

—Porque ahora que sé que no lo has hecho antes, iré despacio y haré las cosas de otra manera a como las habría hecho si no hubiera sido así —le explicó él abrazándola—. Y quiero que sepas que haré todo lo que esté en mi mano para que te resulte lo menos doloroso posible.

Un escalofrío de excitación recorrió a la joven al ver la mirada apasionada en los ojos azules de Russ cuando inclinó la cabeza para besarla. Ese primer contacto fue tan tierno que hizo aflorar lágrimas a sus ojos, y cualquier duda que hubiera podido tener respecto a su decisión de entregarse a él se evaporó en ese instante como la bruma se dispersa con el viento.

Russ hizo el beso más profundo y ella cerró los ojos, sintiendo como si un millar de mariposas hubieran alzado el vuelo en su interior cuando su lengua se entrelazó con la de ella en la promesa de una unión más íntima. La mano de Russ abandonó su espalda para levantarle el dobladillo de la camiseta, y el corazón de Abigail palpitó con fuerza mientras sus dedos se cerraban sobre el frontal de la camisa de él.

Aquella mano fuerte y cálida acarició su piel, subiendo por su estómago, y se detuvo al alcanzar la parte inferior de uno de sus senos. Abigail no había experimentado nada igual en toda su vida. Quería que tocara cada centímetro de su cuerpo, que esos dedos exploraran los lugares donde ningún hombre había llegado. Sin embargo, cuando Russ soltó el enganche frontal del sostén y apartó la copa de encaje para poder lomar el seno en su palma, Abigail creyó que iba a morirse de placer.

Al notar que le flaqueaban las piernas, Russ la sostuvo.

—¿Te gusta, cariño?, ¿te gusta que te toque así?

—Mmm…

Russ acarició el pezón endurecido con la yema del pulgar, y Abigail sintió como si se estuviera desatando un fuego en su interior.

—¿Qué te parece si te quito algo de ropa para que estés más cómoda? —le susurró Russ.

Cuando abrió los ojos y lo miró, Abigail comprendió que no sólo le estaba pidiendo permiso para quitarle la ropa, sino que también le estaba preguntando si confiaba en él. Incapaz de pronunciar palabra, se limitó a asentir con la cabeza, y subió las manos a su camisa.

—Hagámoslo juntos —le dijo Russ quitando la mano de su pecho —. Yo te quito las botas, y luego tú me quitas la camisa.

Mientras la conducía al sofá, Abigail se dio cuenta de que lo que estaba haciendo era marcar un ritmo lento, permitiéndole acostumbrarse a cada paso antes de pasar al siguiente, y esa consideración la emocionó.

Cuando Russ le hubo quitado las botas y los calcetines se irguió, y tomándola de las manos la levantó de nuevo.

—Tu turno —le dijo colocándole las manos sobre la pechera de su camisa.

Abigail volvió a sentirse conmovida al comprender que lo que pretendía al pedirle que le quitara a él la camisa primero era conseguir que se sintiera menos vulnerable. Lo besó en la garganta, y escuchó encantada cómo de sus labios escapaba un gemido ahogado.

Animada por aquel sonido, le sacó la camisa de la cinturilla del pantalón y se puso a soltar los botones automáticos de su camisa vaquera. Nunca le había quitado la camisa a un hombre y la experiencia no sólo resultaba muy excitante, sino que también le daba una sensación de poder.

Sin embargo, cuando desabrochó el último botón y le bajó la camisa por los anchos hombros, se le cortó el aliento al extender las manos para tocar con dedos temblorosos las formas bien definidas de su pecho. Russ se quedó muy quieto, dejándola hacer mientras exploraba el trazado de cada músculo, y acariciaba con las yemas de los dedos la mata de vello castaño claro que cubría su pecho, descendía por el estómago, y se perdía bajo la cinturilla de los vaqueros.

Abigail alzó el rostro y vio que Russ había cerrado los ojos y había echado la cabeza hacia atrás. Estaba volviéndolo loco, y aun así le estaba permitiendo tocarlo sin interferir en ningún momento.

—¿Russ?

—¿Qué, cariño? —le preguntó él jadeante, con el pecho subiéndole y bajándole, pero aún sin mirarla.

Antes de perder el valor, la joven tomó sus manos y se las llevó a la cintura.

—Quítame la camiseta.

Russ subió la cabeza, y la miró a los ojos durante un segundo que se hizo eterno antes de hacer lo que le había pedido. Cuando le hubo sacado la camiseta y la hubo arrojado a un lado con su camisa, extendió ambas manos para enganchar los pulgares en los tirantes del sostén. El corazón de Abigail palpitó con fuerza, y se temió que las piernas no la sostuviesen cuando las palmas de sus manos descendieron lentamente por sus brazos arrastrando el sostén con ellas.

—Eres preciosa —murmuró Russ tocando sus senos.

Acarició los pezones endurecidos con las yemas de los pulgares, y bajó luego la cabeza para tomar uno en su boca y después el otro. El placer que estaba experimentando era tan intenso que Abigail creyó que iba a desmayarse, y tuvo que agarrarse a sus bíceps para poder sostenerse en pie.

Cuando Russ levantó la cabeza y la atrajo hacia sí, la sensación del suave vello de su pecho rozándose con las puntas de sus senos desató en su interior una ráfaga de deseo que se extendió como un eco por todo su ser.

Sin embargo, Russ la apartó un poco, y tomando sus manos las llevó al botón de sus vaqueros.

—No quiero meterte prisa —le dijo—, pero estoy bastante incómodo.

Abigail sacó el botón del ojal con el corazón latiéndole como un loco, pero cuando vio la erección de Russ empujando insistentemente contra la bragueta, sacudió la cabeza.

—Creo que será mejor que lo hagas tú —le dijo—. Nunca he hecho esto y temo hacerte daño.

Russ bajó la vista y se rió.

—Sí, supongo que será lo mejor. Una cremallera y un miembro en erección pueden formar una combinación peligrosa.

Abigail lo observó mientras bajaba la cremallera con mucho cuidado, y luego se bajaba los pantalones y los calzoncillos. Cuando finalmente se irguió, la joven se quedó sin palabras. El cuerpo de Russ era una auténtica obra de arte.

Los músculos de sus anchos hombros, su pecho, los muslos… cada parte de su anatomía estaba perfectamente moldeada por los años de trabajo físico en los viñedos. Sin embargo, fue su evidente erección lo que hizo que el pulso se le disparara de nuevo.

—¡Dios, es enorme! —exclamó, soltando lo primero que se le pasó por la cabeza.

—No tienes por qué tener miedo —le dijo Russ con una sonrisa muy sensual, mientras pasaba un dedo por la cinturilla de sus pantalones—. Soy un hombre como otro cualquiera.

Abigail lo dudaba, pero el placer que le estaban provocando las caricias de Russ sobre la piel desnuda de su vientre le hacía imposible hablar, respirar, e incluso pensar, así que cuando le preguntó con la mirada si estaba preparada para dar el siguiente paso, lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza.

Russ le sostuvo la mirada mientras le desabrochaba el botón de los pantalones, y luego le bajó la cremallera. Después, Abigail se agarró a sus hombros, cerró los ojos y contuvo el aliento mientras él le bajaba los pantalones hasta la altura de la pantorrilla. Lo escuchó arrodillarse frente, a ella, y le levantó primero una pierna y luego la otra para sacarle los vaqueros.

Con los ojos aún cerrados, esperó a que repitiera la operación con las braguitas, pero cuando notó que sus manos se posaron sobre sus rodillas y que fueron subiendo, su cuerpo empezó a temblar de deseo. Las manos de Russ se detuvieron en la parte superior de sus muslos, y luego sintió cómo sus dedos recorrían la cinta elástica en torno a ellos.

Los pulgares de Russ se posaron sobre el trozo de tela húmedo que estaba entre sus piernas, y su cuerpo entero se estremeció, pero fue al comenzar a prodigarle caricias en ese punto cuando creyó que iba a derretirse de placer.

Russ se inclinó hacia delante y la besó justo debajo del ombligo.

—¿Te ha gustado?

Incapaz de pronunciar una sola sílaba, Abigail asintió con la cabeza.

—¿Quieres que pare?

¿Parar? Si paraba en ese momento se moriría.

—o.

—¿Estás lista para que te las quite?

El sonido ronco de su voz de barítono, y la ligera presión de sus pulgares hicieron que una nueva ola de calor la inundara.

—í.

Cuando Russ enganchó los dedos en el elástico de sus sencillas braguitas de algodón y se las bajó, sacó primero un pie y luego el otro con piernas temblorosas.

Sintió un impulso casi incontrolable de taparse cuando Russ se irguió y dio un paso atrás pora mirarla, pero el fuego de sus ojos la halagó y no lo hizo.

—Eres perfecta —murmuró Russ, tomándola entre sus brazos.

El suave gemido de Abigail se mezcló con el gruñido de placer de

Russ cuando su suave piel mujer se encontró con las duras líneas de la anatomía de él.

Russ se apoderó de su boca en un beso apasionado, y cuando finalmente levantó la cabeza, aferraron el uno al otro mientras se esforzaba por recobrar el aliento.

—Yo… —comenzó él, parándose para aclararse i garganta—… creo que será mejor que nos tumbemos antes de que nos derrumbemos. Abigail asintió.

—Será lo mejor… Dudo que las piernas vayan a sostenerme mucho más tiempo.

Russ la llevó hasta la cama, y señalándosela con un gesto de cabeza, le dijo: —Súbete y apagaré la luz. Abigail sacudió la cabeza y se mordió el labio inferior para contener una risita nerviosa.

—De eso nada, vaquero. Apaga la luz y entonces me meteré en la cama —le dijo. Al ver la expresión confundida en el rostro de Russ, le espetó—: ¿Qué? Me da vergüenza. Imagínate que fueras yo y tuvieras que subirte a un colchón a cuatro patas con el trasero en pompa y…

—No sigas por ahí, cariño —le rogó Russ. Cerró los ojos con un gemido, y tragó saliva—. El problema es que me lo puedo imaginar perfectamente, y la sola idea me está poniendo a cien —masculló antes de ir a apagar la luz—. Y ahora, ¿harás el favor de meterte en la cama?

—Ahora sí —contestó ella divertida subiéndose al amplio colchón.

El interior del remolque se había quedado a oscuras, pero en la penumbra podía aún distinguir la figura de Russ agachándose para recoger sus vaqueros y sacar algo del bolsillo. El corazón le palpitó con fuerza, y se quedó muy quieta mientras él se subía a la cama con ella y la atraía hacia sí.

—¿Estás bien? —Le preguntó besándola en la frente—. ¿Sigues estando tan segura de que quieres que lo hagamos?

Abigail comprendió que estaba dándole una última oportunidad de decirle que parara, por si estaba demasiado nerviosa y no se sentía preparada, y una vez más la conmovió lo considerado que estaba siendo.

—Russ, de lo único de lo que estoy absolutamente segura en este momento es de que si no me haces el amor, nunca te lo perdonaré —le susurró.

Dando las gracias a Dios por que no hubiera cambiado de idea, Russ tomó un seno en su mano y bajó la cabeza para lamer el pezón endurecido. Mientras trazaba círculos con la lengua en torno a él, su otra mano descendió por el costado hasta la cadera, y siguió bajando hasta alcanzar la rodilla, pero fue cuando su palma rozó la cara

interna del muslo cuando Abigail se estremeció.

—¿Russ?

Él levantó la cabeza de su pecho y subió hasta sus labios dejando un reguero de besos por el camino, al tiempo que acariciaba los rizos húmedos del vello púbico. Abigail se quedó muy quieta.

—Está bien, cariño, tranquila. Sólo estoy intentando darte placer para asegurarme de que estarás dispuesta cuando llegue el momento.

Inclinó la cabeza y tomó sus labios en un beso profundo e intenso mientras separaba los pliegues de la parte más íntima de su cuerpo, y acarició suavemente la protuberancia que se ocultaba entre ellos.

Abigail, que estaba cada vez más excitada, le clavó las uñas en los hombros, y comenzó a mover las caderas al ritmo que marcaban sus dedos.

—¿Te gusta, Abby?, ¿te gusta lo que te estoy haciendo?

—S-sí…

—¿Quieres más? —le preguntó él, sin dejar de estimularla.

—P-por favor… —jadeó ella—. Me estás volviendo loca…

Russ se inclinó sobre su oído y le preguntó en un susurro:

—¿Quieres sentirme dentro de ti?

Abigail se estremeció de nuevo.

—¡Sí! Sí por favor… necesito…

—Dame un segundo —le dijo Russ, metiendo la mano debajo de la almohada para sacar el preservativo que había metido allí hacía unos minutos.

Se lo puso, le separó las rodillas con una pierna, y se colocó sobre ella. Mirando el rostro sonrojado de Abigail, se dijo que en su vida había visto nada tan hermoso, y tras inspirar profundamente se adentro despacio y con cuidado en su húmedo calor. Los ojos de la joven lo estaban mirando muy abiertos, y Russ supo que estaba tensa porque sabía que pronto iba a sentir ese dolor que no podía evitarse en la primera vez.

Su cuerpo se estremeció por la necesidad de hundirse totalmente en su interior, pero luchó por mantener el poco control que le quedaba sobre sí mismo.

—Me siento tan… llena —dijo Abigail quedamente.

Russ le dirigió lo que esperó que pareciera una sonrisa de ánimo.

—Sólo un poco más y seré tuyo por completo.

Cuando notó que su tensión disminuía, empujó de nuevo las caderas hasta que se topó con la barrera que marcaba su virginidad, e inspirando profundamente atrajo a Abigail hacia sí y bajó la cabeza hacia la suya.

—Perdóname, Abby —le susurró cubriendo su boca al tiempo que atravesaba la fina membrana y se hundía por completo en ella.

Sus labios ahogaron el gemido de dolor de Abigail, pero Russ no pudo evitar sentirse mal por ella, aunque sus instintos lo impelían a satisfacer su ansia, apretó los dientes y se quedó muy quieto, concentrándose en las necesidades de ella.

—Inspira e intenta relajarte —le dijo apartando un mechón húmedo de su mejilla.

Los latidos del corazón retumbaban en sus oídos, y no estaba seguro de cuánto más podría aguantar así, cautivo de su cuerpo, con ella rodeándolo como un puño cálido.

Abigail abrió los ojos y las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa tímida.

—Qué sensación tan rara —murmuró.

Russ notó que la presión en torno a su miembro se disipaba, y esbozó también a duras penas una sonrisa.

—Pues dentro de nada vas experimentar otras más interesantes.

La besó en la frente, echó las caderas hacia atrás, y luego las empujó con suavidad hacia delante sin apartar la mirada de su rostro para ver si aquello le causaba aún alguna molestia. Al comprobar que no parecía que fuera así, cerró los ojos y resistió como pudo la ráfaga de calor que lo sacudió, urgiéndolo a terminar lo que había empezado.

—Russ…

—¿Qué, cariño?

—Por favor, continúa.

El tono entrecortado de su voz desató una nueva ola de deseo en su interior, y luchó por contenerse, pero Abigail comenzó a empujar las caderas contra las suyas, y ya no pudo resistir más.

Pronto empezó a notar que los músculos internos de Abigail se contraían en torno a él en un intento por llevarlo aún más adentro, y sabiendo que estaba a punto de llegar al clímax, aceleró el ritmo de sus embestidas y se concentró en proporcionarle tanto placer como le fuera posible.

Finalmente la pasión se apoderó por completo de la joven, y clavándole las uñas en los hombros gritó su nombre, arrastrándolo con ella hasta el orgasmo. Russ pronunció también su nombre en un gemido ahogado, y hundiéndose una última vez en ella, se estremeció mientras cabalgaba sobre las olas del mar del placer.

Cuando el momento hubo pasado, ocultó el rostro en el suave cabello pelirrojo de Abigail, y trató de recobrar el aliento.

—¿Estás bien?

Al oír un sollozo entrecortado por toda respuesta, alzó la cabeza preocupado, y al ver lágrimas en sus ojos se sintió como un gusano.

—Oh, Dios, Abby, perdóname. No pretendía ser brusco; yo…

Para su sorpresa, la joven lo cortó poniéndole los dedos sobre los labios.

—Estoy bien, Russ.

—Pero, entonces… ¿por qué estás llorando? —inquirió él, secándole las mejillas.

—Porque ésta ha sido la experiencia más hermosa de mi vida —le respondió ella con una sonrisa lacrimosa—. Gracias.

Russ respiró aliviado, y rodó hacia un lado para luego atraer a Abigail hacia sí.

—No, cariño; gracias a ti por la experiencia más increíble de toda mi vida.

La joven bostezó cansada y se acurrucó contra él.

—¿Es siempre así, Russ?

Él apoyó la mejilla en su cabeza, deleitándose en la calidez de su aliento sobre su pecho desnudo, y respondió:

—No; sólo cuando lo haces con la persona adecuada.

—Mmm —murmuró ella, bostezando de nuevo—. Pues tú sin duda eres el hombre adecuado.

—Y tú la mujer adecuada —respondió Russ, besándola en la cabeza.

Se quedó escuchando cómo la respiración de Abigail se iba acompasando, sabiendo, de algún modo, que con ninguna otra mujer podría llegar a sentir lo que sentía con ella, y mientras la joven era arrastrada por el sueño, permaneció despierto pensando en lo que habían compartido.

Abigail había esperado mucho tiempo para entregarse a un hombre, y se sentía honrado de que lo hubiera elegido a él, pero no podía engañarse. Sabía muy bien que su relación no tenía futuro alguno. Su vida estaba en Las Viñas, trabajando para las personas que lo habían acogido cuando no había tenido a nadie a quien recurrir ni un lugar adonde ir.

Además, Abigail se merecía lo mejor, y él tenía muy poco que ofrecer. Por no tener ni siquiera tenía una casa propia. ¿Qué podría darle él, que solamente contaba con el diploma del instituto, y una licenciatura en los golpes de la vida, a una mujer con estudios universitarios como ella?

La vida que ella llevaba en su granja de Nebraska era la clase de vida con la que él únicamente podría soñar, y aunque le había dicho que iría a visitarla, los dos sabían que no era muy probable que llegara a hacerlo.

No, ella regresaría a Crawley, abriría su clínica veterinaria, y se olvidaría de su existencia, mientras que él, en cambio, se torturaría

hasta el día de su muerte por haber tenido la felicidad al alcance de su mano y haberla dejado escapar.

Exhaló un suspiro de frustración. Quedaba poco más de una semana para que Abigail se marchase, y haría todo lo posible por disfrutar de esos días que le quedaban, por atesorar tantos recuerdos como pudiese para cuando llegase el momento en que tuviesen que despedirse.

# Capítulo Siete

—¿Estás bien, Merry? —Le preguntó Abigail a Mercedes mientras entraban en el despacho de ésta, en el segundo piso de la planta de elaboración de vinos—. Parece como si tu mente estuviera a un millón de kilómetros de aquí.

—En realidad está sólo a unos pocos —contestó Mercedes haciéndole un ademán para que tomara asiento—. Bueno, hablame de ese rodeo al que te llevó Russ. ¿Te divertiste?

Abigail se sintió enrojecer.

—¿Cómo te has enterado de que…?

—Oí a tu tío Grant interrogando a mi hermano Eli acerca de Russ.

—Oh, Dios, dime que no es verdad.

—Me temo que sí —replicó Mercedes sonriendo.

—Oh, Dios, oh, Dios… —murmuró Abigail, poniéndose aún más colorada—. ¿Quién más sabe que he pasado con él el fin de semana?

No era que quisiera ocultar su relación con él; sólo que había cosas que le parecía que pertenecían a su vida privada y de las que no le gustaba que hablase todo el mundo.

—No te preocupes —la tranquilizó Mercedes—. Tu tío no le dijo a Eli que te habías ido a pasar fuera con Russ el fin de semana. Únicamente le preguntó qué clase de hombre era, y qué sabía de él. Y como Eli tiene una elevada opinión de Russ, por supuesto lo puso por las nubes —concluyó entre risas.

Abigail se relajó un poco.

—Pero eso no explica que tú supieras que me había ido a un rodeo con él —apuntó suspicaz.

—Bueno, simplemente me limité a atar cabos —respondió Mercedes muy ufana.

—¿A atar cabos?

Mercedes se rió de nuevo.

—En primer lugar tenemos a un hombre que va a estar fuera durante el fin de semana; en segundo a una chica que unos días antes había mostrado mucho interés por él —comenzó contabilizando las pistas con los dedos de una mano—; en tercer lugar los dos desaparecen cuando llega el fin de semana; y si a eso le añades a un tío preocupado por su sobrina que interroga al patrón del hombre en cuestión… pues ya lo tienes.

Abigail sacudió la cabeza pero no pudo evitar reírse.

—¿No te ha dicho nunca nadie que serías una excelente detective privada?

Mercedes se encogió de hombros.

—Me temo que no tengo todas las cualidades que me harían falta para serlo, porque si no ya se me habría ocurrido una manera de hacer que nuestro «querido» Spencer Ashton accediera a recibirnos.

—Aún no habéis conseguido nada de él, ¿eh?

—No, sigue negándose a hablar con ninguno de nosotros.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu padre?

Mercedes se quedó pensativa. —Bueno, yo tenía cuatro años cuando dejó a nuestra madre para casarse con Lilah, su secretaria, y si te soy sincera en los veintinueve años que han pasado desde entonces creo que no lo habré visto más que unas cuantas veces.

Abigail no podía evitar sentir lástima por ellos. Su abuelo Spencer los había abandonado igual que a su tío Grant y a su madre. La única diferencia era que en el caso de su segunda familia, después de dejarlos, había permanecido en la zona, en vez de haberse marchado a otro estado a miles de kilómetros. Aquello debía haber sido muy humillante para Caroline y para sus hijos.

—¿Y habéis probado a ir directamente a su I finca y exigir que os diga al menos por qué se niega a recibiros? —le preguntó a Mercedes, preguntándose si alguien más aparte de su tío lo habría intentado.

Mercedes suspiró y sacudió la cabeza.

—Su mujer se pondría histérica si pusiéramos un pie en su propiedad.

—Pues eso no dice mucho de ella. Se supone que la señora de una gran casa debe ser cordial con sus visitantes —apuntó Abigail sonriendo.

—Así es como debería ser —asintió Mercedes.

Las dos se echaron a reír.

—Y hablando de la señora de la gran casa… he oído decir que organizan muchas fiestas benéficas allí.

—Bueno, más o menos —contestó Mercedes—. En realidad alquilan el uso de los jardines y el salón de baile para celebrar eventos especiales como bodas y fiestas para recaudar fondos para asociaciones benéficas.

—¿Y tienes idea de cuándo será el próximo evento?

Mercedes frunció el entrecejo.

—Pues… creo haber leído en el periódico que la Asociación Protectora de Caballos celebra mañana por la noche la fiesta que hacen todos los años para recaudar fondos —contestó finalmente—. ¿Por qué?, ¿piensas ir? —preguntó sarcástica.

Abigail no podía creerse que fuese a proponerle lo que estaba a punto de proponer. En su vida se había colado en una fiesta.

—Bueno, yo soy una entusiasta de los caballos, w como veterinaria por supuesto me interesa acidar a impedir que se les dé a

los animales un tratamiento inhumano… ¿No te gustaría venir a ti también?

Mercedes se inclinó hacia delante en su siento.

—Estás de broma…

—No, lo digo en serio —replicó Abigail—. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que nos pidan que nos vayamos?

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Mercedes.

—Bueno, supongo que tienes razón. Además, a menos que esté en San Francisco, Spencer podría estar allí. Podría intentar razonar con él y quizá evitar que tengamos que llegar a un enfrentamiento público.

—Exacto —asintió Abigail sonriendo—. De hecho, si lo piensas, incluso estarás haciéndole un favor.

—Craig y yo habíamos quedado para cenar mañana por la noche, pero seguro que no le importará venir con nosotras —dijo Mercedes, pensando en voz alta—. Le encanta vestirse de pingüino y mezclarse con la gente importante —añadió poniendo los ojos en blanco.

—Y yo le preguntaré a Russ si quiere acompañarnos también —dijo Abigail. Dudaba que a Russ le fuesen esa clase de eventos formales, pero por preguntarle no perdería nada.

—Entonces está decidido —dijo Mercedes extendiendo la mano para alcanzar el teléfono—. Voy a llamar a Colé y a decirle que voy a tomarme libre la tarde y el día de mañana.

Abigail frunció el entrecejo.

—Pero si no es hasta mañana por la noche. ¿Para qué…?

—¿Tienes algún vestido de fiesta? —inquirió Mercedes sonriendo traviesa mientras marcaba el número del despacho de su hermano.

Abigail sacudió la cabeza y se echó a reír.

—No me lo digas: nos vamos de compras, ¿verdad?

—Sí, y mañana iremos a arreglarnos el pelo y a hacernos la manicura —contestó Mercedes.

Abigail esperó mientras hablaba con Colé, y cuando colgó, Mercedes agarró su bolso, rodeó el escritorio, y la tomó del brazo.

—Vamos. El otro día vi un vestido de color esmeralda que te iría que ni pintado.

Mientras dejaba que Mercedes la arrastrase hasta el aparcamiento, Abigail no pudo sino preguntarse cómo diablos podía haberse metido en algo así. Nunca había tenido un vestido de fiesta. De hecho, nunca se había puesto un vestido de fiesta. Claro que en Crawley tampoco tenían muchas ocasiones para vestirse, y lo que solían llevar eran botas, vaqueros, y dependiendo del tiempo, una camisa o bien de franela o bien de algodón.

Sin embargo, aquel viaje suyo a California estaba resultando

plagado de primeras veces, así que… ¿por qué no vestirse de largo para conocer a su abuelo? Lo único que le faltaba era convencer a Russ para que fuera con ellas.

Mientras estaban sentados juntos en su cabaña, viendo una vieja película de John Wayne y comiendo palomitas, Russ no podía dejar de preguntarse qué estaría pasando por la cabeza de Abigail. Llevaba toda la tarde echándole miradas de reojo, y un par de veces incluso le había parecido que quería decirle algo pero se había quedado callada, como si hubiera cambiado de opinión.

Decidido a averiguar de qué iba todo aquello, la atrajo hacia sí, y besándola en la cabeza, le preguntó:

—Cariño, ¿hay alguna cosa que quieras decirme?

—¿Por qué lo preguntas? —murmuró ella, acurrucándose contra su pecho.

El que le respondiera con otra pregunta lo escamó. Agarró el mando del vídeo, y paró la película.

—Abby… ¿Se puede saber qué pasa?

Abigail exhaló un suspiro antes de incorporarse para mirarlo, y le soltó de golpe:

—¿Querrías venir conmigo a un sitio mañana por la noche?

Si se lo pidiera, probablemente incluso se tiraría de un acantilado, pero el tono vacilante en su voz le dijo que necesitaba que fuese más específica antes de decir que sí.

—¿Adonde?

—A casa de Spencer Ashton.

Russ la miró patidifuso. Ni su tío ni nadie de Las Viñas había conseguido que Spencer Ashton se dignase a recibirlos, así que lo único que podría conseguir si se presentase allí sería que el viejo y su esposa la cazafortunas la echasen con cajas destempladas.

—¿Para qué?

Abigail sacudió la cabeza.

—La verdad es que todavía no puedo creer que se me ocurriera proponer una cosa así, pero Mercedes, su novio Craig, y yo vamos a colarnos en una de sus fiestas benéficas.

Aquello únicamente podía acabar en desastre, pensó Russ.

—¿Estás segura de querer hacer eso, Abby? Por lo que he oído, la actual esposa de Spencer Ashton, Lilah, no puede ni ver a los hijos de los anteriores matrimonios de su marido, y aunque no puede negarse que eres encantadora, no creo que haga diferencias con una de sus nietas.

Abigail se encogió de hombros.

—Ni siquiera sabrá quién soy. De hecho, probablemente ni siquiera reconocerá a Mercedes.

Russ no lo tenía tan claro.

—Cariño, puede que Eli, Colé, Mercedes, y Jillian no se muevan en el mismo círculo que sus hijos, pero estoy seguro de que Lilah Ashton se habrá preocupado de saber quiénes son… más que nada para mantenerlos alejados de sus hijos.

—¿Tan celosa crees que puede ser? —le preguntó Abigail poco convencida de que pudiera haber alguien tan ruin.

—¿Que si lo creo? —Contestó Russ, pasándole un brazo por los hombros—. Si Lilah Ashton fuese una mujer normal, habría animado a su marido a permanecer en contacto con los hijos de su anterior matrimonio.

Abigail se quedó callada, como pensativa, y asintió con la cabeza.

—Supongo que tienes razón, pero Mercedes tiene la esperanza de poder encontrarse cara a cara con su padre y convencerle de que le conviene acceder a hablar con mi tío Grant y con sus otros hijos si no quiere que aireen sus trapos sucios en la prensa.

Russ comprendía que quisiera ayudar a sus parientes, y aunque no le apetecía nada ir a una de esas aburridas fiestas, tampoco podía dejar a Abigail sola en aquello. Sería como ver a un cordero adentrarse en la guarida del lobo y quedarse de brazos cruzados. Además, dudaba que, llegado el caso, Craig Bradford fuera a ser capaz de protegerlas a Mercedes y a ella de ser humilladas públicamente. Aquel tipo de lo único de lo que se preocupaba era de sí mismo. Parecía que no tenía elección.

—¿Tengo que ponerme esmoquin?

—¿Significa eso que vendrás? —exclamó ella sonriente.

En fin, pensó Russ, por esa sonrisa se vestiría de lo que fuera e iría a esa dichosa fiesta aunque supiera que iba a sentirse como pez fuera del agua. Asintió con la cabeza.

—No creerías que iba a dejarte ir sola. Bueno, ¿a qué hora tengo que recogerte?

—¡Oh, Russ! Gracias, gracias —exclamó ella echándole los brazos al cuello—. Oye —dijo luego, echándose hacia atrás y dirigiéndole una sonrisa traviesa—. Lo que has dicho antes… ¿De verdad crees que soy encantadora?

Russ sonrió también y asintió.

—No es que lo crea, es que lo eres. Y si me dejas, estoy dispuesto a demostrártelo.

—Mmm… Eso suena interesante.

El rubor de sus mejillas le dijo a Russ que sabía lo que tenía en mente, y la expresión de su rostro que estaba deseando que lo hiciera.

El blando cuerpo de Abigail apretado contra el suyo y la chispa

de deseo que vislumbró en sus hermosos ojos verdes lo hizo olvidarse por completo de la fiesta y de las desastrosas consecuencias que podría tener que se presentaran en casa de Spencer Ashton sin ser invitados.

Poniéndose en pie, le tendió una mano y, para su satisfacción, Abigail no vaciló ni siquiera un instante en tomarla. Ninguno de los dos habló mientras la conducía al dormitorio y cerraba la puerta. Las palabras no eran necesarias.

Russ subió la mano y le quitó la goma de pelo que sostenía en una coleta su melena rojiza, y cuando se desparramó sobre sus hombros la peinó con los dedos, deleitándose en su sedoso tacto y en el olor a flores silvestre de su champú. —Deberías dejarte el pelo suelto más a menudo —le dijo besándola en la frente—. Tienes un pelo precioso.

Le rodeó la cintura para atraerla hacia sí, pero según parecía Abigail tenía otras ideas. Lo agarró de la camisa, la abrió de un tirón aprovechando que los cierres, como los de la camisa que había llevado la otra noche, eran automáticos, y al cabo de unos momentos estaba ya hecha un gurruño a sus pies.

Divertido, y sintiendo curiosidad por ver qué sería lo siguiente que haría, Russ la dejó hacer, y no tuvo que esperar mucho. Abigail le puso las manos en el pecho y las frotó suavemente arriba y abajo. Luego empezó a trazar círculos en torno a los pezones, para después tirar suavemente de ellos cuando se endurecieron, y Russ sintió como si se hubiera producido una descarga eléctrica en su interior que le bajó hasta la ingle y casi le hizo perder el equilibrio.

—¿Te ha gustado eso? —le preguntó Abigail, continuando su exploración del pecho y el abdomen.

Russ asintió con la cabeza.

—Si me hubiese gustado un poco más creo que habría muerto y habría subido al cielo.

Las manos de Abigail siguieron descendiendo, y al verla esbozar una sonrisilla picara, Russ supo que tenía planeado mucho más.

—Russ… ¿Podrías decirme una cosa? —le preguntó.

—¿Qué quieres saber?

La joven siguió con los dedos el rastro de vello que iba desde su ombligo hasta la cinturilla de los vaqueros.

—¿Por qué tienen esto la mayoría de los hombres… aunque no tengan pelo en el pecho?

A Russ cada vez le costaba más respirar, y pensar se estaba convirtiendo en una tarea casi imposible, pero cuando sus palabras calaron en su cerebro falto de oxígeno, no pudo evitar reírse.

—¿Te refieres a la «senda del Paraíso»?

La sonrisa desvergonzada de Abigail lo excitó aún más.

—Es broma, ¿no? No se llama así, ¿verdad?

—Bueno, se conoce con muchos nombres —respondió él encogiéndose de hombros—: la «senda del Paraíso», la «ruta del tesoro», la «línea directa con el Cielo»…

Abigail se echó a reír.

—¡Venga ya! Estás tomándome el pelo.

—No, es en serio —insistió él. La atrajo hacia sí, y esbozando una sonrisa picara se inclinó para susurrarle al oído—: Y cuando nos metamos en la cama te enseñaré por qué se le da esos nombres.

—Te… te tomo la palabra, vaquero —balbució ella, estremeciéndose.

El sentir contra su pecho la camiseta de Abigail le recordó a Russ que todavía había demasiadas barreras entre ellos.

—Lo mejor será que nos quitemos el resto de la ropa para que pueda enseñártelo.

Sus ojos buscaron los de ella, y en silencio se desnudaron el uno al otro. Cuando finalmente la última prenda cayó al suelo, la atrajo de nuevo hacia sí, y la sensación de su cálido cuerpo desnudo en contacto con el suyo lo excitó hasta un punto que resultaba casi doloroso. Bajó la cabeza para tomar uno de los pezones endurecidos de Abigail, después el otro, y fue recompensado con un profundo gemido. Le encantaba darle placer.

Sin embargo, cuando Abigail se arqueó en su abrazo y su erección se apretó contra su suave vientre, las rodillas le temblaron y temiendo no aguantar en pie mucho más, la alzó en volandas y la llevó a la cama.

Cuando se tendió junto a ella, la atrajo hacia sí e inclinó la cabeza para lamer el contorno de sus labios. Abigail los entreabrió al instante, y él introdujo su lengua en el interior de su boca, deleitándose en sus gemidos y en el modo en que se apretaba contra él.

Absorto como estaba en el beso, Abigail lo pilló por sorpresa cuando bajó la mano por su costado y cerró la palma en torno a su miembro. Aquel inocente contacto hizo que lo sacudiera una ráfaga de deseo, y se quedara sin aliento.

—Ca-cariño, ¿qué…? —comenzó a decir, pero no pudo seguir, y tuvo que apretar los dientes para no perder el control cuando una ola de intenso placer lo invadió—. ¿Qué estás haciendo?

—Bueno, quería hacerte sentir tan bien como tú me haces sentir a mí cuando me tocas —susurró ella.

El tono ronco de su voz y la caricia de su cálido aliento sobre su piel provocaron una nueva explosión de calor en su entrepierna. La

sensación era tan increíble que, sin poder contenerse, empujó las caderas hacia delante y la dejó explorar la parte más sensible de su anatomía. Sin embargo, llegó a un punto en el que sintió que iba a explotar, y emitiendo un gruñido gutural tomó sus manos y llevándoselas a la boca le besó las yemas de los dedos.

—No me interpretes mal —le dijo sacudiendo la cabeza—. Me encanta lo que estás haciendo, pero si continúas no puedo responsabilizarme de lo que ocurra.

—¿Ah, no? —inquirió ella con picardía.

—No. Quiero estar dentro de ti cuando pongamos el broche de oro a esta noche —murmuró él, besándola en la base del cuello—, y cuando alcance el Cielo, quiero que lo hagamos juntos.

—Pues hazlo ya, por favor; no puedo esperar más —le rogó Abigail.

Extendiendo la mano hacia la mesilla de noche, Russ tomó uno de los preservativos que había dejado allí un rato antes, y lo abrió. Para su sorpresa, sin embargo, cuando fue a ponérselo, Abigail se lo quitó de la mano.

—¿Te importa que te ayude?

Russ tragó saliva y sacudió la cabeza.

—¿Sabes cómo se pone?

Abigail se mordió el labio inferior.

—La verdad es que no, pero tampoco creo que sea tan difícil, ¿no?

Russ se rió. Nunca ninguna mujer había tomado la iniciativa con él para ponerle el preservativo, pero de algún modo le parecía increíblemente erótico.

—Soy todo tuyo —le dijo.

La observó divertido unos instantes mientras la joven intentaba averiguar colocárselo, pero finalmente le mostró la manera.

—No ha costado tanto, ¿no? —le dijo inclinándose y besándola en los párpados, la nariz, y detrás de la oreja.

Luego, sin decir una palabra, se colocó sobre ella, e iba a penetrarla cuando Abigail volvió a hacerse con las riendas. Lo tomó en su mano y lo guió dentro de ella mirándolo con ojos hambrientos mientras se hundía lentamente en su húmedo volcán.

Russ se sintió embargado por una emoción intensa y profunda; algo que no había experimentado jamás. Si se hubiera parado a pensar en ello se habría sentido aterrado por lo que aquello podía significar, pero con los pliegues de Abigail envolviéndolo, todos sus sentidos estaban en lo que estaban haciendo.

Sus miradas se encontraron, y Russ comenzó a moverse, observando cómo cambiaba la expresión en el rostro de Abigail

cuando la pasión empezaba a apoderarse de ella. Sus mejillas se tiñeron con el rubor del deseo, y el fuego que había en sus ojos lo estaba consumiendo. Abigail estaba entregándole algo más que su cuerpo; estaba entregándole su corazón; estaba entregándole el alma.

Al poco, como no podía ser de otra manera, Russ notó los pliegues de Abigail tensarse en torno a su miembro, y supo que estaba acercándose al clímax. Su cuerpo estaba urgiéndolo a dejarse ir, pero se contuvo. Le había prometido que alcanzarían juntos el éxtasis, e iba a cumplirlo.

Los músculos internos de Abigail se aferraron a él, como si estuviera intentando convertirlo en una parte permanente de ella, pero un instante después se estremecieron, dando paso al orgasmo. Incapaz ya de seguir reprimiendo su deseo, Russ se dejó ir por fin, y se unió a ella.

Exhausto, Russ empleó las fuerzas que le quedaban en rodearla con sus brazos y rodar con ella sobre el costado. Abigail era la mujer más increíble y sensual que había conocido, pero lo que estaba sintiendo en ese momento iba más allá de la mera satisfacción del deseo sexual.

El corazón estaba palpitándole con tal fuerza que parecía que fuese a salírsele del pecho. ¿Estaría enamorándose de ella?

Abigail se acurrucó contra él y se quedó dormida al poco rato, pero él se quedó mirando al techo, intentando afrontar lo que parecía un hecho. ¿Qué había sido de su plan inicial de pensar en esos días juntos únicamente como una manera de disfrutar, y luego volver a su rutina cuando ella regresase a Nebraska?

Allí tendido, con el suave y cálido cuerpo de Abigail apretado contra el suyo, sacudió la cabeza y se confesó que había estado engañándose. Desde el momento en que la había conocido había estado destinado a enamorarse de ella.

# Capítulo Ocho

Con su mano en la de Russ, Abigail inspiró profundamente para templar sus nervios mientras atravesaban detrás de Mercedes y de Craig el pórtico del ala oeste de la enorme casa de Spencer Ashton. No sólo la preocupaba romperse un tobillo con aquellos zapatos de tacón de aguja que Mercedes la había convencido de que se comprase, sino que además estaba empezando a preguntarse si aquello habría sido una buena idea.

¿En que lío los había metido? ¿Tratarían la mujer y los hijos de Spencer Ashton a Mercedes con urbanidad, o descenderían sobre ella como buitres?

No temía lo que pudieran decirle a ella, por supuesto. Por una parte ni siquiera sabían quién era, y por otra no se dejaba intimidar fácilmente. Y si tenían alguna duda de ello, que le preguntaran al pobre Harold, pensó conteniendo a duras penas una risita. Él les diría que harían bien en tener cuidado con ella.

—¿Estás bien? —le preguntó Russ cuando estaban acercándose a las puertas por las que se accedía al salón de baile.

Abigail esbozó una sonrisa y asintió, inclinándose para susurrarle al oído:

—¿Cómo no voy a estar bien contigo de acompañante? Con vaqueros y una camisa de algodón estás guapísimo, pero con esmoquin resultas sencillamente irresistible.

—No, eres tú la que estás irresistible —replicó él con una sonrisa picara—. Pero, aunque estás preciosa con ese vestido verde, estoy deseando que acabe esta fiesta para poder quitártelo.

Un cosquilleo delicioso recorrió a Abigail de arriba abajo. Por un momento las galantes palabras de Russ casi la habían hecho olvidar por qué estaban allí. Detalles como ése explicaban que se hubiese enamorado tan perdidamente de él.

—Y yo estoy deseando poder quitarte el esmoquin —le respondió sintiendo de pronto que le faltaba el aliento.

Cuando entraron en el inmenso salón, Abigail no pudo sino quedarse pasmada con la opulencia del lugar. Era todo muy elegante: las paredes que imitaban bloques de piedra beis, los pesados cortinajes de seda, los brillantes suelos de mármol… Parecía enteramente un palacio.

—Esto tiene poco que ver con los orígenes de nuestro anfitrión —comentó en un siseo—. En Nebraska no tenemos nada parecido a esto.

—Y Las Viñas al lado de esto es una choza —masculló Mercedes con cierta amargura, volviendo la cabeza—. Esta casa debería ser

propiedad de nuestra madre; le corresponde por derecho propio.

Abigail no podía culpar a Mercedes por la indignación que sentía. Después de que, al morir John Lattimer, el abuelo materno de Mercedes, su empresa, la Corporación Lattimer, hubiera ido a parar a manos de Spencer, éste se había valido de las más sucias artimañas legales para apropiarse también de la propiedad y todo el patrimonio de su difunto suegro.

Había dejado a la pobre Caroline y a sus cuatro hijos con poco más que la casa de Las Viñas y los terrenos que la rodeaban, y aunque hasta que Mercedes y sus hermanos habían alcanzado la mayoría de edad le había estado pasando una pensión alimenticia, había sido una cantidad mísera, y luego no había querido saber nada más de ellos.

Abigail extendió la mano y apretó suavemente la de Mercedes.

—Mi bisabuela Barnett siempre decía que todo lo que uno hace tiene su premio o su castigo con el tiempo, así que estoy segura de que un día Spencer recibirá su justo castigo por las maldades que hizo y acabará siendo él quien pierda.

Mercedes le sonrió agradecida.

—Espero vivir lo bastante como para verlo.

—¿Champán? —les preguntó un camarero uniformado, acercándose a ellos.

Craig tomó una copa de la bandeja plateada que sostenía el camarero, y paseó la vista por el salón mientras se ponía derecha la pajarita.

—Mercedes, no te importa que alterne un poco con los demás invitados, ¿verdad?

—No, no me importa. Ve, anda, ve —contestó ella poniendo los ojos en blanco.

—¿Os apetece a alguna una copa? —les preguntó Russ, que había tomado de la bandeja las únicas dos que quedaban.

Abigail sonrió pero negó con la cabeza.

—A mí no, gracias.

Mercedes sonrió y aceptó la que Russ le tendía.

—Gracias, Russ —le dijo; y volviéndose hacia Abigail añadió—: al menos tu acompañante es un caballero, no como el mío.

—¿Craig es siempre tan…? —comenzó Abigail intentando hallar la forma más diplomática de describirlo.

—¿Poco atento?, ¿egoísta?, ¿superficial? —terminó Mercedes la frase por ella. Cuando Abigail asintió con la cabeza, se limitó a encogerse de hombros—. Para Craig siempre paso a un segundo plano cuando vamos a algún evento donde ve la oportunidad de codearse con la élite del valle. Supongo que ya me he acostumbrado. Antes de que Abigail pudiera preguntarle por qué seguía con él, una hermosa

joven de pelo largo y rubio y ojos de un verde intenso se acercó a ellos.

—Bienvenidos —les dijo sonriendo y tendiéndoles la mano—. Soy Megan Ashton, la anfitriona y organizadora de esta fiesta. Si necesitan cualquier cosa, por favor no duden en hacérmelo saber.

El momento de la verdad había llegado, pensó Abigail mientras estrechaba su mano. Russ se había puesto tenso, como si estuviera esperando que surgiese una confrontación de aquel encuentro.

—Yo soy Abigail y ella es Mercedes.

Cuando la joven se volvió para estrechar la mano de Mercedes, Abigail contuvo el aliento.

—Encantada —dijo—. Me alegra que hayan podido unirse esta noche a nosotros.

—Nuestro apellido también es Ashton —le soltó Mercedes sin más preámbulos—, Abby es nieta de tu padre, de su primer matrimonio con Sally Barnett; ha venido desde Nebraska; y yo soy hija de Caroline Lattimer, así que somos hermanastras.

Visiblemente sorprendida por aquella revelación, Megan la miró con los ojos muy abiertos y de sus labios escapó un gemido ahogado.

—Cielos… Siempre me había preguntado si llegaríamos a conocernos algún día.

Antes de que Abigail pudiera asegurarle que no estaban allí para causar problemas, una mujer alta, pelirroja, y de mediana edad, se acercó ellos apresuradamente.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —le dijo a Mercedes, señalándola con un dedo acusador.

—Madre, ésta es…

Los ojos azules de la mujer relampaguearon furiosos cuando cortó a Megan.

—Ya sé quién es.

—Hola, Lilah —dijo Mercedes en un tono frío.

—Qué desfachatez… —masculló la mujer—. Atreverte a presentarte aquí…

Había un matiz de ira en su voz, y Abigail se dijo que probablemente aquella mujer, a pesar de haber conseguido una buena posición social y una vida llena de lujos al casarse con Spencer Ashton, no había encontrado a su lado la felicidad.

Mercedes no se arredró, sino que alzó la barbilla y mirándola a la cara, le dijo:

—Tengo tanto derecho como tú… sino más, a estar aquí.

No había alzado la voz al hablar, pero el significado de sus palabras no habría sido más claro si hubiese gritado. Pretendía dejarle bien claro a Lilah que sabía que su romance con Spencer años atrás

había contribuido a la ruptura del matrimonio de sus padres.

—¿Cómo te atreves a venir a mi casa y…?

—Perdona, ¿a casa de quién has dicho? —le preguntó Mercedes en un tono sarcástico—. Esta casa y toda la propiedad pertenecían a la familia de mi madre mucho antes de que Spencer se casase con ella, y mucho antes de que tú te convirtieses en su secretaria.

Abigail no pudo menos de admirar a Mercedes por estar siendo capaz de mantener la calma, lo cual contrastaba visiblemente con la actitud tan poco diplomática de Lilah. De hecho, tenía una vena hinchada en la sien que parecía a punto de explotarle, y al fijarse en eso advirtió también que debía haberse hecho la cirugía, porque era imposible que una mujer de su edad no tuviese siquiera patas de gallo.

—¡Márchate ahora mismo! —Casi le gritó Lilah—. Si no te vas te juro que…

—Madre, ¡por favor! —le dijo Megan avergonzada, poniéndole una mano en el brazo. Señaló con la cabeza a un grupo de personas que se habían acercado, esperando sin duda enterarse de qué estaba pasando para luego poder chismorrear sobre ello con sus amistades—. Estás montando una escena.

Lilah miró en derredor y dedicó a los curiosos la sonrisa más falsa que Abigail había visto nunca.

—Se trata sólo de un pequeño malentendido —les dijo—; nada importante.

Y con una mirada fulminante a Mercedes, giró sobre los talones y se alejó, como una reina abandonando airada el salón del trono.

—Lamento el comportamiento de mi madre —se disculpó Megan —. A veces es un poco… difícil.

—¿Va a venir tu padre? —le preguntó Abigail.

Megan negó con la cabeza.

—No suele asistir a esta clase de eventos —les explicó—. Habríais querido hablar con él, ¿no? —inquirió con una sonrisa triste.

Mercedes asintió con la cabeza.

—Pensé que quizá… —comenzó; pero no terminó la frase y sacudió la cabeza—. Es igual; déjalo.

—Perdón —las interrumpió una sirvienta que apareció en ese momento detrás de Megan—. Señorita Ashton, la requieren en la cocina.

—Iré enseguida —contestó Megan. Se volvió hacia Abigail y Mercedes—. Bueno, disfrutad al menos de la fiesta.

—No, será mejor que nos marchemos —replicó Mercedes, esbozando también una sonrisa triste—. Siento haberte causado problemas.

—Gracias por tu amabilidad —le dijo Abigail con sinceridad.

—No tenéis que agradecerme nada —replicó Megan, tomando una mano de Mercedes y otra de Abigail—. Me alegra que nos hayamos conocido por fin —les dijo sonriente.

Apenas se había girado para marcharse cuando Mercedes se mordió el labio y la llamó:

—Megan…

—¿Sí? —contestó su hermanastra volviéndose.

—Yo también me alegro de haberte conocido —le dijo Mercedes dándole un abrazo.

A Abigail le pareció ver lágrimas en los ojos de Megan cuando asintió con la cabeza antes de girarse de nuevo y perderse entre la gente.

—Iré a buscar a Craig —se ofreció Russ.

Mercedes se volvió hacia Abigail.

—En fin, supongo que al final hemos venido hasta aquí para nada —dijo con voz cansada.

Abigail sacudió la cabeza y entrelazó su brazo con el de ella.

—Pues a mí me parece que las cosas han salido bastante bien. Por lo menos has descubierto que una de las hijas del tercer matrimonio de tu padre no es tan hostil como la madre.

Mercedes se quedó pensativa.

—Es verdad. Megan parece muy agradable, ¿verdad?

—Sí, sí que lo parece —asintió Abigail. Y en un intento por disipar el pesimismo de Mercedes, añadió con mucha guasa—: Su madre en cambio es una buena pieza. Me pregunto qué habría hecho si le hubiese lanzado los brazos al cuello llamándola «abuelita».

—¡No puedo creerme que hayas dicho lo que has dicho! —Exclamó Mercedes, riéndose con tales ganas que varias personas se volvieron para ver qué tenía tanta gracia—. Eres mala.

—Lo sé. Pero, ¿verdad que habría sido interesante ver su reacción?

—Sí, hasta que hubieran tenido que llamar a una ambulancia… porque sin duda le habría dado un ataque —contestó Mercedes riéndose de nuevo—. Gracias por haber estado a mi lado, Abby —le dijo dándole un cariñoso abrazo—. Sin ti no habría tenido el valor suficiente para haber hecho esto.

Abigail le devolvió el abrazo.

—Ojala hubieras podido ver a tu padre.

—Quizá lo consiga en otra ocasión —respondió Mercedes resignada.

Mientras miraba a Russ, que estaba en el otro extremo del salón diciéndole a Craig que se iban ya, Abigail deseó que, por el bien de todos, Spencer Ashton entrara pronto en razón y accediese a hablar

con sus otros hijos. Si no, se armaría un buen escándalo si su tío Grant se veía finalmente obligado a contarle a la prensa lo que les había hecho.

La mirada de Russ se centró en Abigail mientras se dirigía con Craig hacia la entrada del salón de baile, donde Mercedes y ella estaban esperándolos.

Todavía no podía creerse lo bien que había manejado la situación con Lilah Jensen y Megan Ashton. Apenas había intervenido, pero había estado ahí, como un pilar silencioso que había servido de apoyo a Mercedes para enfrentarse a la bruja y salir victoriosa.

Su pecho se henchió de orgullo. Abigail era una mujer sorprendente en muchos aspectos. Lo mismo era capaz de curar a un animal herido con cariño y paciencia, que de desenvolverse en una fiesta de sociedad como la de aquella noche igual que si aquél hubiese sido el ambiente al que hubiese estado acostumbrada desde el día de su nacimiento. Y, por si eso fuera poco, tenía más valor que la mayoría de la gente. ¿Cómo no enamorarse de ella?

Sin embargo, al tiempo que pensaba en lo especial que era, se recordó lo poco que él tenía que ofrecerle. De hecho, probablemente, aunque iniciasen una relación seria, un día acabaría cansándose de él y marchándose con otro hombre que estuviese a su nivel. Ella parecía igual de cómoda con un vestido de fiesta que con vaqueros y botas, pero él en cambio se sentía como un pez fuera del agua cuando tenía que vestirse de siete botones, como esa noche, y alternar con la gente de las altas esferas.

Además, ella se había licenciado en veterinaria con *cum laude* en un tiempo récord, mientras que él sólo era el capataz de unos viñedos. ¿Qué futuro podría tener una relación entre dos personas con diferencias tan abismales como ésas?

El pensar en esas cosas hizo que se le cayera el alma a los pies. Si no había sido consciente antes de lo imposible que era que llegaran a tener una relación, en ese momento lo vio más claro que nunca. No tenía elección; lo mejor sería que pusiese fin a aquello antes de que sus sentimientos por ella se hicieran más profundos. Si no, probablemente no lograría sobrevivir cuando ella se marchase.

—No entiendo por qué tenemos que irnos ahora, Mercedes —se quejó Craig a su novia «mientras salían—. Sólo hace media hora que llegamos, y estaba conociendo a gente que podrían ser contactos muy útiles en el futuro.

—Lo siento por ti, pero yo ya no tengo ganas de quedarme más tiempo —le contestó ella.

Mientras le entregaba el ticket de su camioneta a uno de los aparcacoches, Russ tuvo que controlarse para no pegarle un puñetazo

en la nariz al idiota de Craig, Nunca le había caído bien, y al fin sabía por qué. Y es que, aparte de su cara de niño bonito y su labia, Craig Bradford era un completo imbécil. Era ambicioso, y no tenía tacto alguno.

—¿Y qué? El que tú no quieras quedarte no significa que tenga que irme yo también —le espetó Craig a Mercedes con petulancia.

Russ, que ya no podía seguir escuchando impasible, le dijo a Mercedes y a Abigail:

—¿Nos disculpáis un momento a Craig y a mí? Abigail le dirigió una mirada interrogante, pero respondió:

—Claro.

—Ven, Craig —le dijo al novio de Mercedes agarrándolo del brazo y alejándose con él a unos pocos metros—. Hay algo de lo que tenemos que hablar tú y yo.

Craig lo miró aprensivo cuando se detuvo.

—¿Q-qué es lo que quieres, Gannon?

Russ bajó la voz, y en un tono amenazador le dijo:

—Quiero que te olvides de esos contactos tan fantásticos que estabas consiguiendo en esa fiesta y que por una vez no pienses sólo en ti. Si te hubieses quedado al lado de Mercedes en vez de haberte ido a dar vueltas por ahí, a hacerle la rosca a gente a la que le importas un comino, sabrías que tu novia ha tenido un encuentro bastante desagradable con la esposa de Spencer Ashton. Lo que menos necesita en este momento es que le vengas con tus estúpidas quejas.

—Y yo no necesito que me sermonee un…

—No gastes saliva, Bradford —lo cortó Russ con aspereza—. Lo único que te pido es que muestres un poco de compasión hacia Mercedes.

Y, antes de que Craig pudiese decir nada más, se giró sobre los talones y volvió a donde estaban Abigail y Mercedes. Para su sorpresa, cuando Craig regresó junto a su novia, no volvió a protestar, y la tomó de la mano. No era el más cariñoso de los gestos, pero tal vez después de todo hubiera esperanza.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Abigail en voz baja.

Russ se encogió de hombros.

—Nada. Sólo hemos tenido una pequeña charla de hombre a hombre.

En ese momento llegaron los aparcacoches con la camioneta de Russ y el coche de Craig, y las dos parejas subieron a sus respectivos vehículos.

Russ estaba todavía algo irritado por el comportamiento del novio de Mercedes, pero cuando se sentó tras el volante y vio la sonrisa radiante en el rostro de Abigail se olvidó de él por completo.

—¿Listo para quitarte ese esmoquin, vaquero?—murmuró la joven.

Aunque se había dicho que aquello no podía continuar, no tenía la suficiente fuerza de voluntad para decírselo esa misma noche. Sabía que era egoísta por su parte, pero quería hacer el amor con ella una vez más antes de apartarse de su lado.

Esbozando una sonrisa que resultó un tanto forzada, asintió con la cabeza.

—No sólo estoy listo para quitarme este traje de pingüino, sino también para quitarte a ti ese vestido verde tan sexy.

—¿Y a qué estás esperando? —le preguntó ella en un tono tan pícaro que los latidos de su corazón se dispararon.

Durante el trayecto de regreso a Las Viñas no hablaron demasiado, y tan pronto como llegaron a la cabaña Russ cerró la puerta y atrajo a Abigail hacia sí.

—Llevo toda la noche deseando hacer una cosa —le dijo apoyando la frente contra la suya y mirándose en sus ojos verdes.

Abigail le rodeó la cintura con los brazos y sonrió.

—¿Quieres decir aparte de quitarme el vestido? ¿El qué?

Russ asintió y tomó el rostro de Abigail entre sus manos al tiempo que inclinaba la cabeza.

—Esto.

Tomó sus labios en un beso tierno y apasionado, decidido a grabar en su memoria cada detalle de aquella noche y a hacer de ella algo que jamás pudiesen olvidar. Sin embargo, cuando estaba pensando hacer el beso más profundo, Abigail se le adelantó, como si quisiera tomar las riendas.

Además, mientras los labios de la joven devoraban los suyos, sus dedos desabrocharon los botones de su camisa. Instantes después esos mismos dedos la abrieron, y empezaron a acariciar su ancho tórax.

Al rato, interrumpió el beso, y la sonrisa que se dibujó en sus labios y el brillo travieso que relumbró en sus ojos lo hicieron preguntarse qué estaría planeando.

Sin embargo, todo pensamiento abandonó su mente cuando Abigail comenzó a besarlo en el cuello y a descender hacia su pecho. Cada uno de esos besos parecía desatar en su interior pequeñas descargas eléctricas que se expandían por todo su cuerpo, y luego, cuando los labios de Abigail llegaron a un pezón y su lengua empezó a lamerlo, fue como si lo hubiera alcanzado un rayo.

—A-Abby, cariño… —comenzó a decirle; pero su voz sonaba tan ronca que tuvo que callar un momento para aclararse la garganta—. Si sigues haciendo eso va a darme un ataque.

La mirada ardiente que le dirigió Abigail al levantar la cabeza

hizo que lo sacudiera una ráfaga de deseo.

—¿Quieres que pare?

En un intento por humedecerse la garganta, que se notaba tan seca como si se hubiese tragado una bola de algodón, Russ tragó saliva.

—No.

—Bien, porque esta noche tengo ganas de experimentar —contestó Abigail.

Sonriendo, lo tomó de la mano y lo condujo al dormitorio.

—No te molesta, ¿verdad? —le preguntó.

El tono sugerente de su voz, el fuego en sus ojos, y lo que Russ se estaba imaginando que podía tener en mente lo hizo excitarse aún más. ¿Cómo iba a molestarle que una mujer tan hermosa como Abigail hiciese con él lo que quisiera?

—No, por supuesto que no —respondió esforzándose por respirar, pues le faltaba el aliento—. Esto empieza a ponerse interesante.

Cuando llegaron junto a la cama, Russ se preguntó qué sería lo siguiente que Abigail tenía pensado. No tuvo que esperar demasiado para averiguarlo. Para empezar le quitó la chaqueta del esmoquin, luego le quitó los gemelos, y a continuación le quitó la camisa.

Fascinado por cada uno de sus movimientos, emitió un gemido ahogado al sentir sus manos acariciándole el vientre antes de desabrocharle el botón de los pantalones. Y después, cuando le bajó la cremallera y sus finos dedos tocaron su erección a través del calzoncillo de algodón, tuvo que apretar los dientes para refrenar su deseo.

—No estoy seguro de cuánto más podré resistir —masculló—. Y aunque me encanta este vestido —le dijo con una sonrisa mientras bajaba la cremallera que tenía en la espalda—, estoy seguro de que estarás aún más preciosa sin él.

Lo que Russ no se esperaba, era que Abigail fuese a dar un paso atrás y a sacudir la cabeza.

—Aún no, vaquero. Las dos veces anteriores tú has estado explorando mi cuerpo, así que ahora me toca a mí explorar el tuyo.

Al verla sonreír y trazar con un dedo una línea imaginaria a través de la mitad de su pecho, pasando por el estómago, el vientre, y deteniéndose justo sobre el elástico de sus calzoncillos, el pulso de Russ se aceleró.

—Me parece que he creado un monstruo —murmuró.

Abigail sonrió con picardía.

—Pues sí, creo que me he convertido en una adicta al sexo, pero es que eres tan bueno en esto…

A Russ el corazón parecía querer salírsele del pecho.

—Creo… que hay algo… que deberías saber —le dijo jadeando como si hubiera corrido una maratón—. Si sigues tocándome así y… diciendo esas cosas… no creo que vayas… a poder explorar mucho.

—¿Ah, no? —contestó ella sin apartar sus ojos de los de él mientras le bajaba los pantalones hasta las rodillas.

—No —asintió él, apretando los dientes otra vez, en un nuevo intento por controlar las llamas del incendio que se había declarado en su vientre.

Abigail se irguió y enganchó los dedos en el elástico de los calzoncillos para luego bajárselos lentamente. La fricción del algodón contra su miembro en erección casi lo volvió loco, y cuando Abigail lo tomó entre sus cálidas y suaves manos sintió como si fuera a explotar.

La joven lo acarició y lo exploró con sus dedos de todas las maneras que se le ocurrieron, y cuando ya estaba empezando a notarse mareado, Russ apartó sus manos y, llevándolas a su pecho, le dijo:

—Cariño, me encanta lo que estás haciéndome, pero si sigues en un par de segundos estaré fuera de juego, y no es eso lo que queremos, ¿oh, sí?

—¿De verdad te estaba gustando? —inquirió ella satisfecha.

Russ emitió un gemido gutural.

—Si hubieses seguido habría salido ardiendo —le aseguró.

Acabó de sacarse los pantalones y los calzoncillos, y después de arrojarlos a un lado con el pie la atrajo hacia sí.

—Y ahora ha llegado el momento de mi venganza.

Abigail sonrió con picardía.

—¿Y qué vas a hacerme?

Russ le acarició los costados mientras comenzaba a imprimir besos por todo su cuello.

—Para empezar, quitarte este vestido. No he podido dejar de pensar en ello en toda la noche —murmuró.

Levantó la cabeza, y mirando a Abigail a los ojos puso las manos en sus hombros y deslizó el vestido por sus brazos hasta que cayó en remolino a sus pies. Lo que no se esperaba era lo que Abigail llevaba debajo del vestido, y al verlo se excitó de tal modo que las rodillas casi le cedieron.

La ropa interior de encaje que llevaba apenas la cubría, y era increíblemente sexy.

—Menos mal que no sabía que llevaras esto debajo —le dijo tocando el liguero que sostenía las medias de seda.

—¿Por qué?

Por el rubor de sus mejillas de porcelana y el sonido jadeante de

su voz, Russ supo que estaba tan excitada como él.

Sonriéndole, desabrochó el cierre frontal del sujetador.

—Porque me habría pasado toda la noche teniendo que ocultar mi erección —le contestó bajándole los tirantes y dejando caer al suelo la prenda para luego tomar sus senos en sus manos—. Eres preciosa —murmuró antes de bajar la cabeza y tomar un pezón en su boca y lamerlo hasta hacerla gemir de placer.

Y entonces, antes de que ella pudiera hacer algo que lo hiciera perder por completo el control sobre sí mismo, le quitó el liguero, las medias, y el minúsculo tanga. Después, apartando el colorido edredón, se volvió hacia ella con una sonrisa, y le dijo:

—Vamos a la cama.

Abigail le respondió con otra sonrisa.

—De acuerdo, pero recuerda que no he terminado de experimentar.

Con un gruñido, Russ se tendió sobre el colchón. Estaba tan dispuesto que temía no poder soportar la tortura a la que lo estaba sometiendo.

Abigail tomó un preservativo de la mesilla de noche, se lo puso, y se colocó a horcajadas sobre él. Cuando comenzó a descender sobre su miembro, el corazón de Russ se desbocó. Sus manos se aferraron a las sábanas, e intentó recordar que aquella era la noche de Abigail y que no iba a arrebatarle el control aunque estuviera sufriendo por no poder hundirse una y otra vez en ella hasta que alcanzaran el clímax.

Sin una palabra, Abigail comenzó a cabalgar sobre él y Russ, mirándose en sus ojos, que ardían de pasión, se dijo que nunca había visto nada más hermoso que ella.

Pronto la urgencia de satisfacer la necesidad que había ido creciendo en él se hizo insoportable, y sin poder resistirse más, la agarró por las caderas y empezó a moverse con ella. En toda su vida jamás había experimentado nada igual con ninguna otra mujer. En ese momento Abigail estaba adueñándose por completo de él, en cuerpo y alma.

El intenso gemido de placer que escapó de la garganta de la joven le dijo que estaba acercándose al límite, igual que él, y hundiéndose una última vez en ella con un gemido se dejó ir.

# Capítulo Nueve

De pie junto a la ventana de la cocina, mientras observaba cómo la oscuridad de la noche se disolvía en la luz gris perla del amanecer, no podía dejar de pensar en la increíble noche que había pasado con Abigail. Le había hecho el amor con tal desinhibición que sólo de recordarlo se excitaba.

Sin embargo, en vez de volver a la cama con ella, como habría deseado, se había quedado allí de pie, intentando convencerse de lo que sabía que en el fondo sería lo mejor para ambos.

La noche anterior, mientras hacían el amor, no había querido pensar en que ésa iba a ser su última noche juntos. No había querido pensar que aquélla sería la última vez que la oiría jadear su nombre, que nunca volvería a ver el rubor del deseo satisfecho en sus mejillas.

El corazón se le encogió. Nunca volvería a sentirse completo, no volvería a experimentar jamás la felicidad que había vivido con ella.

Desde el primer momento en que la había estrechado entre sus brazos había sentido como si hubiera encontrado a su otra mitad, pero antes o después lo que había surgido entre ellos acabaría, y los dos terminarían con el corazón roto.

Además, él no era lo bastante bueno para Abigail, y no creía que pudiese soportar la expresión de decepción en su bonito rostro cuando un día se diese cuenta de ello. Por eso tenía que poner fin a aquello antes de que las cosas fueran más lejos.

Mientras miraba el lago sin verlo, intuyó la presencia de Abigail detrás de él antes de que sus brazos le rodearan la cintura. El sentir su blando cuerpo apretado contra su espalda hizo que una ráfaga de deseo lo asaltara, y tuvo que cerrar los ojos para no volverse, tomarla en volandas y llevarla de vuelta a la cama con él.

—Cuando me desperté ya no estabas y me pregunté dónde te habías ido —murmuró Abigail.

Russ sintió su aliento cálido en la espalda, como si fuera un hierro candente con el que estuviera marcándolo corno suyo.

Buscando en su interior el valor para hacer lo que tenía que hacer, Russ inspiró profundamente y le dijo:

—Abby, tenemos que hablar.

Los brazos de Abigail lo estrecharon con más fuerza contra sí.

—Eso ha sonado muy serio.

Russ tomó sus manos, las separó de su cuerpo y se volvió hacia ella muy decidido, pero se quedó sin aliento al verla. Iba tapada únicamente con la camisa que él había llevado puesta la noche anterior, pero nunca había estado tan hermosa.

—¿Russ?

—He estado pensando y… —comenzó él. Hizo una pausa para aclararse la garganta, la agarró por los brazos, y le soltó todo de corrido antes de que le faltara el valor—: Creo que no debemos volver a vernos, Abby.

El dolor que se reflejó en los expresivos ojos verdes de la joven lo hirió como el filo de un cuchillo, pero no pudo evitar admirar el modo en que le sostuvo la mirada.

—¿Y puedo saber qué te ha llevado a esa conclusión?

Russ la soltó y se encogió de hombros.

—Una combinación de muchas cosas.

—¿Te importaría ser un poco más específico? —inquirió ella con una voz temblorosa que lo hizo sentirse como una sabandija.

Debería haber imaginado que le pediría una explicación.

—¿No te imaginas por qué?

—Si lo supiera no estaría preguntándote —replicó ella rodeándose la cintura con los brazos.

A Russ le temblaba un poco el pulso cuando se frotó el trapecio, que se notaba totalmente tenso. No era plato de gusto tener que enumerar sus muchas carencias, pero si con eso lograba hacerle ver que lo suyo no podía ser, tendría que hacerlo.

—Piénsalo, Abby: no tengo nada que ofrecerte. Y no sólo a ti. No tengo nada que ofrecerle a ninguna mujer —le dijo sacudiendo la cabeza—. ¡Si ni siquiera tengo una casa que sea mía de verdad…!

—¿Y crees que eso me importa? —Le espetó ella incrédula—. Si eso es todo en lo que te basas para…

—No, maldita sea, no se trata sólo de eso —replicó él—. ¿No lo comprendes? No te merezco, Abby —le dijo. Sin embargo, la joven parecía cada vez más confundida. ¿Iba a tener que escribírselo?—. ¡Tú eres licenciada en Veterinaria, por amor de Dios! ¿Qué podrías ver en un hombre que no pasó de secundaria?

—Veo a un hombre que es bueno, considerado, y que se preocupa por los demás —le respondió ella quedamente—. Además, Eli siempre está diciendo que eres el mejor en tu trabajo.

Russ tuvo la impresión de que no estaban llegando a ninguna parte, y sabía que cuanto más le llevara convencerla de que lo suyo nunca funcionaría, más se debilitaría su determinación.

Se detestaba por lo que iba a decir, porque era una burda mentira, y habría preferido que le arrancaran el corazón antes de tener que pronunciar esas palabras que sabía que la destrozarían, pero parecía que no tenía elección.

—Yo creía… creía que desde el principio sabías que mi intención sólo era que lo pasáramos bien mientras estuvieras aquí. No me di cuenta de que estabas empezando a pensar que había algo serio entre

nosotros —le dijo. Se le había hecho un nudo en la garganta, y tuvo que inspirar profundamente para continuar—. Ha sido divertido, pero creo que ya es hora de que sigamos con nuestras vidas.

Abigail se tambaleó como si la hubiera golpeado, y la expresión de espanto de su rostro hizo que se le revolvieran las entrañas de culpabilidad, pero al cabo de un instante alzó la barbilla e irguió los hombros.

—Disculpa que malinterpretara la situación —le dijo en un tono frío, desprovisto de toda emoción—. Saldré de aquí tan pronto como me haya vestido.

Sin decir otra palabra, se giró sobre los talones y Russ la vio alejarse muy tiesa hacia el dormitorio. Había imaginado que sería así. Aunque Abigail debía estar sufriendo tanto como él, jamás permitiría que la viera derrumbarse. No era su estilo; Abigail era una mujer valiente y orgullosa.

Sintiéndose como el mayor idiota que había pisado jamás la faz de la tierra, Russ esperó hasta que Abigail regresó al salón.

—Te llevaré en mi camioneta —le dijo.

—No será necesario —replicó ella sacudiendo la cabeza—. Conozco el camino.

—Sí, pero…

—Estaré bien, Russ. Tú mismo me has dado a entender que lo nuestro se ha acabado, así que no tienes por qué llevarme a ningún sitio —le espetó, y el tono tajante de su voz lo desgarró por dentro.

Cuando la joven llegó a la puerta y puso la mano sobre el pomo, Russ tuvo que apretar los puños para no ir tras ella.

—Adiós, Abby.

No le sorprendió que no le respondiera, sino que simplemente saliera y cerrara tras ella. El clic cuando tiró de la puerta sonó como el disparo de un cañón a sus oídos en medio del ominoso silencio de la habitación, y por primera vez desde que perdiera a sus padres en aquel accidente de once años atrás, sintió que lo embargaba una emoción tan fuerte que a punto estuvo de hacerlo caer de rodillas.

—¿Por qué será que no me sorprende encontrarte aquí?

Cuando alzó el rostro y vio a Masón, el hijo de Lucas y Caroline, acercándose a él por el pasillo de las cuadras, Russ sonrió.

—Probablemente porque estamos en invierno y en un viñedo no hay mucho que hacer en invierno —le contestó con una sonrisa, dándole un abrazo al que era también su mejor amigo—. ¿Qué tal en Francia?

Masón esbozó una sonrisa traviesa.

—Pues el vino… así así comparado con el que hacemos nosotros, la comida no está mal, y las mujeres… bueno, son francesas.

Russ se rió.

—Y supongo que eso significa que has probado un poco de las tres cosas.

—Por supuesto —contestó Masón riendo—. ¿No lo habrías hecho tú?

—Probablemente —contestó Russ de un modo un tanto evasivo.

Lo cierto era que la idea de estar con otra mujer que no fuese Abigail no lo atraía en absoluto.

—Espera un momento… —le dijo Masón con un brillo malicioso en sus ojos azules—. ¿No te habrá robado el corazón alguna chica en mi ausencia?

—No.

La sonrisa socarrona se borró de los labios de Masón.

—¿Ha ocurrido algo, Russ?

—No, nada —mintió él. Debía haber imaginado que su amigo se preocuparía cuando lo viese así. Esbozando una sonrisa forzada, añadió—: Por aquí todo está igual que siempre. Durante la semana trabajo en los viñedos, y cuando llega el fin de semana sigo participando en rodeos. De hecho esta misma tarde salgo para uno en Pine Creek.

—No me creo que no haya pasado nada —replicó Masón sacudiendo la cabeza—. A otro quizá puedas engañarlo, pero a mí no; te conozco demasiado bien —le dijo poniéndole una mano en el hombro—. ¿Sigues guardando cerveza en la nevera del cuarto de arreos?

—Mm… Sí, claro —contestó Russ, con la impresión de que Masón no iba a dejar correr el asunto.

—Estupendo, vamos —le dijo agarrándolo por el brazo y llevándolo en esa dirección—. Nos tomaremos una cerveza y mientras me cuentas por qué estás tan alicaído.

Russ, que sabía que no aceptaría un no por respuesta, se dejó llevar, y cuando llegaron sacó dos latas de la nevera. Le tendió una a Masón, y le arrancó la anilla a la suya antes de sentarse junto a su amigo en el banco que había al lado del armario de las medicinas.

—En realidad no hay mucho que contar —le dijo—. Conocí a una chica y lo pasamos bien… pero se ha acabado. Fin de la historia.

—Dudo que eso sea todo —replicó Masón tomando un buen trago de su lata y sacudiendo su rubia cabeza—. Sé que no es asunto mío, pero te veo demasiado mal como para creerme que eso ha sido todo.

—De todos modos dentro de unos días ya dará igual —dijo Russ encogiéndose de hombros y tomando también un sorbo de cerveza—. La dama en cuestión se irá pronto del valle.

Masón, que había levantado su lata para beber de nuevo, detuvo su mano y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿No me digas que…? ¿Te refieres a Abigail Ashton, no es así? —Al ver que su amigo no decía nada, asintió con la cabeza—. No sé cómo no me lo he imaginado desde el principio. Siempre sentiste debilidad por las pelirrojas, y ésta es una auténtica preciosidad.

—¿Quieres decir que la conoces?

Masón asintió con la cabeza.

—En realidad me la ha presentado Mercedes hace un momento. Paré en la planta antes de venir aquí.

Russ, que sabía que su amigo no cejaría hasta sacarle toda la historia, exhaló un suspiro de frustración y le habló de lo que sentía por ella y de lo increíble que era.

—Pero ayer le dije que sería mejor que dejáramos de vernos.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque se merece a alguien mejor—contestó Russ.

Masón soltó una palabrota que habría hecho que su madre amenazara con lavarle la boca con jabón.

—¿Es que te has vuelto loco, Gannon? ¿No te parece que deberías haber dejado que fuese ella quien decidiese sobre eso?

—Uno de los dos tenía que ser racional —contestó Russ apurando el contenido de la lata—. Seamos sinceros: una mujer como ella no sería feliz pasando el resto de su vida al lado de un tipo como yo.

—Ésa, amigo, es la mayor estupidez que he oído en mi vida —le dijo Masón.

Russ estrujó la lata y la arrojó a la papelera.

—Es la realidad. Nómbrame a una sola mujer con estudios que haya encontrado la felicidad junto a un hombre que lo único que sabe hacer es cultivar uvas.

—Pues mi madre, sin ir más lejos —contestó Masón—. Mi padre y ella llevan veintisiete años casados, y siguen estando tan enamorados como el primer día. ¿Qué mejor ejemplo que ése puedes tener? —le dijo poniéndose de pie y arrojando su lata también a la papelera, para luego tomar una silla de montar—. Piensa en ello esta tarde, durante el trayecto a Pine Creek y cuando vuelvas me dices a qué conclusión has llegado.

—¿No te ha dicho nunca nadie que eres un sabelotodo, Sheppard? —le gruñó Russ mientras su amigo salía del cuarto de los arreos.

Masón se volvió riéndose.

—Tú; cada vez que sabes que llevo la razón en algo.

Mientras guardaba el vestido verde que había llevado a la fiesta

en casa de Spencer Ashton, Abigail se mordió el labio inferior para hacer que dejara de temblar, y siguió haciendo la maleta.

Le había gustado conocer a sus parientes de California, pero había llegado el momento de volver a Nebraska.

Completamente abatida, se sentó en la cama y ojeó el folleto del rodeo de Wild Horse Flats al que había asistido con Russ. Por lo general no era una persona sensiblera, pero el colorido folleto que tenía en sus manos hizo que una ola de emociones encontradas la invadiera. ¿Por qué les estaba haciendo aquello Russ a los dos?

No se había tragado ni por un momento las excusas que le había dado la mañana del día anterior, cuando le había dicho que lo habían pasado bien pero que lo suyo había acabado. Era demasiado considerado, demasiado cariñoso como para hablar con tanto desapego sobre lo que habían compartido. De hecho, antes de que hicieran el amor por primera vez ya le había dicho en una ocasión que antes que causarle daño .alguno preferiría alejarse de ella.

De pronto sintió que le faltaba el aire, y el corazón empezó a latirle como un loco. Le había dicho que no tenía nada que ofrecer, que no tenía una casa propia… incluso le había hablado de las diferencias que había entre ellos en cuanto a estudios, pero ella había estado tan aturdida y tan dolida en ese momento que sólo se había centrado en el hecho de que la estaba apartando de él, no en lo que realmente había estado intentando decirle. El muy bobo… No podía estar más equivocado.

—Dios, está haciéndonos infelices a los dos porque cree que esto es lo mejor para mí —murmuró en voz alta.

Se mordió el labio, intentando pensar qué podía hacer.

Durante años había temido acabar convirtiéndose en alguien como su madre, pero Grace Ashton no se había conformado con las cartas que le había repartido el destino, y siempre había creído que se merecía algo mejor que vivir en el campo rodeada de vacas. A ella, en cambio, era la clase de vida que le gustaba, y no quería a un hombre con mucho dinero, ni con cinco carreras; todo lo que quería era a Russ. ¿Pero cómo convencerlo a él de eso?

En ese momento alguien llamó con los nudillos a la puerta entreabierta, interrumpiendo sus cavilaciones, y cuando alzó la vista se encontró con Mercedes allí de pie.

—¿Estás bien, Abby?

La joven inspiró profundamente y asintió con la cabeza.

—Lo estaré en cuando consiga que un capataz cabezota entre en razón.

Mercedes frunció el entrecejo y fue a sentarse a su lado en la cama.

—¿Me he perdido algo? Creía que Russ y tú habíais cortado y que te volvías a Nebraska.

—He cambiado de idea —contestó Abigail. Por primera vez desde que saliera de la cabaña de Russ el día anterior sonrió—. No pienso irme a ninguna parte hasta que no haya escuchado lo que tengo que decirle. Si creía que me iba a ir llorando con el rabo entre las piernas está muy equivocado.

—Ésa es mi Abby: una luchadora que no se da por vencida sólo porque esté algo magullada —le dijo Mercedes sonriendo.

Abigail sonrió también.

—Ahora sólo me falta recordar dónde me había dicho que iba a competir este fin de semana —murmuró mordiéndose el labio.

—Eso déjalo de mi cuenta —le dijo Mercedes agarrando el teléfono—. ¿Cuándo quieres salir?

—Lo antes posible —respondió Abigail sin vacilar.

Había esperado veinticuatro años para encontrar al hombre de sus sueños, y no iba a esperar ni un minuto más de lo necesario para recuperarlo.

Mientras Russ hacía cola para inscribirse y que le dieran el dorsal para la prueba de monta de toros, apareció J.B. Gardner.

—Hola —lo saludó—. ¿Y Abby?, ¿está con Nina en las gradas?

—No —contestó Russ sintiéndose más deprimido que nunca—. Este fin de semana no ha venido conmigo.

—Lástima —dijo J.B.—. Nina y ella habían hecho muy buenas migas y estaba deseando volver a verla.

Russ inspiró profundamente.

—Me temo que tendrás que decirle a Nina que no cuente con ello.

—Pero yo creía que vosotros dos…

—Pues estabas equivocado —lo cortó Russ.

Le había llegado su turno, y después de inscribirse, pagar, y tomar el dorsal que le correspondía, se volvió hacia su amigo sintiéndose mal por haber sido tan brusco con él.

—Mira, J.B., lo siento, pero es que es algo un poco doloroso para mí y prefiero no hablar del tema.

J.B. asintió con la cabeza de un modo compasivo.

—¿Te ha dejado?

Russ sacudió la cabeza e inspiró profundamente antes de hacerse a un lado para que su amigo pudiera pagar.

—No, le he pedido yo que lo dejemos.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué? —Exclamó J.B. —. ¡Si esa chica estaba loca por ti…!

—Muchas gracias, J.B., ahora que me has dicho eso me siento mucho mejor —masculló Russ con sarcasmo.

Su amigo le puso una mano en el hombro.

—¿Y no hay posibilidad de que arregléis las cosas?

Russ sacudió de nuevo la cabeza.

—Lo dudo.

Y sin esperar a su amigo agarró su petate y se dirigió a los vestuarios donde los participantes guardaban su equipo y se preparaban para el rodeo. Y eso era lo que él debería estar haciendo en ese momento, se dijo: concentrarse en lo que sabía del toro que le había tocado, hacer estiramientos y prepararse mentalmente para la competición. En vez de eso, sin embargo, su mente estaba a unos cien kilómetros de allí, en Las Viñas.

¿Qué estaría haciendo Abigail en ese momento? ¿Estaría haciendo el equipaje para marcharse?, ¿o quizá ya estaría a bordo de un avión camino de Nebraska?

Mientras se ponía las chaparreras, pensó en lo que le había dicho Masón. Era cierto que Caroline y Lucas Sheppard eran felices juntos. Cualquiera que los conociera sabía que se querían, porque saltaba a la vista. Sin embargo, ¿podrían Abigail y él conseguir esa misma felicidad duradera que habían encontrado ellos?

Después de abrochar la última tira de cuero de las chaparreras, Russ se sentó en uno de los bancos del vestuario y se puso a pensar en lo mucho que Abigail significaba para él.

Nunca antes había estado enamorado, pero sabía sin la más mínima sombra de duda que lo estaba, y mucho, de ella. La quería con todo su corazón y toda su alma.

Abigail le había asegurado que no le importaba que no tuviera estudios, ni que no tuviera mucho que ofrecerle aparte de su persona, pero… ¿Podría realmente ser feliz a su lado durante el resto de sus días? ¿Habría cometido el mayor error de su vida al romper con ella?

—Eh, Gannon, ¿te vas a quedar ahí pensando en las Batuecas, o vas a salir a montar ese toro? —lo llamó desde la puerta un tipo que competía en la misma prueba que él—. Eres el siguiente.

Russ se puso en pie, y salió por el pasillo que conducía a la parte trasera del cajón donde estaba esperando el toro que le había tocado en suerte. Subió los escalones de la plataforma elevada, y cuando echó un vistazo hacia abajo para mirar al animal, frunció el ceño. Al toro, que tenía unos pitones que daban miedo, lo llamaban La Bestia, sobrenombre que según parecía se había ganado por el modo en que había corneado a algún jinete después de arrojarlo al suelo.

Cuando un vaquero se ataba a la espalda de un toro, necesitaba concentrarse al máximo para salir triunfante de la prueba, y por

desgracia Russ no tenía la mente en ese momento en lo que iba a hacer, sino en la única mujer a la que había amado.

Sin embargo, echarse atrás en el último momento no era su estilo, así que, dejando a un lado sus temores, se colocó a horcajadas sobre el lomo del toro pardo. J.B. apretó bien la cuerda en torno a la panza del animal, y le tendió a Russ el extremo para que se la liara en torno a la mano.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —le preguntó mirándolo dudoso.

—No tengo más remedio —contestó Russ calándose el sombrero vaquero—. Por si no te has dado cuenta ya es un poco tarde para echarme atrás.

—Bueno, pues duro con él, demonios —le dijo J.B. con una sonrisa.

Russ sabía que J.B. estaba intentando animarlo para conseguir que se concentrara y lograra permanecer sobre el toro los ocho segundos reglamentarios por mucho que corcoveara, pero se temía que iba a necesitar algo más que los ánimos de su amigo para conseguirlo. Se colocó la protección bucal e hizo un gesto de asentimiento al tipo que guardaba la puerta del cajón para que la abriera.

El toro salió disparado del cajón como si alguien le hubiera puesto un barril de dinamita debajo, y el primer corcoveo fue tan fuerte que Russ tuvo que inclinar su peso hacia delante para mantenerse encima de él.

Sin embargo, cuando el animal empezó a revolverse en medio del siguiente corcoveo y dio una vuelta, supo que estaba en problemas. Un tercer corcoveo lo empujó hacia atrás y hacia el lado, y la fuerza centrífuga acabó ganando el forcejeo, haciendo que Russ saliera disparado por los aires.

El aterrizaje sobre la arena no fue muy suave, pero cuando varios vaqueros se disponían a salir al ruedo para socorrerlo, agradeció que poco más que su orgullo hubiera resultado herido.

Sin embargo, cuando fue a levantarse para correr hacia el burladero, de pronto sintió como si un tren de mercancías lo hubiera embestido por la espalda. El golpe fue tan fuerte que se quedó sin aliento y cayó de bruces, y notó que algo duro colisionaba con el lateral de su cabeza. Sintió un dolor punzante tras los ojos, y antes de perder el conocimiento el único pensamiento y la única palabra que cruzó sus labios fue «Abby».

# Capítulo Diez

Cuando Nina y ella llegaron a la puerta por la que se entraba a las dependencias de la organización en la parte posterior del recinto, Abigail estaba temblando y el corazón le latía de tal modo que parecía que fuera a salírsele del pecho. Había visto espantada desde las gradas cómo el enorme toro había ignorado a los vaqueros que habían intentado atraer su atención y se había ido directamente a por Russ, y luego, cuando una de sus pezuñas lo había golpeado en la cabeza, dejándolo inconsciente, había creído morir. En su vida había pasado tanto miedo.

—Lo siento, señoritas, pero tendrán que regresar a sus asientos —les dijo el guardia de seguridad, impidiéndoles la entrada—. Sólo pueden pasar los miembros del personal médico.

Pensando rápidamente, Abigail asintió con la cabeza.

—Soy la doctora del señor Gannon, la doctora Abigail Ashton.

Técnicamente no podía tratar a personas porque su título era de medicina veterinaria, pero el tipo no lo sabía, ni se lo iba a decir ella. Lo único que quería era ver a Russ.

El tipo la miró como si no estuviera muy convencido de que estuviera diciéndole la verdad.

—¿Tiene algún tipo de documento que pueda probarlo?

—Oh, sí, claro, los médicos llevamos nuestro diploma con nosotros a todas partes —les espetó Abigail sarcástica. Sin embargo, sacó la cartera de su bolso para enseñarle su carnet de conducir y una tarjeta de visita donde ponía: *Doctora Abigail Ashton"* donde por suerte el idiota de la imprenta donde había pedido que le hicieran las tarjetas se había olvidado de poner que era veterinaria—. Y ahora apártese y déjeme pasar, o le juro que estará en la cola del paro el lunes por la mañana.

—Sí, señora, mil perdones —balbució el hombre haciéndose a un lado.

Mientras se alejaban por el pasillo, Nina la miró sorprendida.

—No sabía que eras médico.

—Y no lo soy —respondió Abigail encogiéndose de hombros—. Soy veterinaria.

Nina sonrió divertida.

—Vaya. Bueno, por lo menos has conseguido que nos dejaran pasar.

—Habría hecho falta más que un guardia de seguridad para detenerme —dijo Abigail.

J.B. estaba junto a la puerta cerrada de una sala al fondo.

—¿Cómo está? —le preguntó Abigail cuando llegaron a su lado.

—Sigue inconsciente, pero no tienes que preocuparte —le contestó el hombre—. El médico ha dicho que volverá en sí enseguida.

—¿Y no tiene heridas internas?

J.B. sacudió la cabeza y rodeó los hombros de Nina con el brazo.

—No, Russ llevaba puesto su chaleco de montar, y ha sido eso lo que lo ha salvado de que el toro pudiera aguijonearlo con los cuernos.

Abigail respiró aliviada.

—Pasa si quieres; el doctor es un buen tipo. No creo que te diga nada —le dijo J.B.

Cuando entró, el médico sonrió al verla acercarse vacilante a la camilla donde estaba tendido Russ.

—¿Está usted con el señor Gannon?

Abigail asintió.

—¿Aún no ha recobrado la conocimiento?

—Lo recupera pero vuelve a perderlo —le explicó el hombre acercando una silla. Cuando Abigail lo miró interrogante, el médico le sonrió y le dijo—: Siéntese con él. Tengo que salir un momento.

Cuando se quedó a solas con Russ, Abigail lo miró y sintió que el corazón se le encogía. Tenía un moretón en la mejilla izquierda, y un chichón del tamaño de un huevo de ganso en la sien, pero aparte de eso no tenía mal aspecto.

Abigail tomó su mano en la suya y la acarició.

—Russ, cariño, despierta —lo llamó suavemente.

Russ murmuró su nombre, y su mano se aferró a la suya un instante antes de que abriera lentamente los ojos y fijara sus ojos azules en ella.

—¿A-Abby?

Abigail le apartó un mechón de rubio cabello de la frente.

—Estoy aquí, Russ.

—No… no puede ser —dijo él con voz cansada. Cerró los ojos y apretó la mandíbula como si estuviese dolorido—. Debo estar soñando. Estás camino de Nebraska.

Abigail le acarició la frente y se inclinó para besarlo suavemente en los labios.

—No, mi amor, estoy aquí, junto a ti, donde quiero estar.

Russ abrió los ojos y esa vez Abigail supo que estaba totalmente consciente.

—¿No eres una alucinación de mi mente?

—No, Russ, no lo soy; estoy aquí de verdad —le dijo—. Quizá tú creas que es mejor que pongamos fin a nuestra relación, pero yo no.

—¿Tú no… no lo crees?

La expresión de alivio que asomó a su rostro animó a Abigail a

continuar.

—Por supuesto que no, vaquero. Ayer por la mañana yo te escuché a ti, y ahora vas a escucharme tú a mí. No estoy dispuesta a renunciar a ti sin luchar.

Russ extendió una mano y le acarició la mejilla con el índice.

—Me temo que en este momento yo no estoy en condiciones de luchar, cariño.

Sentir el contacto de su mano sobre su piel después de haber estado a punto de perderlo era como estar en el cielo, y Abigail se recordó que había algo que necesitaba saber.

—Russ… Antes de decirte lo que quiero decirte, ¿podría hacerte una pregunta?

—¿Qué pregunta? —inquirió él con aquella profunda voz de barítono que siempre la hacía estremecer.

—¿De dónde diablos sacaste la idea de que no eras lo bastante bueno para mí?

Russ frunció el ceño, pero al hacerlo sintió una punzada de dolor y se frotó con cuidado el chichón que se había hecho.

—Abby, no tengo estudios y…

—Todo eso no son más que tonterías y lo sabes —lo cortó ella. Al ver la expresión sorprendida en su rostro, esbozó una sonrisa—. Todos tenemos algún don, y tú tienes uno que yo siempre he querido tener pero que nunca tendré. Eres capaz de hacer crecer cualquier planta, y en cualquier sitio. Eli me lo dijo.

Russ se encogió de hombros.

—Eso no es nada extraordinario; cualquiera puede hacerlo.

Abigail sacudió la cabeza.

—Eso no es verdad —replicó—. ¿Quieres saber la razón por la que estudié Veterinaria en vez de dedicarme a la agricultura?

—¿Porque te gustan los animales?

—Bueno, sí, ésa fue una de las razones —admitió ella—, pero la otra fue que cada vez que intentaba plantar algo se me moría. Siempre. Nunca he conseguido que me sobreviva siquiera una planta de interior. Cada vez que llevaba una a casa mi tío Grant y mi hermano hacían chistes diciendo «otra pobre planta inocente condenada a morir».

—A lo mejor es que estabas demasiado obsesionada —dijo él riéndose.

—No lo creo. ¿No lo ves, Russ? Tu don está aquí —le dijo tomando sus manos y mostrándoselas—. Puede que no tengas un título universitario, pero eso no significa que no seas un experto en lo que haces.

Russ se quedó pensativo, y Abigail supo que estaba planteándose

lo que le había dicho.

—Nunca lo había visto de ese modo —dijo finalmente—. Quizá tengas razón.

—Vaya, ya era hora de que te dieras cuenta —contestó ella.

Cuando Russ hizo intención de incorporarse, lo empujó suavemente para que volviera a tenderse.

—Espera un momento, vaquero; aún no he terminado de hablar.

Russ sonrió.

—¿No te ha dicho nunca nadie que eres un poco mandona?

—Creo que eso ya lo he oído antes —murmuró ella riéndose al recordar el día que se habían conocido—. ¿Y a ti no te ha dicho nunca nadie que eres más lento que el caballo del malo en las películas del Oeste?

Russ se rió y extendió las manos para atraerla hacia sí, pero Abigail sacudió la cabeza.

—Te he dicho que aún no he terminado —le dijo. Russ iba a abrir la boca para protestar, pero le impuso silencio poniendo un dedo sobre sus labios—. Te quiero con todo mi corazón, Russ Gannon.

—¿Me quieres? —repitió él con una sonrisa tan sexy que Abigail sintió que el estómago se le llenaba de mariposas.

—Sí, pero hay algo más que tengo que confesarte.

Russ la miró con algo de desconfianza.

—¿El qué?

—¿Sabes por qué he permanecido virgen hasta ahora, cuando la mayoría de las mujeres a mi edad llevan años practicando el sexo?

—Porque temías convertirte en alguien como tu madre —murmuró Russ poniéndose serio.

—En parte ése fue el motivo, sí —admitió ella—, pero no sólo lo hice por eso.

—Bueno, supongo que también temías que todos los hombres fueran como ese tal Harold y que no aceptarían un «no» por respuesta.

—Frío, frío —respondió Abigail sonriendo al verlo fruncir el entrecejo sin comprender. Puso una mano en su mejilla, y le dijo—: No me he entregado a ningún hombre en todo este tiempo porque quería esperar al hombre con el que me gustaría pasar el resto de mi vida. Y te guste o no, ese hombre eres tú.

Russ esbozó una sonrisa pretenciosa.

—¿Me estás proponiendo matrimonio?

—Llámalo como quieras —respondió ella—. Sólo estoy diciéndote la verdad: tú eres el hombre junto al que quiero envejecer —añadió quedamente.

—Oh, Dios, Abby, yo te amo más que a mi vida —murmuró él,

incorporándose para estrecharla entre sus brazos—, y si te casas conmigo te prometo que pasaré el resto de mi vida demostrándotelo con hechos y no con palabras.

—Te tomo la palabra, vaquero —dijo Abigail besándolo hasta que empezó a faltarles a los dos el aliento—. Oh, y hay una cosa más que debes saber —añadió con una sonrisa.

—¿Una cosa más? ¿Cuál?

—Que después de que nos casemos, no tendrás que preocuparte por no tener una casa propia —dijo. Ante la expresión interrogante de Russ, le explicó—: un tercio de la granja que tenemos en Nebraska es mío, y como voy a ser la señora de Russ Gannon, será tuyo también.

Russ sacudió la cabeza.

—No quiero tus tierras, Abby. Lo único que quiero es a ti. Nos mudaremos a Nebraska si es lo que quieres, y os ayudaré con la granja, pero haremos un contrato prematrimonial y…

—Ni hablar —replicó ella besándolo de nuevo—. Vamos a casarnos y estaremos juntos hasta que la muerte nos separe. Y lo que es mío será tuyo y lo tuyo mío. ¿Te ha quedado claro, vaquero?

Russ se echó a reír.

—Supongo que sí —respondió, y luego, poniéndose serio y mirándola a los ojos, le dijo—: Te quiero, Abby.

—Y yo a ti, Russ; con toda mi alma.

Una semana más tarde, Abby estaba repasando una larga lista. La tarta llegaría a la mañana siguiente y las flores también. Russ y ella tenían ya la licencia de matrimonio y los anillos…

—¡Oh, Dios, tenía que ir a recoger a Ford al aeropuerto! —exclamó.

Tomando las llaves del coche que había alquilado, bajó corriendo las escaleras de la antigua cochera. ¿Cómo podía haberse olvidado de que tenía que recoger a su hermano?

—¿Dónde es el incendio, hermanita? —le preguntó una voz familiar cuando se dirigía a la puerta.

Al volverse, Abigail se encontró con su hermano y su tío sentados en la mesa de la cocina, mirándola muy divertidos.

—¿Cómo has llegado? Quiero decir… ¿Cuándo has llegado? —Dijo Abigail, pero luego sacudió la cabeza—. Oh, déjalo, da igual. Me alegra que estés aquí.

—Fue a recogerme el tío Grant, hace una hora, y yo también me alegro de verte —dijo Ford poniéndose de pie para darle un gran abrazo—. ¿Cómo está la novia?

—Nerviosa —respondió ella—. Espero que no se me haya olvidado nada más —añadió, preguntándose si no debería ir a repasar la lista de nuevo.

Si se le había olvidado algo tan importante como ir a recoger a su hermano al aeropuerto quizá debería hacerlo.

—Relájate, Brujita —le dijo su tío sonriendo—. Todo saldrá a la perfección, ya lo verás.

—¿Te acordaste de ir a recoger tu chaqué? —le preguntó Abigail.

Creía recordar que ya se lo había preguntado, pero dadas las circunstancias no estaría de más cerciorarse.

Su tío se rió y asintió con la cabeza.

—Y me he cortado el pelo como me dijiste.

Ford, que tenía un brazo en torno a los hombros de su hermana, la miró divertido.

—Abby…

—¿Qué?

—Respira.

Abigail suspiró.

—No sé si tengo tiempo para eso.

Su tío Grant sonrió.

—Todo está bajo control, Brujita. Caroline y Mercedes han preparado la ceremonia y el convite, y lo único que falta es que te cases, así que relájate —le dijo poniéndose de pie y llevando su taza de café al fregadero—. ¿Por qué no te tomas un descanso y vas a presentarle a Ford a su futuro cuñado?

Ford asintió.

—Eso; tengo que decirle unas cuantas cosas a ese tío.

—Oh, deja de hacerte el hermano mayor sobre protector —le dijo Abigail sonriendo—. Russ te va a encantar.

—Lo dudo; a mí no me van los hombres —replicó Ford.

Feliz de tener una excusa para ir ver a Russ antes del ensayo de la ceremonia, esa noche, fue a tomar su chaqueta, que estaba colgada en el perchero junto a la puerta, tomó a Ford del brazo, y le dijo.

—Lo que tú digas. Y ahora deja de hacerte el gracioso y vamos. Estoy deseando que lo conozcas.

—¿Cómo va el tío Grant, Abby? —le preguntó Ford cuando iban camino de las cuadras.

Abigail había esperado que su hermano le hiciera esa pregunta, porque cuando lo había llamado para pedirle que fuera a California para asistir a su boda, le había comentado que lo veía muy obsesionado con tener un cara a cara con su padre, Spencer Ashton.

—Dice que piensa quedarse hasta que Spencer Ashton consienta en verlo —contestó.

—En el trayecto del aeropuerto aquí venía diciéndome que va a

ir a la prensa a contarles lo del matrimonio ilegal de Spencer con Caroline —comentó Ford—. Dice que espera conseguir la atención de ese bastardo con eso.

—Hasta la fecha no ha dado resultado nada de lo que han intentado —murmuró Abigail.

Se sentía muy mal por su tío cada vez que pensaba en ello. Era un hombre bueno, y merecía respuestas, como por ejemplo a la pregunta de por qué los había abandonado años atrás.

—No creo que el tío Grant quisiera que la situación llegara a eso —añadió—, pero Spencer no les está dejando otra elección.

Ford asintió con la cabeza.

—Al menos podemos decir que de su visita ha salido algo bueno —dijo mientras entraban en las cuadras.

—¿El qué? —inquirió ella sin comprender.

—Pues que te hemos conseguido un marido.

Abigail se rió.

—Sí, pero no voy a irme de casa. Russ y yo nos vamos a ir a vivir a la granja con el tío Grant y contigo.

—¿Ha mencionado alguien mi nombre? —inquirió Russ, saliendo en ese momento del cuarto de los arreos.

Fue junto a ella y le rodeó la cintura, besándola hasta dejarla sin aliento.

—¿Cómo está mi chica preferida?

—Más te vale que sea la única chica que tengas —le dijo Ford en un tono amenazador.

Russ asintió con la cabeza.

—Es la única… a menos, claro, que tengamos una hija.

Ford entornó los ojos.

—Abby, ¿estás…?

—No, tonto, por supuesto que no —contestó ella riéndose.

Russ estaba mirando Ford y conteniendo una sonrisilla. El tío de Abigail ya le había dado un discurso paternal, y había supuesto que probablemente también le echaría uno su hermano antes de la boda.

—Mercedes te estaba buscando antes —le dijo a Abigail—. ¿Por qué no vas a la planta a ver para qué te necesita? Yo le enseñaré nuestros caballos a tu hermano hasta que vuelvas.

—Buena idea —dijo Ford.

Abigail puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—A mí no me engañáis —murmuró—. Ya sé que Ford va a tener contigo una de esas charlas de hermano mayor, y que tú le dirás que no tiene por qué preocuparse —le dijo a Russ antes de darle un beso —. Sólo os pido que en las fotos de la boda no salgáis con un ojo

morado o el labio partido.

Tanto Russ como Ford se quedaron callados mientras la veían salir.

—Lo vas a tener difícil —le advirtió Ford a Russ—. No se le escapa nada.

Russ sonrió y asintió.

—Lo sé, es una chica increíble —respondió haciendo un gesto con la cabeza para que lo siguiera—. ¿Qué te parece si te invito a una cerveza mientras me das esa charla de hermano mayor?

Ford sonrió.

—Gannon, creo que vamos a llevarnos bien.

A la tarde siguiente, en la que había sido la habitación de Mercedes en Las Viñas hasta que se había independizado, Abigail se miró en el espejo de pie. El vestido de novia que Mercedes la había ayudado a escoger era simplemente precioso. Era de satén y encaje, con cuello de barco, y estaba adornado con pequeñas perlas. Con él puesto se sentía como una princesa.

—Estás preciosa, Abby —le dijo Caroline mientras le colocaba el velo.

—¿Está aquí Russ? —le preguntó Abigail nerviosa.

—Sí, querida —contestó Caroline con una sonrisa afectuosa—. De hecho, creo que llegó una hora antes de lo que había acordado con Mercedes.

Abigail se volvió hacia la mujer, que había tenido la amabilidad de ofrecerles su casa para celebrar el enlace. Y no sólo eso; Abigail había querido fijar la fecha de la boda pronto porque quería poder estar de regreso en Nebraska para la época en la que nacían los terneros y poder empezar a trabajar en la clínica, y dado que habían dispuesto de tan poco tiempo, Caroline había insistido en que la dejase ayudarla con los preparativos.

—No sabes cómo te agradezco todo lo que tu familia y tú estáis haciendo por mí, Caroline —le dijo.

—No hace falta que me des las gracias —replicó la mujer con una sonrisa sincera—. Ahora Grant, Ford, y tú formáis parte también de nuestra familia, y Lucas y yo estamos muy felices de teneros con nosotros aquí en Las Viñas.

—Eres la mejor, Caroline —murmuró Abigail abrazándola con lágrimas en los ojos.

La mujer la abrazó, y luego, dando un paso atrás, sacó un pañuelo de encaje del bolsillo para secarse los ojos.

—Russ es como un hijo para nosotros, y nos sentimos muy felices por vosotros.

En ese momento llamaron a la puerta, y cuando ésta se abrió

apareció el tío Grant, que estaba muy apuesto con su chaqué negro.

—Mírate, Brujita, estás guapísima —le dijo a su sobrina.

—Tú también estás muy guapo —contestó ella yendo a abrazarlo.

—No puedo creerme que te hayas hecho tan mayor y que vayas a casarte —murmuró él emocionado mientras la estrechaba entre sus brazos—. Parece que fue a ayer cuando tenía que curarte las heridas cuando te caías de la bicicleta y me sentaba a ayudarte con los deberes del colegio.

—Ya es la hora —anunció Mercedes entrando como un torbellino en la habitación—. Y gracias a Dios —añadió entre risas—, porque Masón y Russ están amenazando con atar a Russ a una silla si no para de andar arriba y abajo.

—Nos vemos abajo, querida —le dijo Caroline a Abigail, besándola en la mejilla.

Mercedes sollozó emocionada cuando le tendió a Abigail su ramo de novia, que llevaba rosas amarillas y unas florecitas blancas pequeñas. Luego le dio un abrazo, y salió de la habitación con su madre.

—¿Listo, tío Grant? —le preguntó Abigail inspirando profundamente.

—Cuando tú me digas, Brujita —contestó él con una sonrisa, ofreciéndole su brazo—. Para mí siempre serás mi niña, Abby, no lo olvides.

Los ojos de Abigail se llenaron de lágrimas cuando pasó la mano por debajo de su codo y se agarró de él.

—Te quiero, tío Grant. Gracias por habernos cuidado a Ford y a mí todos estos años.

—Nunca me he arrepentido de haberlo hecho, cariño —le dijo su tío poniendo su mano sobre la de ella.

Sin embargo, a pesar del profundo afecto que sentía por su tío, cuando descendieron la escalera circular y vio a Russ de pie junto a la chimenea del salón, Abigail se olvidó de todo lo que la rodeaba excepto del hombre al que amaba. Estaba tan guapo que al mirarlo el corazón le dio un vuelco de emoción.

Cuando llegaron junto a él, se detuvieron, y su tío le entregó a Russ su mano.

—Cuida de ella y quiérela mucho.

—Lo haré —respondió Russ sin apartar sus ojos de los de ella.

—Te quiero. Russ.

—Y yo a ti, amor mío.

Grant les dirigió una sonrisa paternal, y luego, tras besar la mejilla de su sobrina, se hizo a un lado para que Abigail y Russ

pronunciaran los votos que los unirían por siempre.

# Fin